KARL KAUTSKY

el camino del poder

colección 70

EL CAMINO DEL PODER

Karl Kautsky

EL CAMINO DEL PODER

Versión al español de
Rodolfo García Higuera

EDITORIAL GRIJALBO, S. A.
México, D. F., 1968

COLECCION 70

EL CAMINO DEL PODER

Título de la obra original en alemán:
DER WEG IN DES MACHT

Versión al español de Rodolfo Garcia Higuera, de la edicióna alemana de Verlag Fortschritt, Berlín, 1910.

D. R. ©, 1968, sobre la versión española por Editorial Grijalbo, S. A., avenida Granjas, 82, México 16, D. F.

PRIMERA EDICION

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, en todo o en parte, en forma alguna, sin permiso.

IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

INDICE

		Pág.
	NOTA EDITORIAL	7
I	La conquista del poder político	9
II	Sobre los vaticinios de la revolución	19
III	De la evolución hacia la sociedad futura	31
IV	Evolución económica y voluntad	41
V	Ni revolución ni legalidad a cualquier precio ..	55
VI	El incremento de los factores revolucionarios ..	73
VII	Debilitamiento de las contradicciones de clase .	87
VIII	Agravación de las contradicciones de clase	99
IX	Un nuevo siglo de revoluciones	123
	APENDICE	145

Nota Editorial

Karl Kautsky (1854-1938) fue destacado teórico de la socialdemocracia alemana y de la II Internacional. Antes de ingresar en la socialdemocracia, Kautsky no era marxista. Sobre sus concepciones ejercieron gran influencia el positivismo de Spencer, el maltusianismo y el socialdarwinismo. El darwinismo era para Kautsky la base teórica de donde arranca la sociología. Trataba de demostrar que la "sociabilidad" del hombre radica en sus instintos, que la ética humana deriva del reino animal.

Después de adoptar las posiciones del marxismo, en las décadas del 80 y 90 del siglo pasado, escribió una serie de trabajos en los que sostenía, aunque no sin errores, las tesis del materialismo dialéctico e histórico. También por ese tiempo, en los años 90, escribió artículos en los que combatía el revisionismo de Bernstein y sus adeptos.

En el primer período de su actividad, durante la última década del siglo XIX, *publicó valiosas obras marxistas que merecieron el elogio de Engels. Lenin dijo, más tarde, que "Kautsky, en su tiempo, había escrito gran número de excelentes obras en las que supo ser un historiador marxista; que tales obras suyas, a despecho de su ulterior apostasía, quedarán como firme patrimonio del proletariado". Todavía en el Congreso de Stuttgart del Partido Socialdemócrata Alemán, Kautsky, junto con A. Bebel, se declaró parti-*

dario de la lucha ideológica y de la crítica de los errores cometidos por Bernstein.

Los años 1906-1909 formaron un período durante el cual el centrismo y el oportunismo declarado se aproximaron, y se intensificó la lucha contra los socialdemócratas de izquierda, revolucionarios.

En este mismo período, lo que caracteriza la actividad de los centristas —que se consideraban "ortodoxos"— tanto como la de los que se proclamaban revisionistas, es el empeño en separar la teoría de la práctica revolucionaria del proletariado. Y, en particular, la filosofía, de la política marxista. En la concepción del mundo kautskiana se va esfumando el materialismo a la vez que adquieren mayor resonancia los acordes del positivismo vulgar.

De 1910 a 1914, el centrismo va adoptando, sin reservas, las posiciones del reformismo. En 1912, Kautsky expuso su tesis metafísica sobre las tendencias invencibles del capital monopolista a unirse, y sobre la desaparición gradual, entre los Estados capitalistas, de la lucha por los mercados.

Influido por la crítica de los socialdemócratas de la izquierda revolucionaria, Kautsky, en 1909, publicó el último de sus trabajos marxistas: El camino del poder, *en el que examina varios problemas del socialismo científico. No obstante las críticas que tal trabajo mereció, en algunos de sus aspectos, por parte de los marxistas, la obra, en su conjunto, es de sumo interés, lo que nos ha movido a incluirla en la Colección 70, seguros de que viene a enriquecer la gama del múltiple pensamiento social que imprime su sello a nuestra colección.* E. G.

I

La conquista del poder político

Amigos y enemigos del Partido Socialista coinciden en reconocer que es un partido revolucionario. Pero, desgraciadamente, el concepto de revolución admite numerosas interpretaciones, lo que hace que las opiniones sobre el carácter revolucionario de nuestro partido estén muy divididas. Un número bastante grande de nuestros adversarios no quiere entender por revolución más que anarquía, efusión de sangre, pillaje, incendio, asesinato; y, por otra parte, hay camaradas para quienes la revolución social hacia la cual marchamos no parece ser más que una transformación lenta, apenas sensible, aunque profunda, de las condiciones sociales, una transformación parecida a la que la máquina de vapor ha producido.

Lo cierto es que el Partido Socialista, puesto que lucha por los intereses de clase del proletariado, es un partido revolucionario. *Es imposible, en efecto, en la sociedad capitalista, asegurar al proletariado una existencia satisfactoria, pues su emancipación exige la transformación de la propiedad privada de los medics de producción y de dominación capitalista en propiedad social, así como el reemplazo de la producción privada por la producción social. El proletariado no puede encontrar satisfacción más que en un orden social completamente diferente del de hoy.*

Pero el Partido Socialista es también revolucionario en otra acepción, pues reconoce que el Estado es un instrumento, aun el instrumento más formidable de la domi-

nación de clase, y que la revolución social hacia la cual tienden los esfuerzos del proletariado, no podrá cumplirse hasta que éste haya conquistado el poder político.

Esta concepción, establecida por Marx y Engels en el *Manifiesto del Partido Comunista,* es la que distingue a los socialistas modernos de los llamados utopistas, por ejemplo, de los partidarios de Owen y de Fourier en la primera mitad del siglo XIX, así como de los de Proudhon, que a veces concedían poca importancia a la lucha política y a veces hasta la rechazaban y creían poder realizar la transformación económica en interés del proletariado con medidas puramente económicas, sin modificación del poder político y sin su intervención.

En cuanto han mostrado la necesidad de la conquista de los poderes públicos, Marx y Engels se aproximan a Blanqui; pero este último creía en la posibilidad de apoderarse del poder por el camino de la conjuración, por el motín organizado por una pequeña minoría, para ponerlo en seguida al servicio de los intereses del proletariado. Marx y Engels, al contrario, reconocieron que una revolución no se hace a voluntad, sino que se produce necesariamente en condiciones determinadas y que ella es imposible mientras esas condiciones, que se elaboran poco a poco, no se encuentran reunidas. Sólo allí donde el sistema de producción capitalista ha alcanzado un alto grado de desenvolvimiento, las condiciones económicas permiten la transformación por el poder público de la propiedad capitalista de los medios de producción en propiedad social; pero, por otra parte, el proletariado no está en condiciones de conquistar el poder político y de conservarlo más que allí donde ha llegado a ser una masa poderosa, indispensable en la economía del país, en gran parte sólidamente organizada, consciente de su posición de clase e instruída sobre la naturaleza del Estado y de la sociedad.

Ahora bien, esas condiciones se han alcanzado más

de día en día a consecuencia del desarrollo del sistema de producción capitalista y de las luchas de clases que de él resultan entre el capital y el trabajo; tan inevitable, tan irresistible como el desarrollo incesante del capitalismo, lo es también la reacción final contra ese desarrollo, es decir, la revolución proletaria. Es irresistible porque es inevitable que el proletariado engrandecido se ponga en guardia contra la explotación capitalista, se organice en sus sindicatos, cooperativas y grupos políticos, que procure conquistar mejores condiciones de trabajo y de existencia y una influencia política más considerable. En todas partes el proletariado, socialista o no, ejerce esas diferentes formas de actividad. Al Partido Socialista le corresponde combinar todos esos modos diversos de acción, por los cuales el proletariado resiste contra la explotación capitalista con una acción sistemática, consciente del propósito por alcanzar y culminando en las grandes luchas finales para la conquista del poder político.

Tal es la concepción expuesta en principio por el *Manifiesto del Partido Comunista* y reconocida hoy por los socialistas de todos los países. Sobre ella reposa el socialismo internacional de nuestra época. Sin embargo, no ha podido celebrar su triunfo sin encontrar la duda y la crítica en las propias filas del Partido Socialista.

Ciertamente, la evolución real se ha cumplido en la dirección que Marx y Engels habían previsto. Después de los progresos del capitalismo y como consecuencia de la lucha de clase proletaria, es sobre todo la comprensión profunda de las condiciones y del objeto de esta lucha, debida a las investigaciones de Marx y Engels, lo que asegura la marcha victoriosa del socialismo internacional.

En un punto solamente se equivocaron: vieron la revolución en un porvenir demasiado próximo.

Se lee, por ejemplo, en el *Manifiesto del Partido Comunista* (fin de 1847):

"Las miradas de los comunistas convergen con espe-

cial interés hacia Alemania, pues no desconocen que este país está en vísperas de una revolución burguesa y que esa sacudida revolucionaria se va a desarrollar bajo las propicias condiciones de la civilización europea y con un proletariado mucho más potente que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, razones todas para que la revolución alemana burguesa que se avecina no sea más que el preludio inmediato de una revolución proletaria."

Con razón los autores del *Manifiesto* esperaban una revolución en Alemania, pero se equivocaron al creer que sería inmediatamente seguida de una revolución proletaria. En una época más reciente, en 1885, encontramos otra predicción de Engels en la introducción que escribió para la segunda edición del folleto de Marx sobre el proceso de los comunistas de Colonia. Se lee allí que la próxima conmoción europea "va a acaecer pronto, pues el plazo de las revoluciones europeas —1815, 1830, 1848, 1852, 1870— dura en nuestro siglo de 15 a 20 años".

Esta esperanza tampoco se realizó, y la revolución con la cual se contaba entonces todavía se hace esperar hoy.

¿De dónde proviene eso? ¿Acaso el método marxista, en el cual se fundaba esa esperanza, es falso? De ningún modo. Pero en el cálculo un factor no era exacto. Hace 10 años escribí a este respecto: "En ambos casos, se ha contado demasiado con la fuerza revolucionaria, con la oposición de la burguesía."

En 1847 Marx y Engels habían descontado en Alemania una revolución de un alcance formidable, parecida a la gran catástrofe que comenzó en Francia en 1789. En lugar de eso no se vio más que un levantamiento mezquino, que hizo acurrucar en seguida casi a toda la burguesía asustada bajo las alas de los gobiernos, de suerte que éstos se encontraron fortalecidos, mientras que todas las probabilidades de un desarrollo rápido estaban perdi-

das para el proletariado. La burguesía abandonó en seguida a los diferentes gobiernos el cuidado de continuar para ella la revolución mientras le fuese necesaria, y Bismarck especialmente fue el gran revolucionario que, en parte al menos, unificó Alemania, volteó de sus tronos a príncipes alemanes, favoreció la unidad italiana y el destronamiento del Papa, derribó el imperio en Francia y abrió el camino a la república.

Así se cumplió la revolución burguesa alemana que Marx y Engels habían profetizado, en 1847, como de próxima llegada y que no se terminó hasta 1870.

Sin embargo, Engels esperaba todavía en 1885 una "conmoción política" y suponía que "la pequeña burguesía democrática era aún en nuestros días el partido" que, en tal circunstancia, "debía necesariamente ser el primero que llegase al poder en Alemania".

También esta vez Engels había observado con justeza al profetizar la aproximación de una "conmoción política"; pero se engañó de nuevo en sus cálculos al fundar alguna esperanza en la pequeña burguesía democrática. Esta falló completamente cuando se produjo el trastorno súbito del régimen de Bismarck. La caída del canciller quedó reducida a las proporciones de una cuestión dinástica, sin la menor consecuencia revolucionaria.

Se ve cada vez más claramente que una revolución no es en adelante posible sino como revolución proletaria, y que ésta misma es imposible mientras el proletariado organizado no sea una fuerza bastante considerable y compacta para poder arrastrar con ella, en circunstancias favorables, a la mayor parte de la nación. Luego, si el proletariado es en adelante la única clase revolucionaria de la nación, se deduce, por otra parte, que cada trastorno del régimen actual, sea de naturaleza moral, financiera o militar, implica la bancarrota de todos los partidos burgueses, y que únicamente un régimen proletario es capaz en semejante caso de reemplazar al actual.

No obstante, todos nuestros camaradas no llegan a esta conclusión. Si la revolución, tantas veces esperada, no ha sobrevenido todavía, de ningún modo deducen de ello que, a consecuencia de la evolución económica, la revolución futura estará sujeta a otras condiciones y revestirá formas distintas de las que se habían inferido de la experiencia de las revoluciones burguesas; establecen más bien que en las condiciones nuevas en las cuales nos encontramos no hay ningún motivo para esperar una revolución, que no sólo es innecesaria, sino que hasta sería perjudicial. Suponen, por una parte, que basta proseguir la edificación de las instituciones ya conquistadas —legislación obrera, sindicatos, cooperativas— para desalojar sucesivamente a la clase capitalista de todas sus posiciones y expropiarla insensiblemente, sin revolución política, sin transformación esencial del Estado. Esta teoría de una evolución pacífica y gradual hacia la sociedad futura es una modernización de las viejas concepciones antipolíticas del utopismo y del proudhonismo. Por otra parte, se considera posible que el proletariado llegue al poder sin revolución, es decir, sin desplazamiento sensible de fuerzas en el Estado, simplemente por una colaboración hábil con los partidos burgueses más allegados, componiendo con ellos un gobierno de coalición que ninguno de los partidos integrantes podría formar solo.

De este modo se evitaría, bordeando, por así decirlo, la revolución, procedimiento anticuado y bárbaro que ya no es corriente en nuestro siglo ilustrado de la democracia, de la ética y de la filantropía.

Si estas concepciones se impusieran, derribarían completamente la táctica socialista tal como Marx y Engels la han establecido. Son, en efecto, inconciliables con esta táctica. Naturalmente, esto no es una razón para suponerlas falsas de inmediato; pero es comprensible que cualquiera que, después de un examen profundo, las haya encontrado falsas, las combata ardientemente, pues no

se trata en este caso de opiniones sin consecuencias, sino de la salvación o de la pérdida del proletariado militante.

Ahora bien, en la discusión de estos puntos litigiosos es fácil equivocarse si no se tiene el cuidado de delimitar claramente el objeto de la controversia. Por eso, como lo hemos hecho antes con frecuencia, insistimos otra vez sobre el hecho de que no se trata de saber si las leyes de protección obrera y otras medidas tomadas en interés del proletariado, si los sindicatos y las cooperativas son o no necesarios y útiles. Sobre este punto somos todos del mismo parecer. Sólo negamos una cosa: que las clases explotadoras que disponen del poder político puedan permitir que esos elementos adquieran un desenvolvimiento equivalente a una liberación del yugo capitalista sin oponer antes con todas sus fuerzas una resistencia que no será quebrada más que por una batalla decisiva.

Tampoco se trata de saber si debemos utilizar en beneficio del proletariado los conflictos que se suscitan entre los partidos burgueses. No sin razón Marx y Engels han combatido siempre la expresión "masa reaccionaria"; ella enmascara demasiado los antagonismos existentes entre las diferentes fracciones de las clases poseedoras, antagonismos que fueron a veces de gran importancia para los progresos del proletariado. Con frecuencia el proletariado debe a tales antagonismos las leyes de protección obrera, así como la extensión de los derechos políticos.

Lo que negamos es solamente la posibilidad para un partido proletario de formar, en tiempo normal, con los partidos burgueses un gobierno o un partido de gobierno, sin caer por esto en contradicciones insuperables que lo harán necesariamente fracasar. En todas partes el poder político es un órgano de dominación de clase; el antagonismo entre el proletariado y las clases poseedoras es tan formidable que jamás el proletariado podrá ejercer el poder conjuntamente con una de esas clases. La clase poseedora exigirá siempre y necesariamente en su propio

interés que el poder político continúe reprimiendo al proletariado. El proletariado, al contrario, exigirá siempre de un gobierno donde su propio partido esté representado que los órganos del Estado lo asistan en sus luchas contra el capital. Esto es lo que debe llevar al fracaso a todo gobierno de coalición entre el partido proletario y partidos burgueses. Un partido proletario en un gobierno de coalición burguesa, se hará siempre cómplice de los actos de represión dirigidos contra la clase obrera; se atraerá así el desprecio del proletariado, mientras que la sujeción resultante de la desconfianza de sus colegas burgueses le impedirá en todos los casos ejercer una actividad fructuosa. Ningún régimen semejante puede aumentar las fuerzas del proletariado —a lo cual no se prestaría ningún partido burgués— y sólo puede comprometer al partido proletario, confundir y dividir a la clase obrera.

Ahora bien, vemos que el factor que, desde 1848, ha postergado siempre la revolución, es decir, la decadencia política de la democracia burguesa, excluye ahora más que nunca una colaboración provechosa con ella con el propósito de obtener y de ejercer en común el poder político. Por convencidos que hayan estado Marx y Engels de la necesidad de utilizar en beneficio del proletariado los conflictos entre partidos burgueses y hayan puesto algún ardor en combatir el término "masa reaccionaria", no es menos cierto que han creado la expresión "dictadura del proletariado", por la cual Engels luchaba todavía en 1891, poco tiempo antes de su muerte, expresión de la hegemonía política exclusiva del proletariado como la única forma bajo la cual éste puede ejercer el poder.

Pues si de una parte un bloque proletario-burgués no puede ser un medio de aumentar las fuerzas de la clase obrera; si, de otra parte, el progreso de las reformas sociales y de las organizaciones económicas del proletariado permanece siempre limitado mientras nada haya cambiado las fuerzas respectivas de las clases existentes,

tampoco hay razón alguna para concluir, por el hecho de que la revolución política no ha llegado todavía, que no ha habido semejantes revoluciones más que en el pasado y que no las habrá en el porvenir.

Otros dudan de la revolución, sin expresarse, sin embargo, de una manera tan perentoria. Admiten la posibilidad de la revolución, pero si debe llegar, sólo puede ser, creen, en un porvenir muy lejano. De escucharles, por lo menos por el espacio de una generación la revolución sería completamente imposible, y no podría ser tomada en consideración para nuestra política práctica. Por algunas decenas de años deberíamos acomodarnos a la táctica de la evolución pacífica y del bloque proletario-burgués.

En este momento, sin embargo, nos encontramos justamente ante ciertos hechos que deben inducirnos más que nunca a proclamar que esa opinión es falsa.

II

Sobre los vaticinios de la revolución

Para desacreditar su esperanza de una revolución próxima se objeta frecuentemente a los marxistas que gustan de profetizar, pero que se muestran malos profetas. Ya hemos visto por qué razones la revolución proletaria que esperaban Marx y Engels no se ha realizado todavía. Pero, prescindiendo de estas decepciones, lo verdaderamente sorprendente no está en que todas sus esperanzas no se hayan realizado, sino en que gran número de sus predicciones se hayan cumplido.

Ya hemos visto, por ejemplo, que el *Manifiesto del Partido Comunista* presagiaba en noviembre de 1847 la revolución que estalló en 1848; pues en la misma época Proudhon expresaba que la era de las revoluciones había pasado para siempre.

Marx fue el primer socialista que insistió sobre la función importante de los sindicatos en la lucha de clase del proletariado y lo hizo desde 1846 en su obra polémica contra Proudhon, *Miseria de la filosofía*. Mientras trabajaba en *El Capital* en 1860 y en los años siguientes, preveía las sociedades por acciones y los "cartels" modernos. Durante la guerra de 1870-71 presagió que la preponderancia en el movimiento socialista pasaría en adelante de Francia a Alemania. En enero de 1873 predijo la crisis que comenzó pocos meses después. Lo mismo puede decirse respecto de Engels. Hasta cuando se equivocaban, su error encerraba alguna idea justa y pro-

funda. Recuérdese lo que hemos dicho de esa conmoción política que Engels esperaba en 1885 para los años siguientes.

Es justamente oportuno aquí terminar con una leyenda que amenaza establecerse. En su libro *La cuestión obrera,* cuya quinta edición acaba de aparecer, el profesor berlinés H. Herkner, escribe a propósito del congreso socialista de Hanover (1899): "Kautsky en el calor del discurso combatió aún más rudamente que Bernstein la esperanza de una revolución social, calificándola de idiotez. Engels, dijo, sólo habló de la posibilidad de la caída del sistema político prusiano en 1898, pero de ningún modo pensó en profetizar la revolución social para esta fecha, pues en este caso hubiera sido un idiota indigno de la confianza de los obreros. Sea de ello lo que fuere, las palabras de Bebel en el congreso de Erfurt de 1891, caían irremisiblemente dentro del calificativo de Kautsky. El cambio de táctica que en realidad se había operado apareció con claridad meridiana a los ojos de los más ortodoxos."

Desgraciadamente la claridad del señor profesor Herkner deja mucho que desear. De ningún modo he calificado de idiota "la esperanza de una catástrofe próxima que colmaría todos los deseos", por la buena razón de que no se trata absolutamente de una catástrofe de este género; si no, hubiera tenido el derecho de tratar de idiota semejante concepción. Escogí el término idiota para designar la opinión según la cual Engels habría anunciado la revolución para una fecha determinada, para el año 1898. Sin duda que esta manera de profetizar me parecía idota; pero Engels no ha sido jamás culpable de ello y Bebel tampoco. En el congreso de Erfurt de 1891, tampoco éste predijo la revolución para una fecha fija. En este mismo congreso, en el cual se ridiculizaron algo sus "profecías", Bebel dijo:

"Que se rían o se burlen de las profecías, los hombres que reflexionan no pueden pasar sin ellas. Vollmar no conocía todavía, hace algunos años, esta frialdad razonable y pesimista que observa hoy. Engels, a quien él ataca ahora, predijo muy justamente en 1844 la revolución de 1848. Y lo que durante la Comuna expusieron Marx y Engels en el manifiesto bien conocido del consejo general de la Internacional, respecto de la situación futura de Europa, ¿no se ha cumplido punto por punto? (¡Perfectamente!). Liebknecht, que también se ha burlado un poco de mí, ha profetizado mucho (risas). Como yo, predijo en el Reichstag, en 1870, lo que se ha realizado completamente. Leed sus discursos y los míos de los años 1870-71 y hallaréis la confirmación. Pero he aquí que Vollmar grita: ¡Basta de relatar! ¡Dejad en paz a las profecías! Y, sin embargo, él mismo profetiza. La diferencia entre él y yo estriba en que él está dotado del más maravilloso optimismo respecto de nuestros adversarios, pero del más pavoroso pesimismo en lo que concierne a las aspiraciones, los principios y el porvenir del Partido."

Una de las más importantes profecías de Bebel, después realizada, fue la que hizo en 1873, cuando predijo que el centro católico en lugar de los 60 mandatos que poseía en el Reichstag, ganaría pronto 100 y que el Kulturkampf de Bismarck terminaría de una manera piadosa y apresuraría la caída de su autor.

No hace mucho se me ha hecho el honor de incluirme entre esos profetas. No podría ciertamente encontrarme en mejor sociedad. Se me ha reprochado el haber escrito sobre la revolución rusa en mi serie de artículos de la *Neue Zeit* titulados *Cuestiones revolucionarias* y en el prefacio de *La ética,* cosas que han sido completamente desmentidas por los acontecimientos.

¿Es esto cierto? He aquí lo que escribí en el prefacio de *La ética*:

"Marchamos hacia una época en la cual, por un tiempo

que no podemos determinar, ningún socialista podrá ocuparse en paz en sus trabajos, en que nuestra actividad será un combate sin tregua. En este momento los verdugos del zarismo emplean todas sus fuerzas para igualar a los Albe y Tilly de las guerras de religión de los siglos XVI y XVII, no por sus hazañas militares, sino por sus asesinatos brutales. En la Europa occidental los defensores de la civilización, del orden y de otros bienes sacrosantos de la humanidad, aclaman con entusiasmo lo que ellos llaman el retorno del estado legal. Pero de igual modo que los mercenarios de los Habsburgos no lograron, a pesar de algunos éxitos pasajeros, llevar la Alemania del Norte y Holanda al catolicismo, tampoco los cosacos de los Romanof llegarán a restablecer el absolutismo. Este tiene todavía fuerzas para devastar el país, pero no para gobernarlo.

"En todo caso, la revolución rusa está bien lejos de haber terminado, no podría concluir mientras los campesinos no estén satisfechos. Cuanto más dure, más crecerá la agitación de las masas proletarias de la Europa occidental, más aumentará el peligro de catástrofes financieras y será, en fin, más verosímil que una época de luchas de clases de las más agudas se inicie también para la Europa occidental."

He ahí lo que escribí en enero de 1906; ¿por qué debería avergonzarme de ello? ¿Se imagina que la revolución rusa haya terminado, que la situación del país sea normal? Desde que escribí esas líneas, ¿no ha entrado el mundo realmente en un período de extremos trastornos?

Veamos ahora mi "profecía fallida" del artículo *Cuestiones revolucionarias*. Tenía entonces una polémica con Lusnia, quien declaraba imposible que una guerra por causa de Corea pudiera provocar una revolución en Rusia; creía que yo concedía demasiada importancia a los obreros rusos cuando los consideraba como un factor político mucho más real que los obreros ingleses. A esto

respondí, en los primeros días de febrero de 1904, al comienzo de la guerra ruso-japonesa:

"Sin duda alguna, el desenvolvimiento económico de Rusia está mucho más atrasado que el de Alemania o el de Inglaterra y su proletariado es mucho más débil y menos experimentado que el proletariado alemán o inglés. Pero todo es relativo y la fuerza revolucionaria de una clase también lo es."

Después de haber mostrado por qué el proletariado ruso poseía entonces una fuerza revolucionaria extraordinaria, proseguía en estos términos:

"La lucha se terminará tanto más rápidamente por la derrota del absolutismo cuanto más energía ponga la Europa occidental en negarle toda asistencia. Proceder en el sentido de desacreditar lo más posible al zarismo, tal es en este instante una de las tareas más importantes del socialismo internacional...

"Sin embargo, a pesar de todas las amistades valiosas que posee en la Europa occidental, el malestar del autócrata de todas las Rusias aumenta a ojos vistas. La guerra con el Japón puede apresurar de un modo prodigioso la victoria de la revolución rusa... Veremos repetirse lo que pasó después de la guerra ruso-turca: un impulso formidable del movimiento revolucionario, pero esta vez con una intensidad más grande."

Después de haber fundamentado esta aserción, continuaba en estos términos: "Una revolución no podría establecer inmediatatamente en Rusia un régimen socialista, pues las condiciones económicas están allí demasiado atrasadas. No podría fundar, desde luego, más que un régimen democrático; pero éste estaría sometido al impulso de un proletariado enérgico e impetuoso que arrancaría por su propia cuenta concesiones importantes. Una constitución semejante no dejaría de obrar poderosamente sobre los países vecinos; desde luego estimularía y atizaría en ellos el movimiento obrero, el cual recibiría

así una impulsión vigorosa que le permitiría entregarse al asalto de las instituciones políticas que se oponen al advenimiento de una verdadera democracia —tal es, ante todo, en Prusia el sufragio de las tres clases. Luego desencadenaría las múltiples cuestiones nacionales de la Europa oriental."

He ahí lo que escribía en febrero de 1904. En octubre de 1905 la revolución rusa era un hecho cumplido, el proletariado combatía en primera fila y la repercusión sobre los países vecinos no se hizo esperar. En Austria, la lucha por el sufragio universal recibió desde entonces un impulso irresistible y terminó en seguida con una victoria; Hungría se encontraba a dos pasos de una verdadera insurrección y la socialdemocracia alemana se declaraba por la huelga general; ésta se lanzaba con ardor, en Prusia especialmente, a la lucha por el sufragio universal, lucha que, desde el mes de enero de 1908, daba lugar a tales manifestaciones en las calles de Berlín como no se habían visto desde 1848. El año de 1907 había visto las sorprendentes elecciones llamadas de los "hotentotes" y la caída completa de la democracia burguesa alemana. Si yo esperaba, además, un desencadenamiento de movimientos nacionales en la Europa oriental, los acontecimientos superaron en mucho mi esperanza: hemos asistido, en efecto, al despertar súbito del Oriente, de la China, de la India, de Marruecos, de Persia, de Turquía, lo que, en estos dos últimos países, se ha traducido ya por levantamientos revolucionarios victoriosos.

Hay que agregar todavía a esos acontecimientos una agravación creciente de los antagonismos internacionales, que ya por dos veces, primero a causa de Marruecos, después de Turquía, han puesto Europa a un paso de la guerra.

Si jamás una "profecía" se ha cumplido —admitiendo que se quiera servirse de este término—, es ciertamente la que anunciaba la revolución rusa y preveía que sería

seguida de un período de trastornos políticos extremos y de agravación de todos los antagonismos sociales y nacionales.

Por cierto que no previ la derrota momentánea de la revolución rusa. Pero si alguien previó en 1846 la revolución de 1848, ¿se diría que se había equivocado porque ella fue aplastada en 1849?

Sin duda que en todos los grandes movimientos y levantamientos debemos contar con la posibilidad de una derrota. Loco es quien, en la víspera de la lucha, se cree ya seguro de la victoria. Sin embargo, el único objeto posible de nuestras investigaciones es saber si tenemos la perspectiva de grandes luchas revolucionarias, problema que podemos resolver con alguna certidumbre. En cuanto al resultado de cualquiera de estas luchas, nada podemos decir por anticipado. Pero seríamos gente bien pobre, qué digo, no seríamos más que traidores a nuestra causa e incapaces de toda lucha si estuviéramos persuadidos por anticipado de que la derrota es inevitable y si no contáramos con la posibilidad de una victoria.

Naturalmente que todas las previsiones no pueden cumplirse. Quien pretendiera hacer oráculos infalibles o pidiera que los demás los hicieran, admitiría en el hombre la existencia de fuerzas sobrenaturales.

Todo político debe considerar el caso en el cual sus predicciones no se cumplirán; y, no obstante, el oficio de profeta no es un pasatiempo ocioso, sino una ocupación indispensable para todo político reflexivo y clarividente, siempre que se ejerza prudente y metódicamente; y a esto aludía Bebel.

Sólo el rutinario vulgar se contenta con creer que las cosas sucederán en lo porvenir con la misma marcha que hoy. El político que sea al mismo tiempo pensador computa, ante cada nuevo acontecimiento, todas las eventualidades que contiene y deduce de ello las más lejanas consecuencias. Cierto es que las fuerzas de inercia son

enormes en las sociedades, por lo cual en nueve casos sobre diez el rutinario parece tener razón cuando sigue su marcha ordinaria sin preocuparse mucho de las situaciones y de las eventualidades nuevas. Pero he aquí que sobreviene un acontecimiento lo bastante poderoso para vencer las fuerzas de inercia, ya minadas por hechos anteriores, aunque aparentemente nada hubiera cambiado en ellas. Entonces entra la evolución en nuevas vías, lo cual hace perder la cabeza a todos los rutinarios, mientras los hombres políticos que se han familiarizado con las nuevas eventualidades y sus consecuencias son los únicos capaces de mantener su dominio.

Sin embargo, no hay que creer que mientras las cosas siguen su curso normal, el rutinario triunfa sobre el político que se aventura a profetizar y a calcular el porvenir. Esto sólo sería exacto si el segundo tomara las eventualidades cuyas consecuencias calcula por realidades y pretendiera regular sobre ellas su actividad práctica inmediata. ¿Pero quién osaría sostener que Engels, Bebel o cualquiera de los políticos de quienes se trata aquí, se hayan forjado jamás una idea semejante en sus profecías?

El rutinario vulgar nunca se siente impelido a estudiar el presente, que a su juicio no hace más que repetir las situaciones ya conocidas y en medio de las cuales ha vivido hasta entonces. Pero el hombre que en cada situación calcula todas las eventualidades y consecuencias, está en condiciones de cumplir este trabajo porque estudia las fuerzas presentes y se siente inclinado, ante todo, a consagrar su atención a los factores nuevos y casi ignorados. Lo que el filisteo considera como profecías en el aire y carentes de todo sentido, es en realidad el resultado de estudios profundos y por ellos se enriquece siempre nuestro conocimiento de la realidad. Sólo se podría atacar a los Engels y a los Bebel a causa de sus profecías, si hubieran sido soñadores alejados del mundo real. Pero ver-

daderamente nadie ha dado al proletariado, en situaciones difíciles, consejos más juiciosos y más oportunos que estos profetas, y ello justamente porque tomaban a pecho el oficio de profeta. Si ha ocurrido hasta ahora con demasiada frecuencia que una clase se haya extraviado en su movimiento de ascensión, la culpa no ha sido de los hombres políticos, siempre ávidos de horizonte más amplio, sino de los adeptos de la "política positiva", que jamás ven más allá de la punta de su nariz, que sólo tienen por reales los objetos en los cuales dan de narices y declaran inmenso e insuperable todo obstáculo en el cual se las aplastan.

Hay aún otra categoría de profetas además de la que acabamos de indicar. La evolución de una sociedad depende en último caso, de la evolución de su modo de producción, cuyas leyes conocemos ahora con exactitud suficiente para poder reconocer con alguna seguridad la dirección en la cual necesariamente se cumple la evolución social y extraer conclusiones respecto a la marcha necesaria de la evolución política.

Se confunden con frecuencia estos dos géneros de profecías que son radicalmente diferentes. En el primer caso se trata de eventualidades muy diversas que un acontecimiento particular o una situación dada tienen en reserva; nuestra tarea consiste entonces en buscar las consecuencias probables. En el segundo caso se trata de una dirección única, necesaria, de la evolución; nuestra tarea está en reconocerla. En el primer género de profecía, partimos de hechos determinados y concretos; el segundo sólo puede indicarnos tendencias generales, sin suministrarnos indicios precisos sobre las formas que ellas revestirán. Hasta cuando ambos modos de investigación parecen conducir al mismo resultado, hay que cuidarse mucho de confundirlos. Decir, por ejemplo, que una guerra entre Francia y Alemania lleva a la revolución o que la agravación creciente de los antagonismos de clases en la

sociedad capitalista lleva a la revolución, es enunciar dos profecías en apariencia idénticas, y no obstante tienen diferente sentido. Una guerra entre Francia y Alemania no es un acontecimiento del cual se pueda determinar por anticipado su conclusión con tanta seguridad como si se tratase de una ley natural. La ciencia no ha llegado a eso. La guerra no es más que una de las numerosas eventualidades que pueden surgir; por otra parte, la revolución que resulta de una guerra está sometida a formas determinadas. Puede suceder que en la más débil de ambas naciones beligerantes el deseo imperioso de lanzar contra el enemigo todas las fuerzas populares llame al poder a la clase más intrépida y más enérgica, es decir, al proletariado; esto es lo que en 1891 Engels creía posible para Alemania si ésta hubiera tenido que luchar a la vez contra Francia, que todavía no era tan inferior en cuanto a su población, y contra Rusia, que aún no había sufrido derrotas y que la revolución no había desorganizado todavía.

La guerra puede también provocar una revolución cuando el ejército destrozado rehusa soportar los sufrimientos y un levantamiento de las masas populares derriba al gobierno, no para continuar la lucha con más energía, sino para finalizar una guerra desastrosa y sin objeto y hacer la paz con un adversario que tampoco pide nada más.

En fin, la guerra puede también comportar una revolución bajo la forma de un levantamiento general provocado por una paz vergonzosa y desastrosa, levantamiento que une el ejército y el pueblo contra el gobierno.

Si es, pues, posible precisar por anticipado ciertos aspectos de la revolución en el caso de que resulte de la guerra, su forma queda, por el contrario, completamente indecisa cuando se la considera como una consecuencia de la agravación creciente de los antagonismos de clase. Podemos afirmar con toda certidumbre que la revolución

que debe resultar de una guerra estallará en el curso de ésta o inmediatamente después. Pero si entiendo por revolución el resultado de la agravación creciente de los antagonismos de clases, ignoro completamente el momento en que se producirá. Puedo afirmar con certidumbre que la revolución que resulte de una guerra será de corta duración; pero no puedo decir lo mismo de la que provenga de la agravación creciente de los antagonismos de clases. Esta puede requerir muy largo tiempo y la revolución que provenga de la guerra no desempeña, respecto de ella, más que el papel de un episodio. No se puede afirmar por anticipado que la revolución que proceda de una guerra será victoriosa. Por el contrario, el movimiento revolucionario que provenga de la agravación creciente de los antagonismos de clases, no puede sufrir más que derrotas momentáneas; terminará forzosamente por la victoria. Por otra parte, la guerra, que en el primer caso es la condición previa de la revolución, es, como lo hemos visto, un acontecimiento de realización incierta. Nadie se pronunciará sobre esto de manera categórica. En cambio, la agravación de los antagonismos de clases resulta necesariamente de las leyes de la producción capitalista. Si la revolución, considerada como el resultado de una guerra, no es más que una eventualidad entre muchas otras, considerada como consecuencia de la lucha de clases es de una necesidad absoluta.

Se ve, pues, que cada uno de ambos géneros de "profecías" tiene su método propio y exige estudios particulares; de su profundidad depende el valor de las "profecías", mientras que las personas que no se forman idea alguna de estos estudios consideran esas profecías como vanas quimeras.

Pero sería erróneo creer que sólo los marxistas profetizan. Ni los políticos burgueses, que se colocan en el terreno de la sociedad presente, pueden pasarse sin vastas perspectivas sobre el porvenir. Esto es lo que constituye,

por ejemplo, toda la fuerza de la política colonial. Si sólo tuviéramos que entendernos con la política colonial actual, sería bien fácil terminar con ella. Para todos los Estados, exceptuada Inglaterra, es una mala operación; pero es el único campo que parece prometer todavía, bajo el régimen capitalista, porvenir brillante; y es justamente a causa de este porvenir brillante de la política colonial que predicen sus partidarios entusiastas, y no a causa de su miseria presente, por lo que ejerce encanto tan fascinante sobre todos los que no están convencidos de la llegada del socialismo. Nada más falso que pretender que sólo los intereses presentes desempeñan papel decisivo en la política y que las lejanas aspiraciones ideales no tienen ningún valor práctico; nada más falso que creer que nuestra agitación electoral tendrá tanto más éxito cuanto más "prácticos" sean nuestros modos de obrar, es decir, más sosos y más mezquinos; cuando hablemos únicamente de impuestos y de aduanas, de embrollos policiales, de socorros para enfermedades y de otras cuestiones semejantes; cuanto más, trataremos nuestro propósito final como un extinguido amor de juventud, el cual se recuerda aún en el fondo del corazón, pero se disimula lo más posible públicamente.

III

De la evolución hacia la sociedad futura

En política no se puede dejar de profetizar. Solamente los que predicen que por mucho tiempo las cosas marcharán como ahora, no se dan cuenta de que también profetizan.

Naturalmente que no hay un solo militante obrero satisfecho de la situación presente y que no se esfuerce, en consecuencia, por provocar su transformación radical; y tampoco existe, en cualquier partido que sea, un político inteligente y un tanto desprovisto de prejuicios que no encuentre absurda la concepción según la cual el trastorno económico de la sociedad podría proseguir con un paso tan rápido como hoy y la situación política permanecer por mucho tiempo la misma.

Si a pesar de todo el político no quiere oir hablar de revolución política, es decir, de un enérgico desplazamiento de las fuerzas en el Estado, no le queda más que buscar formas bajo las cuales los antagonismos de clases se resuelvan lentamente, insensiblemente, sin grandes luchas decisivas.

Los liberales sueñan con restablecer la paz social entre las clases, entre explotadores y explotados, sin que la explotación desaparezca, lo que se lograría con que cada clase se impusiese simplemente cierta moderación respecto a la otra y se abstuviera de todo exceso y de reivindicaciones exageradas. Así se imagina que el antagonismo

que divide al obrero y al capitalista mientras están aislados, cesará cuando se entiendan por sus organizaciones respectivas. Los contratos colectivos serían el advenimiento de la paz social. En realidad, la organización no puede hacer más que centralizar la dirección de los antagonismos. Las luchas entre las dos partes son cada vez más raras, pero más formidables y conmueven mucho más la sociedad que las pequeñas escaramuzas de otrora. La organización hace mucho más irreductible el antagonismo de los intereses contrarios, el cual, gracias a ella, aparece cada vez menos como antagonismo fortuito de personas aisladas y más como antagonismo necesario de clases.

Un socialista no puede compartir la ilusión de la reconciliación de las clases y de la paz social, y es socialista justamente porque no la comparte. Sabe que no es la quimera de la reconciliación de las clases, sino su supresión lo que puede establecer la paz social. Pero si no tiene fe en la revolución, no le queda más que aguardar del progreso económico la supresión pacífica e insensible de las clases por el crecimiento en número y en fuerza de la clase obrera hasta absorber poco a poco a las otras.

Tal es la teoría de la evolución pacífica hacia el socialismo. Esta teoría presenta un aspecto positivo; se apoya en ciertos hechos de la evolución real que confirman que vamos en efecto hacia el socialismo. Son justamente Marx y Engels quienes han descrito este fenómeno y han demostrado que tiene carácter de ley natural.

Evolucionamos hacia el socialismo en dos aspectos: de una parte por el desenvolvimiento del capitalismo y por la concentración del capital. La competencia hace que el gran capital amenace al pequeño, lo aplaste con su superioridad y termine por eliminarlo. He aquí una razón suficiente, dejada aparte la avidez de ganancia, para impulsar a cada capitalista a aumentar su capital y a agrandar el círculo de sus operaciones. Los establecimientos industriales son cada vez más vastos y están reunidos

cada vez más en un número más pequeño de manos. Ya hoy son los bancos y las organizaciones patronales los que gobiernan y organizan la mayor parte de las empresas capitalistas de los diferentes países, y de este modo se prepara más cada día la organización social de la producción.

Paralelamente a esa centralización de las empresas industriales observamos el acrecentamiento de las grandes fortunas, fenómeno que el sistema de las sociedades por acciones de ningún modo traba; al contrario, son las sociedades por acciones las que no sólo permiten a un pequeño número de bancos y de organizaciones patronales dominar hoy la producción, sino que hasta dan el medio de convertir en capital las más pequeñas fortunas y, por consecuencia, entregarlas al proceso de centralización capitalista.

Las sociedades por acciones son las que ponen los pequeños ahorros a disposición de los grandes capitalistas, los cuales los emplean como su propia fortuna personal y aumentan así la fuerza centralizadora de sus capitales.

Las sociedades por acciones son, en fin, las que vuelven completamente inútil al capitalista para la marcha de la empresa. Su eliminación de la vida económica deja de ser, en el orden económico, una cuestión de posibilidad o de oportunidad, para no ser más que una cuestión de fuerza.

No obstante, la marcha hacia el socialismo por la concentración del capital no es más que un aspecto de la evolución hacia la sociedad futura. Observamos en el seno de la clase obrera un proceso paralelo que conduce igualmente hacia el socialismo. Al mismo tiempo que el capital aumenta, el número de proletarios crece también en la sociedad; llegan a ser la clase más numerosa y sus organizaciones se desenvuelven simultáneamente. Los obreros fundan cooperativas que eliminan a los intermediarios y regulan la producción según las necesidades; fundan

sindicatos que restringen el absolutismo patronal y procuran ejercer influencia en la marcha de la producción; envían representantes a las asambleas municipales y a los parlamentos, los cuales procuran hacer aprobar reformas y leyes de protección obrera, transformar las empresas nacionales y comunales en establecimientos modelos y aumentar sin cesar su número.

Ese movimiento prosigue sin interrupción; estamos ya, como dicen nuestros reformistas, en plena revolución social, hasta en pleno socialismo, si creemos a algunos. Basta que la evolución continúe por el mismo camino; ninguna falta hace una catástrofe, que sólo serviría para trastornar la evolución pacífica hacia el socialismo; lo mejor es no soñar en ella y dedicarse únicamente a la labor "positiva".

Esta perspectiva es, por cierto, muy atrayente. Habría que ser de una naturaleza verdaderamente diabólica para querer trastornar con una catástrofe esa soberbia "ascensión gradual por el camino de las reformas". Si nuestras ideas se rigen según nuestros deseos, todos nosotros, marxistas, deberíamos inflamarnos por esta teoría de la evolución pacífica. Desgraciadamente, tiene un pequeño defecto: el progreso que señala no es el de un solo elemento sino el de dos y hasta el de dos elementos muy contrarios, el capital y el trabajo. Lo que los reformistas consideran como evolución pacífica hacia el socialismo, no es más que el progreso de las fuerzas de dos clases antagónicas que permanecen en estado de hostilidad irreductible; este progreso significa solamente que el antagonismo entre el capital y el trabajo, que en su origen sólo existía entre cierto número de individuos, que constituían una pequeña minoría de la nación, ha crecido de tal modo que ha llegado a ser en nuestros días una lucha entre dos organizaciones enormes y robustas que dirigen toda la vida social y política. Evolucionar hacia el socialismo es, pues, evolucionar hacia las grandes luchas que conmoverán el

Estado, llegarán a ser por fuerza cada vez más gigantescas y sólo podrán terminar por el aplastamiento y la expropiación de la clase capitalista. Pues el proletariado es indispensable para la sociedad; puede ser abatido momentáneamente, pero nunca aniquilado. La clase capitalista, al contrario, ha llegado a ser inútil; la primera gran derrota que sufra por la posesión del poder político comportará forzosamente su derrota completa y definitiva.

Nadie puede obstinarse en negar esas consecuencias de nuestra evolución constante hacia el socialismo, a menos de no ver el hecho esencial de nuestra sociedad, el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo. La evolución hacia el socialismo no es más que una expresión para designar la agravación creciente de los antagonismos de clases, la marcha hacia una época de luchas de clases decisivas que podemos comprender con la expresión de revolución social.

Sin duda, los revisionistas no quieren convenir en eso, pero hasta ahora no han logrado oponer argumentos plausibles a esa concepción. Todo lo que ellos objetan son hechos que, si tuvieran consecuencias y probaran algo, no demostrarían que la sociedad evoluciona hacia el socialismo, sino que se aleja de él; tal es, por ejemplo, la hipótesis de que el capital en lugar de centralizarse se descentraliza. Esta contradicción lógica reside en la naturaleza del revisionismo: tiene que reconocer la teoría marxista del capitalismo si quiere probar la evolución hacia el socialismo. Pero también tiene que rechazar esta teoría si quiere hacer creer en el progreso pacífico de la sociedad y en la atenuación de los antagonismos de clases.

Sin embargo, los revisionistas y sus vecinos comienzan a sospechar que la evolución pacífica hacia el socialismo no se realiza sin desgarramientos. Un artículo sobre "los destinos del marxismo" que Naumann ha publicado en el número de octubre de 1908 de la *Neue Rundschau* y en seguida en *Hilfe*, es, a este respecto, muy caracterís-

tico. Es verdaderamente confusa la exposición de esos destinos tal como el ex jefe del Partido nacional-social nos la presenta. Naumann se imagina que la concentración del capital y la constitución de sindicatos patronales son fenómenos que sorprenden y confunden a los marxistas, algo en lo cual nosotros nunca habríamos creído. Por otra parte, pretende que los militantes revisionistas de los sindicatos han sido los primeros que, en oposición con los marxistas, hicieron resaltar la importancia de la legislación obrera y de la organización sindical. Este excelente hombre no sospecha por nada del mundo que Marx ha sido, en el continente, quien ha descubierto estos dos fenómenos y ha reconocido su importancia, así como la de los sindicatos patronales, mucho antes que los demás.

Pero la ignorancia de estos señores en tal materia no es nueva ni hay que sorprenderse de ella. Por el contrario, es un hecho digno de señalar que Naumann descubra en su artículo la fuerza todopoderosa del capital centralizado, de suerte que la evolución económica no conduce, a su juicio, hacia el socialismo, sino hacia "un nuevo feudalismo que dispone de armas económicas formidables". Contra los sindicatos patronales, dice, las cooperativas y los sindicatos obreros son impotentes.

"La dirección de la industria se encontrará, en un porvenir próximo, del lado donde colaboren los sindicatos y los bancos. De esta parte han crecido fuerzas que ninguna revolución social podrá destronar, mientras que años espantosos de desocupación y de miseria no desencadenen en las masas odio formidable que derribe todo ciegamente sin poder construir nada mejor. Para los espíritus objetivos la idea de revolución social ha terminado. Cierto que esto es muy penoso para los socialistas de la vieja escuela y para nosotros, ideólogos sociales, que habíamos esperado una marcha más rápida de los éxitos obreros, pero, ¿para qué ilusionarnos?; el porvenir más próximo pertenece a los sindicatos industriales."

He ahí lo poco que se parece a evolución hacia el socialismo y menos todavía a evolución pacífica. El mismo Naumann no ve otro medio de abatir al nuevo feudalismo que un "odio formidable que derribe todo", en una palabra, una revolución; pero entonces su lógica da bruscamente media vuelta. Primero reconoce que los sindicatos patronales no pueden ser desalojados de sus posiciones más que por una revolución. Pero en seguida rechaza la idea de una revolución, pretendiendo simplemente que ella no podrá ser más que una revuelta de hambrientos que "derribarán todo ciegamente sin poder crear algo mejor". Por qué debe ser así, por qué la revolución está condenada desde el primer momento a la esterilidad, todo ello es el secreto de Naumann.

Pero después de haber destruido de un plumazo y sin ninguna argumentación la idea de la revolución, lejos de abandonarse a completa desesperanza, he aquí que se revela lleno de fe y de alegría. Ha descubierto que los sindicatos patronales sólo son obstáculo insuperable para los marxistas que profesan el determinismo económico y niegan el libre albedrío. Basta reconocer la existencia del libre albedrío para dar cuenta de los sindicatos patronales. He aquí cómo las "armas formidables del nuevo feudalismo" pierden su carácter de obstáculos irresistibles.

Lo que la revuelta de las masas no puede cumplir, lo cumplirá el reconocimiento del libre arbitrio del individuo, la "personalidad". Atraer la atención sobre este hecho es hacer "política positiva y práctica".

Escuchad más bien a Naumann:

"Marx casi no quiso oír hablar de apelación al libre albedrío, pues veía en todo un proceso necesario. Por lo menos en teoría; pues como individuo era una personalidad dotada de voluntad y un maestro de energía. Actualmente se produce en los socialistas que reflexionan cierto retorno de la teoría del determinismo a la del libre arbitrio y por consecuencia a la base fundamental de to-

dos los movimientos liberales. Eduardo Bernstein es quien ha expresado más claramente la necesidad de volver a la escuela de Kant. En los movimientos anarquistas o anarquizantes próximos al socialismo observamos la misma tendencia a abandonar la creencia en un destino natural que gobierna ciegamente la vida económica, para reconocer que la voluntad puede dar a los objetos formas diversas. Este retorno a la teoría de la voluntad es consecuencia del afianzamiento del nuevo reinado de los industriales. Apercíbese que su imperio no se hundirá sólo: hay que arrancarle concesiones por actos voluntarios."

"Los" que acaban de hacer ese descubrimiento son los adeptos de la evolución pacífica hacia el socialismo. En cuanto a nosotros, marxistas, en verdad que no necesitamos esas luces. Pero para los revisionistas y para sus ramificaciones en los campos anarquista y nacional-social es un enorme descubrimiento. Semejantes a las abejas que liban el jugo de cada flor, los revisionistas creen haber encontrado aquí también una nueva refutación de las doctrinas marxistas; y lo mismo creen sus hermanos los intelectuales liberales, nacionales-sociales, anarquistas o anarquizantes. Todos acusan a Marx de no haber conocido más que una evolución económica ciega, mecánica, y de haber ignorado la voluntad humana. Suscitar, pues, esa voluntad debe ser justamente nuestra tarea capital.

He ahí lo que enseñan no sólo Naumann sino también Friedeberg; lo que enseñan todos los elementos de nuestro partido que oscilan entre Naumann y Friedeberg, como Eisner y Maurenbrecher; lo que enseñan los teóricos del revisionismo como Tugan-Baranowski cuando escribe:

"El autor de *El Capital* exageraba la importancia del aspecto natural de la evolución histórica y no comprendía el enorme papel creador que representa en este proceso la personalidad humana."

Todo esto demuestra hasta la evidencia que la teoría de la evolución pacífica hacia el socialismo presenta una gran laguna, que la enorme función creadora de la viviente personalidad humana y el libre albedrío están llamados a llenar. Pero este libre albedrío que debe perfeccionar la evolución hacia el socialismo, en realidad la suprime. Si la voluntad es libre, como afirma Naumann, y si ella puede "dar a los objetos formas diversas", puede dar también a la evolución económica direcciones diversas, y entonces es completamente imposible saber qué seguridad tenemos de evolucionar hacia el socialismo; y hasta es imposible discernir una evolución cualquiera en la sociedad, y hay que renunciar a todo conocimiento científico de los fenómenos sociales.

IV

Evolución económica y voluntad

Los revisionistas no dejarán de objetar a la exposición precedente que existe una contradicción más flagrante en el mismo Marx: como pensador, no reconoce el libre albedrío y hace depender todo de una evolución económica necesaria y mecánica; como militante revolucionario ha manifestado siempre la más fuerte voluntad y ha hecho llamamientos a la del proletariado. Hay en Carlos Marx una contradicción irreductible entre la teoría y la práctica; esto es lo que los revisionistas, los anarquistas y los liberales proclaman con una unión conmovedora.

En realidad, tal contradicción no existe en Carlos Marx; es el producto de la confusión que reina en el espíritu de sus críticos; confusión incurable puesto que se reproduce sin cesar. Resulta simplemente de la identificación de la voluntad con la voluntad libre. Marx no ha desconocido jamás la importancia de la voluntad y la "función enorme de la personalidad humana" en la sociedad; ha negado solamente la libertad de la voluntad, lo que es completamente distinto. Esta cuestión ha sido expuesta demasiadas veces para que sea necesario volver aquí sobre ella.

Además, esa confusión estriba en una concepción muy singular de la economía social y de la evolución económica. Todos esos sabios se imaginan que la evolución económica, puesto que se opera según leyes fijas, se cum-

ple de modo automático, mecánico, sin el concurso de personalidades humanas dotadas de voluntad; la voluntad humana aparece así al lado de la economía social y por sobre ella como factor particular que la completa y que imprime "formas diversas" a los objetos que los factores económicos condicionan. Esta manera de ser es propia de inteligencias que se forjan de la economía una idea completamente escolástica, que han sacado sus conceptos de los libros y trabajan con ayuda de ellos de una manera puramente especulativa, sin poseer idea viviente del verdadero proceso económico .

En este aspecto los proletarios les son ciertamente superiores; es porque están mejor calificados, digan lo que quieren Maurenbrecher y Eisner, para comprender este proceso y su función histórica, no solamente más que los teóricos burgueses que no tienen la práctica de las cuestiones económicas, sino también que los prácticos burgueses que no tienen ningún interés por la teoría ni demuestran ninguna necesidad de adquirir, en materia de ciencia económica, conocimientos más extensos que los necesarios para realizar grandes ganancias.

La ciencia económica se reduce a escolástica vacía si no se parte del hecho de que en todo fenómeno económico la fuerza motora es la voluntad humana, pero no una voluntad libre, una voluntad en sí, sino una voluntad determinada. Es en última instancia la voluntad de vivir lo que constituye el fundamento de todo fenómeno económico; ella aparece al mismo tiempo que la vida en todos los animales dotados de movimiento propio y de conocimiento. Todas las formas de la voluntad se refieren en último caso a la voluntad de vivir.

La voluntad de vivir de los organismos reviste en cada caso formas particulares en relación con las condiciones especiales de su existencia, tomada la palabra condición en el sentido más extenso, de modo que comprenda no sólo los medios de subsistencia, sino también los peligros

de la vida y los obstáculos que la dificultan. Las condiciones de existencia de un organismo determinan las modalidades de su voluntad, las formas y los resultados de su actividad. Esta noción es el punto de partida de la concepción materialista de la historia. Tanto, es verdad, cuanto las relaciones que ella explica son simples en los organismos inferiores, es crecido en los organismos superiores el número de intermediarios que se interponen entre la simple voluntad de vivir y las formas múltiples que puede revestir.

Pero sería apartarme de mi objetivo extenderse más sobre esa cuestión. Sin embargo, me permitiré algunas observaciones.

Las condiciones de existencia de un organismo son de dos especies: por una parte, las que se renuevan sin cesar, que persisten sin modificación a través de numerosas generaciones. Una voluntad adaptada a esas condiciones, conforme con ellas, llega a ser hábito que se trasmite por herencia y se acrece por la selección natural; se convierte en instinto, en movimiento impulsivo; el individuo termina por obedecerlo en todas las circunstancias, hasta en las anormales, en las cuales esta obediencia en lugar de favorecer la existencia y conservarla, la perjudica y a veces acarrea la muerte. La causa primera de esa impulsión no es menos la voluntad de vivir.

Al lado de las condiciones de existencia que se renuevan siempre invariablemente, existen aquellas que sólo se presentan raras veces o están sujetas a variaciones. Entonces el instinto es impotente y la conservación de la existencia depende esencialmente de la facultad de conocer del organismo, de que se muestre capaz de reconocer la situación en la cual se encuentra y adaptar a ella su conducta. Cuanto más las condiciones de existencia de una especie animal están sujetas a variaciones frecuentes, más se desenvuelve su inteligencia, a causa, por una parte, de que los órganos de la inteligencia están más sujetos a

tributo, y por otra a que los individuos cuya inteligencia es inferior son eliminados más rápidamente.

En el hombre, en fin, la inteligencia adquiere un grado tal que llega a crearse órganos artificiales, armas y herramientas, a fin de asegurar mejor su existencia en medio de las condiciones en las cuales se encuentra. Luego, obrando así, crea nuevas condiciones de existencia a las cuales debe adaptarse. Así es como el progreso técnico, producto de inteligencia elevada, favorece a su vez el progreso de la inteligencia.

El progreso técnico es también una consecuencia de la voluntad de vivir, pero la modifica de modo notable. El animal quiere solamente vivir como ha vivido hasta entonces; no pide nada más. Por el contrario, la invención de una nueva arma o de una nueva herramienta entraña la posibilidad de vivir mejor que precedentemente, de procurarse nutrición más abundante, más ocio, más seguridad o, en fin, de satisfacer nuevas necesidades antes desconocidas. Cuanto más se desarrolla el aparato técnico, más la voluntad de vivir se transforma en voluntad de vivir mejor.

Esa voluntad es la que caracteriza al hombre civilizado. Ahora bien, la técnica no modifica solamente las relaciones entre los hombres y la naturaleza, sino también las relaciones de los hombres entre sí.

El hombre forma parte de los animales sociales, es decir, de aquéllos cuyas condiciones de existencia no les permiten vivir aislados, sino solamente en sociedad. En este caso la voluntad de vivir es la voluntad de vivir con y para los miembros de la sociedad. El progreso técnico, al modificar las condiciones de existencia en general, modifica también las condiciones de la vida y de la cooperación sociales. Llega, sobre todo, a este resultado al procurar al hombre órganos distintos de su propio cuerpo. Las herramientas y las armas naturales, uñas, dientes, cuernos, etc., son comunes a todos los individuos de la misma especie, siempre que sean del mismo sexo y edad. Pero las herramientas y las armas artificiales pueden llegar a ser propiedad de ciertos hombres con exclusión de los demás. Los que disponen exclusivamente de esas herramientas o de esas armas viven en otras condiciones que los que están desprovistos de ellas. Así se forman diversas clases, en el seno de las cuales la misma voluntad de vivir reviste formas diferentes.

Un capitalista, por ejemplo, en las condiciones de existencia que le son propias, no puede vivir sin obtener ganancias. Su voluntad de vivir lo lleva a realizar ganancias y su voluntad de vivir mejor a esforzarse en acrecerlas. Esto ya es razón suficiente para aumentar su capital; pero la competencia tiene el mismo efecto y obra sobre él con mucha más fuerza: lo amenaza con la ruina si no puede aumentar incesantemente su capital. La concentración de capitales no es un fenómeno mecánico que se cumple sin que los interesados lo quieran y sin que tengan conciencia de él. Sería completamente imposible si los capitalistas no tuvieran la enérgica voluntad de enriquecerse y de suplantar a sus competidores más débiles. Hay en esto una sola cosa independiente de su voluntad y de su conciencia: el hecho de que los resultados de su voluntad y de sus esfuerzos crean las condiciones convenientes para la producción socialista. Ciertamente, los capitalistas no lo quieren; pero no hay que deducir de esto que la voluntad del hombre y "la enorme función creadora de la personalidad humana" están excluidos de la evolución económica.

La misma voluntad de vivir que anima a los capitalistas obra también sobre los obreros; pero, como sus condiciones de existencia son diferentes, reviste en ellos otras formas. Estos no quieren realizar ganancias, sino vender su fuerza de trabajo; y la quieren vender a precio elevado y comprar víveres a bajo precio. Por esto

fundan cooperativas y sindicatos y procuran conquistar leyes de protección obrera. De ahí la segunda tendencia que, con la de la concentración del capital, está calificada de evolución hacia el socialismo. Pero no se trata de ningún modo, en este caso, de un fenómeno privado de voluntad y de conciencia, tal como se lo concibe comúnmente.

En fin, existe otro aspecto de la voluntad de vivir que tiene también su función en la evolución social. Hay casos en los cuales la voluntad de vivir de un individuo o de una sociedad no puede ejercerse sino anulando la de los otros individuos. Un carnicero no puede vivir sino exterminando a otros animales. Con frecuencia su voluntad de vivir hasta le obliga a despojar a los animales de su propia especie que le disputan la presa o le reducen la porción correspondiente. Para ello no es necesario que los extermine, pero sí que reduzca su voluntad por la superioridad de sus músculos o de sus nervios.

La especie humana conoce también luchas de ese género, pero menos entre individuos que entre sociedades; tienen por objeto la posesión de los medios de subsistencia, luego los terrenos de caza y los lugares de pesca, hasta llegar a los mercados y las colonias. Una de ambas partes concluye por exterminar a la otra o con más frecuencia por quebrantarla y someter su voluntad. No obstante, eso no es más que un fenómeno pasajero. Pero el hombre somete también de modo durable la voluntad de otro mediante la creación de instituciones que mantienen la explotación en estado permanente.

Los antagonismos de clases son antagonismos de voluntad. La voluntad de vivir de los capitalistas está llamada a ejercerse en condiciones que les obligan a someter la voluntad de los obreros y a ponerla a su servicio. Sin esta sujeción de la voluntad no habría ganancias capitalistas, los capitalistas no podrían existir. Por otra parte, la voluntad de vivir de los obreros los impulsa

a la insurrección contra la voluntad de los capitalistas. De aquí la lucha de clases.

Se ve, pues, que la voluntad es la fuerza motora de la evolución económica, la que forma el punto de partida y penetra en cada una de sus manifestaciones. Nada hay más absurdo que considerar la voluntad y las relaciones económicas como dos factores independientes uno del otro. Es, en el fondo, esa concepción fetichista que confunde la economía social, es decir, las formas del trabajo cooperativo y recíproco en las sociedades humanas, con los objetos materiales de este trabajo, primeras materias y herramientas. El fetichista se imagina que así como el hombre se sirve de las materias primas y de las herramientas para modelar a su gusto determinados objetos, la "personalidad creadora" dotada de voluntad libre se sirve de la economía para dar, según sus necesidades, formas diversas a las relaciones sociales. Puesto que el obrero es independiente de la materia prima y de las herramientas, puesto que las domina y las dirige, el economista fetichista se imagina que el hombre es independiente de la economía social y que la domina y la dirige como le place a su libre voluntad. Y como la materia prima y las herramientas no poseen voluntad ni conciencia, cree que todo el proceso económico se cumple mecánicamente, sin voluntad ni conciencia.

No hay error más ridículo que ése.

En el dominio de la economía la necesidad no equivale a ausencia de voluntad. Esta proviene de la necesidad absoluta para los seres vivos de querer vivir y de utilizar con este fin las condiciones de existencia ante las cuales se encuentran. Es la necesidad resultante del ejercicio de determinada voluntad.

No hay opinión más errónea que la que consiste en creer que la noción de necesidad en el dominio económico debilita la voluntad y que hay que despertar previamente esta facultad en los obreros, por ejemplo, por

medio de biografías de generales y de otros maestros de voluntad y por conferencias sobre el libre arbitrio. Haced creer a la gente que existe una cosa, y existirá; más aún, ¡la poseerán! ¡Basta creer en la libertad de la voluntad para adquirir voluntad, hasta voluntad libre! Ved a nuestros profesores e intelectuales burgueses educados en la escuela de Kant y en la admiración de la energía poderosa de los Hohenzollern: ¡qué fondo prodigioso de voluntad inflexible han extraído de ello!

Si el fundamento de toda necesidad en el dominio económico, la voluntad de vivir, no obrase poderosamente sobre el obrero, si hubiera que despertar previamente su voluntad por medios artificiales, todos nuestros esfuerzos serían prodigados con pura pérdida.

Sin embargo, eso no quiere decir que no existe relación alguna entre la voluntad del hombre y su conciencia y que éste no posea influencia sobre ella. Ciertamente la energía con la cual se manifiesta la voluntar de vivir no depende de la conciencia, pero la conciencia determina las formas que la voluntad de vivir reviste en cada caso especial y la repartición de la energía entre estas diversas formas. Hemos visto que además del instinto, la conciencia dirige la voluntad y que las formas de la voluntad dependen de la manera cómo la conciencia conoce las condiciones de existencia y de la profundidad de este conocimiento. Pero como la facultad de conocimiento es distinta en los diferentes individuos, su voluntad de vivir puede obrar, aunque sea la misma, diferentemente sobre las mismas condiciones de existencia; y es esta diversidad la que da la ilusión del libre arbitrio; las formas de la voluntad del individuo no parecen depender de sus condiciones de existencia sino de su voluntad.

Si es posible influir sobre las formas de la voluntad del proletariado y la repartición de su energía entre esas diversas formas de modo apropiado a sus intereses, no sería ciertamente por leyendas y edificantes especulaciones sobre el libre albedrío, sino sólo ampliando sus conocimientos de las condiciones sociales.

La voluntad de vivir es el hecho que debe servirnos de punto de partida; es el hecho primordial. En cuanto a las formas que ella reviste y a la intensidad con la cual se manifiesta, dependen en los diferentes individuos, clases y naciones, etc., de su conocimiento de las condiciones de existencia, condiciones que, cuando engendran en dos clases voluntades antagónicas, son también condiciones de lucha. Sólo de estas condiciones nos ocuparemos aquí.

La voluntad aplicada a la lucha está determinada por los factores siguientes: 1º por el premio de la lucha reservado a las combatientes; 2º por el sentimiento que tienen de su fuerza; 3º por su fuerza verdadera.

Cuanto más grande es el premio de la lucha, más ardor y energía despliegan los combatientes para salir victoriosos, con la condición, sin embargo, de que crean poseer las fuerzas y las capacidades requeridas para ello. Si ellos mismos no tienen la confianza necesaria, por seductor que sea el premio de la lucha no se desprende de él voluntad alguna, sino solamente un deseo, una aspiración, que puede ser ardiente, pero que no engendra ningún acto ni tiene valor práctico alguno.

En cuanto al sentimiento de la fuerza, es peor que inútil si no reposa más que en simples ilusiones y no sobre un conocimiento serio de las propias fuerzas y de las del adversario. La fuerza sin ningún sentimiento de fuerza permanece estéril; no engendra voluntad. Un sentimiento de fuerza sin fuerza real puede, en ciertos casos, producir actos que sorprendan e intimiden al adversario, que hagan plegar y paralicen su voluntad. Pero es imposible lograr éxito durable sin fuerza verdadera. Las empresas que deben su éxito a una fuerza fingida, que engaña al adversario, fracasan tarde o temprano y el desaliento que sigue es tanto más grande cuanto más brillantes hayan sido los primeros éxitos.

Al aplicar estas observaciones a la lucha de clase del proletariado, se ve claramente cuál es la tarea de los que quieren participar en esta lucha y secundarla, qué influencia ejerce el Partido Socialista sobre ella. Nuestra primera y más importante tarea es aumentar las fuerzas del proletariado. Naturalmente, no podemos acrecerlas a discreción. En la sociedad capitalista las fuerzas del proletariado están determinadas en cada instante por las condiciones económicas del momento considerado; no se puede multiplicarlas arbitrariamente. Pero se puede aumentar el efecto de las fuerzas existentes, impidiendo su disipación. Considerados desde el punto de vista de la finalidad, los fenómenos naturales en los cuales la conciencia no existe están acompañados de enorme disipación de fuerzas. Esto sucede porque la naturaleza no se propone ningún fin. La voluntad consciente del hombre es la que le asigna ciertos fines y la que le indica al mismo tiempo el camino para conseguirlos sin disipación de fuerzas, con el menor dispendio posible de energía.

Estas observaciones se aplican también a la lucha de clase del proletariado. Ciertamente, ésta no se cumple jamás, ni siquiera en sus comienzos, sin que los interesados tengan conciencia de ello; pero su voluntad consciente no va más allá, en estas luchas, de sus necesidades personales inmediatas. Las transformaciones sociales que resultan de la lucha están al comienzo ocultas para los beligerantes. Como fenómeno social, la lucha de clases es, pues, durante largo tiempo, un fenómeno inconsciente, y como tal está acompañado de toda la disipación de fuerzas inherente a todos los fenómenos inconscientes. Sólo el conocimiento del proceso social, de su tendencias y de su fines, puede poner término a esa disipación; tal conocimiento puede concentrar las fuerzas del proletariado y coordinarlas en organizaciones poderosas, unidas por la persecución de un gran fin, organizaciones que subordinan sistemáticamente la acción personal y momentánea a los intereses de la clase que representan, los cuales sirven a la causa de toda la evolución social.

En otros términos, es la teoría la que permite al proletariado realizar el despliegue más grande de fuerzas posible; la que le enseña, en efecto, a emplear de la manera más oportuna las fuerzas que saca de la evolución económica y la que impide su disipación.

Pero la teoría no sólo aumenta las fuerzas del proletariado, sino que aumenta también el sentimiento que éste tiene de su fuerza; y esto no es menos necesario.

Hemos visto que la voluntad no está determinada solamente por la conciencia, sino también por los hábitos y los instintos. Una situación que se repite durante siglos, engendra hábitos e instintos que persisten hasta después que su base material ha desaparecido. Una clase puede estar debilitada desde largo tiempo, después de haber reinado a favor de su fuerza, mientras que la clase que ella explota, débil otrora y sometida a la primera, ha llegado a ser fuerte. Pero el sentimiento de fuerza tradicional persiste mucho tiempo de una y otra parte, hasta que sobreviene una prueba —una guerra, por ejemplo—, que revela toda la debilidad de la clase dirigente. La clase explotada adquiere de súbito conciencia de su fuerza y entonces se produce una revolución, un rápido trastorno.

Así es como el proletariado conserva mucho tiempo el sentimiento de su debilidad original y la creencia en la fuerza invencible del capital.

El modo de producción capitalista nace en una época en la cual los proletarios vagan sin recursos por las calles, llevan existencia de parásitos, inútiles para la sociedad. El capitalista que los tomaba a su servicio era su salvador; les procuraba pan o trabajo, como se dice hoy, aunque esta expresión no sea mucho mejor. Su voluntad de vivir los impulsaba a venderse. Fuera de este medio de existencia no veían otro; tampoco veían un

medio de resistir al capitalista. Pero poco a poco los papeles cambiaron. De mendicantes importunos, a quienes se hacía trabajar por piedad, los proletarios han llegado a ser la clase obrera que mantiene a la sociedad; la persona del capitalista, al contrario, es cada vez más inútil para la marcha de la producción, como lo muestran hasta la evidencia las sociedades por acciones y los "trusts". De necesidad económica que fue, el salariado se transforma cada vez más en una simple relación de fuerza a fuerza mantenida por la del Estado. El proletariado llega a ser la clase más numerosa en el Estado y también en el ejército, sobre el cual reposa el poder del Estado. En un Estado tan industrial como Alemania o Inglatera, el proletariado tendría desde hoy la fuerza para conquistar el poder y las condiciones económicas le permitirían, desde luego, servirse de él para sustituir la producción capitalista por la producción social.

Pero lo que falta al proletariado es la conciencia de su fuerza. Algunas categorías de proletarios la poseen; falta al conjunto del proletariado. El Partido Socialista hace lo posible para inculcársela. Esto siempre por la propaganda teórica, pero no solamente por ella. Para hacer que el proletariado adquiera conciencia de su fuerza, la acción será siempre superior a cualquier teoría. Por los éxitos que consigue en la lucha contra el adversario, el Partido Socialista muestra más claramente al proletariado la fuerza de que él dispone, y es el modo más eficaz para aumentar en él el sentimiento de esa fuerza. Pero el Partido Socialista sólo consigue esos éxitos porque está guiado por una teoría que permite al proletariado consciente y organizado desplegar en todo momento el máximo de las fuerzas de que dispone.

Fuera de los países anglo-sajones, la acción sindical fue provocada y fecundada desde sus comienzos por la teoría socialista. Y no son solamente los éxitos de los sindicatos, sino también las luchas victoriosas libradas

en torno de los parlamentos y dentro de ellos, las que han exaltado poderosamente en el proletariado el sentimiento de su fuerza y su fuerza misma. No sólo por las ventajas materiales que de ello obtienen ciertas categorías de proletarios, sino especialmente porque la masa de los desposeídos, tan largo tiempo aterrorizada y desesperada, veía surgir una fuerza que entablaba atrevidamente la lucha contra todas las fuerzas dominantes, conseguía victoria tras victoria, y sin embargo no era nada más que una organización de esos mismos desposeídos.

Es lo que constituye la importancia del Primero de Mayo, de las campañas electorales y de las luchas por el derecho de sufragio. El proletariado no saca siempre de ellas ventajas materiales considerables y con frecuencia las ventajas no compensan los sacrificios de la lucha, pero cuando esas luchas terminan por una victoria tienen siempre por consecuencia el acrecentamiento enorme de las fuerzas activas del proletariado, acrecentamiento debido al sentimiento poderoso que le dan de su fuerza y a la energía que comunican a su voluntad en las luchas de clases.

Por consiguiente, nada asusta tanto a nuestros adversarios como el ver crecer ese sentimiento de fuerza. Saben que nada deben temer del gigante mientras no tenga conciencia de su fuerza. Ahogar ese sentimiento es su mayor preocupación; les cuesta menos hacer concesiones materiales que ver a la clase obrera lograr victorias morales que exaltan en ella el sentimiento de su propio valor. Por eso luchan frecuentemente con más energía para mantener el absolutismo en la fábrica, el derecho de "ser amo en su casa", que para rechazar los aumentos de salario: de ahí también su odio encarnizado contra el paro del Primero de Mayo, sus esfuerzos para mutilar el sufragio universal allí donde ha llegado a ser medio de mostrar a la población de modo evidente la marcha

victoriosa e irresistible del socialismo. No es el miedo a una mayoría socialista lo que los hace obrar así, pues entonces aún podrían esperar tranquilamente más de una elección. ¡No!; es el miedo de que las continuas victorias electorales del partido socialista den al proletariado tal sentimiento de su fuerza e intimiden a tal punto a sus adversarios, que toda resistencia llegue a ser imposible; e impotentes los poderes públicos, se produciría un total desplazamiento de fuerzas en el Estado.

Por eso debemos esperar a que nuestro próximo triunfo electoral nos valga un atentado sobre el sistema de sufragio en vigor para el Reichstag; lo que de ningún modo quiere decir que tal atentado triunfe. Puede, al contrario, desencadenar luchas en las cuales las potencias dominantes recojan finalmente derrotas todavía más serias y más desastrosas que nuestras victorias electorales.

Ciertamente, nuestro Partido no registra sólo victorias sino también derrotas. Pero éstas nos descorazonarán tanto menos cuanto más nos habituemos a prescindir del tiempo y del lugar para considerar nuestro movimiento en toda su conexión a través de generaciones y en todos los pueblos. Entonces la ascensión irresistible y rápida de todo el proletariado llegará a ser, a pesar de algunas derrotas muy sensibles, de tal modo evidente, que nada nos podrá arrebatar nuestra fe en su victoria definitiva.

Apliquémonos, pues, a considerar cada una de nuestras luchas en sus relaciones con la evolución social, pues entonces veremos con toda su claridad el fin gigantesco de nuestros esfuerzos, que es librar a la clase obrera y por consecuencia a la humanidad de toda dominación de clase; entonces se ennoblecerá el trabajo práctico incesante e indispensable que la voluntad de vivir impone al proletariado; entonces la grandeza del premio de la lucha exaltará su voluntad hasta la altura de una pasión revolucionaria, que no será la emoción estúpida de la sorpresa, sino el fruto del conocimiento.

V

Ni revolución ni legalidad a cualquier precio

De un parte se nos reprocha a nosotros, marxistas, que excluimos la voluntad, de la política, y hacemos de ésta un proceso mecánico. Pero, de otra parte, son los mismos críticos los que sostienen justamente lo contrario, a saber, que nosotros hacemos más caso a nuestra voluntad que al conocimiento de la realidad. Mientras esta última nos demuestra la imposibilidad de toda revolución, nosotros nos aferramos a la idea de la revolución por puro fanatismo sentimental, y nos embriagamos con esta idea. De creer a nuestros críticos, querríamos la revolución a cualquier precio, por amor a la revolución, hasta si estuviera probado que haríamos más progresos por el empleo de medios legales.

Se procura especialmente ponerme en contradicción con Federico Engels quien, según se pretende, estuvo también animado en su tiempo de sentimientos muy revolucionarios, pero se volvió razonable poco antes de su muerte; reconoció entonces la imposibilidad de mantener su punto de vista revolucionario y confesó este reconocimiento.

Es verdad que Engels, en 1895, en el Prefacio bien conocido que escribió para *La lucha de clases en Francia*, de Carlos Marx, mostraba que las condiciones de la lucha revolucionaria habían cambiado desde 1848. Para vencer —escribía— es necesario que tengamos detrás de

nosotros masas "que comprendan las exigencias de la situación", y es mucho más ventajoso para nosotros, revolucionarios, recurrir a procedimientos legales que a medios ilegales y a la revolución. Pero no hay que olvidar que Engels sólo tenía en cuenta la situación del momento. Los que quieren saber cómo hay que interpretar este pasaje de Engels deben compararlo con sus cartas, a las cuales yo hacía recientemente alusión en *Neue Zeit*; se ve allí con qué energía se defiende de pasar por "adorador pacífico de la legalidad a cualquier precio". He aquí lo que yo escribía entonces en *Neue Zeit*:

"La Introducción a *La lucha de clases* de Carlos Marx, está fechada el 6 de marzo de 1895. Pocas semanas después apareció el libro. Yo había rogado a Engels que me autorizara a imprimir la Introducción en *Neue Zeit* antes de la publicación del libro. El 25 de marzo me respondió en estos términos:

"«He recibido tu telegrama y respondo en seguida: ¡con placer! Por separado envío el texto corregido, cuyo título es este: *Introducción a la nueva edición de* La lucha de clases en Francia, de C. Marx, por Federico Engels. Como se dice en el texto, los materiales corresponden a viejos artículos de la *Nueva gaceta renana*. Mi texto ha sufrido un poco a consecuencia de las aprehensiones de nuestros amigos de Berlín que temen el proyecto de ley sobre las actividades subversivas; debía tenerlas en cuenta en esta circunstancia.»

"Para comprender esas líneas, hay que recordar que el proyecto de la ley sobre las actividades subversivas, que preveía, con el propósito de impedir la propaganda socialista, la agravación notable de las leyes existentes, fue sometido al Reichstag el 5 de diciembre de 1894; éste lo envío el 14 de enero de 1895 a una comisión, en la cual se discutió durante más de tres meses (hasta el 25 de abril). Justamente durante ese intervalo fue escrita la introducción de Engels. Engels juzgaba grave la situación; tal como resulta de un pasaje posterior de la misma carta, en el cual escribe:

"«Tengo por absolutamente cierto que veremos en Austria una reforma electoral que nos abrirá el parlamento, a menos que un período de reacción general estalle súbitamente. En Berlín parece que se esfuerzan en provocar uno por medios violentos; pero, desgraciadamente, allí nunca se sabe lo que se quiere de un día para otro.»

"Algún tiempo antes, el 3 de enero, inmediatamente antes de ocuparse en la Introducción, Engels me había escrito:

"«Me parece que vais a ver en Alemania un año muy agitado. Si el señor de Koller continúa igual, todo es posible: conflicto, disolución, golpe de Estado. Naturalmente, se contentarían con menos si fuera necesario. Los hidalgos no pedirían nada más que un aumento de los dones gratuitos; pero para obtenerlo será necesario apelar a ciertas veleidades del gobierno personal, y hasta prestarse a ello, y prestarse hasta el punto en que los factores de resistencia entren también en juego, y es entonces cuando el azar, es decir, lo incalculable, lo no intencionado, entra en juego. Para asegurarse los dones gratuitos, hay que blandir la amenaza de un conflicto —un paso más, y el propósito primordial, el donativo, adviene accesorio, la corona se pone contra el Reichstag, hay que someterse o romper, y entonces eso puede llegar a ser gracioso. Leo justamente la obra de Gardiner, *Personal Government of Charles I* (El gobierno personal de Carlos I). La situación recuerda la de la Alemania actual, casi hasta en lo ridículo. Por ejemplo, los argumentos a propósito de la inmunidad para los actos cometidos en el recinto parlamentario. Si Alemania fuera país latino, el conflicto revolucionario sería inevitable, pero como están las cosas, nada seguro puede decirse.»

"Se ve, pues, que Engels juzgaba la situación grave y preñada de conflictos, y eso en la época en la cual los

revisionistas le hacen proclamar que estaba abierta la era de la evolución legal y pacífica a cualquier costo, que su reino estaba para siempre asegurado y que había pasado la era de las revoluciones.

"Es claro que Engels, al juzgar así la situación, evitaba toda palabra que los adversarios habrían podido explotar contra el Partido y que, permaneciendo, naturalmente, inquebrantable en el fondo, se mostraba tan reservado como era posible en la forma.

"Entretanto, el *Vorwärts*, sin duda para ejercer influencia favorable en los debates de la comisión encargada del proyecto de ley, publicó algunos pasajes de la Introducción y los combinó de tal manera, que considerados aisladamente producían la impresión que los revisionistas han cargado más tarde a la cuenta de Engels. Este se llenó entonces de cólera. En una carta del 1º de abril, escribió.

"«Con gran sorpresa veo en el *Vorwärts* de hoy un extracto de mi Introducción impreso sin mi aprobación y aderezado de tal manera, que yo tengo el aire de ser adorador pacífico de la legalidad a cualquier precio. Estoy más contento de ver aparecer ahora íntegramente la Introducción en *Neue Zeit*, a fin de que esa impresión vergonzosa sea borrada. No dejaré de decir lo que pienso de ello a Liebknecht y a ellos, quienes quiera que sean, que le han dado esta ocasión de desnaturalizar mi pensamiento.»

"No sospechaba de que poco tiempo después, amigos íntimos, más calificados que los demás para proteger su pensamiento contra toda alteración, llegarían a creer que esa opinión desnaturalizada era la suya propia y que eso que les parecía una vergüenza era la proeza más soberbia de toda su existencia: el luchador revolucionario terminaba en adorador pacífico de la legalidad a cualquier precio."

Si esas líneas no bastasen para precisar el punto de

vista de Engels relativo a la revolución, nos remitiríamos a un artículos sobre "El socialismo en Alemania" que publicó en *Neue Zeit* en 1892, es decir, pocos años antes de la Introducción a *La lucha de clases en Francia*, de Marx.

Escribió:

"¡Cuántas veces los burgueses nos han sugerido que deberíamos renunciar en todos los casos al empleo de medios revolucionarios y atenernos a la legalidad hasta que la ley de excepción sea suprimida y el derecho común restablecido para todos, hasta para los socialistas! Desgraciadamente, no estamos en condiciones de satisfacer en ese punto a los señores burgueses. Lo que de ningún modo impide, por lo demás, que en este momento no sea a nosotros a quienes la legalidad está en camino de perder. Al contrario, trabaja para nosotros a maravilla; tanto, que sería locura de nuestra parte infringirla mientras las cosas sigan de este modo. Es mucho más justo preguntarse si no son más bien los burgueses y su gobierno los que atentarán contra la ley y el derecho para aplastarnos por la violencia. Pero dejemos venir las cosas. Entretanto, «disparad primero, señores burgueses».

"No hay duda de que ellos tirarán primero. Un buen día la burguesía alemana y su gobierno dejarán de contemplar con los brazos cruzados la marea creciente del socialismo; recurrirán a la ilegalidad y a la violencia. ¿Pero para qué? La violencia puede aplastar a una pequeña secta en un territorio restringido; pero hay que buscar todavía la fuerza capaz de extirpar un partido de más de dos o tres millones de hombres extendido por todo el territorio de un imperio. La superioridad momentánea de la contrarrevolución podrá tal vez retardar por algunos años el triunfo del socialismo, pero solamente para hacerlo más completo y definitivo."

Hay que tener en cuenta estos pasajes, así como las cartas antes mencionadas, para comprender bien las ex-

presiones de la Introducción de Engels relativas a la legalidad, tan ventajosa para nuestro Partido. No son de ningún modo un renunciamiento a la idea de la revolución. Rechazan seguramente de modo categórico la opinión de los que quisieran vernos sacrificar todo a la idea de revolución, a la cual se representan como simple repetición de los acontecimientos de 1830 y 1848. Pero esto sería tan erróneo como imaginarse por eso que mi punto de vista está en contradicción con el de Engels. La verdad es que antes de la Introducción de Engels yo había hecho el mismo razonamiento que él, en otras circunstancias y en otra forma.

En el 12º año de *Neue Zeit* escribí, en diciembre de 1893, un artículo sobre un catecismo socialista, en el cual discutía en detalle la cuestión de la revolución. He aquí lo que puede leerse en él:

"Somos revolucionarios, y no sólo en la acepción del término que nos hace decir, por ejemplo, que la máquina de vapor es un agente revolucionario. La transformación social que queremos realizar no puede cumplirse más que por una revolución política y por la conquista de los poderes públicos, lo que será obra del proletariado militante. La sola constitución política bajo la cual el socialismo puede realizarse es la republicana, la república en su acepción más general, es decir, la república democrática.

"El Partido Socialista es un partido revolucionario; no es un partido que hace revoluciones. Sabemos que nuestro fin no puede ser conseguido sino por una revolución, pero sabemos también que no depende de nosotros hacer esta revolución ni de nuestros adversarios impedirla. De ningún modo soñamos, pues, en provocar o preparar una revolución; y como no podemos hacer la revolución a voluntad, no podemos decir absolutamente cuándo, en qué circunstancias y bajo qué formas se cumplirá. Sabemos que la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado durará mientras este último no se halle en plena po-

sesión del poder político con cuya ayuda establecerá el socialismo. Sabemos que esta lucha de clases no puede más que ganar incesantemente en extensión y en intensidad; que el proletariado se engrandecerá cada vez más en número y en fuerza, tanto desde el punto de vista moral como del económico y que, por consecuencia, su victoria y la derrota del capitalismo son inevitables. Pero en cuanto a saber cuándo y cómo se librarán las últimas batallas decisivas de esta guerra social, es cuestión sobre la cual no podemos emitir sino las más vagas hipótesis. Todo esto no es nuevo...

"Como no sabemos nada preciso concerniente a las batallas decisivas de esta guerra social, es natural que no podamos decir por anticipado si serán sangrientas, si la fuerza física desempeñará en ellas papel importante o si se librarán exclusivamente con la ayuda de la presión económica, legislativa y moral.

"No obstante, se puede considerar como muy probable que en las luchas revolucionarias del proletariado los últimos procedimientos prevalecerán con más frecuencia que el empleo de la fuerza física, es decir, militar, que en las luchas revolucionarias de la burguesía. Una de las razones por las cuales es probable que las luchas revolucionarias recurran con menos frecuencia en el porvenir al empleo de medios militares es, como se ha repetido frecuentemente, que el equipo de los ejércitos modernos supera infinitamente las armas de las cuales dispone la población civil; toda resistencia de parte de ésta se encuentra, en general, reducida desde el comienzo a la impotencia. Por el contrario, las clases revolucionarias disponen hoy de mejores armas que aquéllas de que disponían las del siglo XVIII para organizar la resistencia desde los puntos de vista económico, político y moral. Solamente Rusia constituye excepción a este respecto.

"Hay que ver en la libertad de coalición, de prensa y de sufragio universal (oportunamente también en el

servicio militar obligatorio para todos) no sólo armas que dan al proletariado de los Estados modernos ventajas sobre las clases que han librado las luchas de la revolución burguesa, sino también instituciones que ponen en evidencia las fuerzas relativas de los partidos y de las clases y el espíritu que los anima, cosa imposible en los tiempos del absolutismo.

"Bajo el régimen del absolutismo, las clases dirigentes, lo mismo que las clases revolucionarias, marchaban a tientas. Siendo imposible cualquier manifestación del espíritu de oposición, ni el gobierno ni los revolucionarios podían conocer sus fuerzas. Cada una de las dos partes corría el riesgo de exagerar sus propias fuerzas mientras no se había medido en la lucha con el adversario, o de dudar de ellas cuando hubiera sufrido un solo fracaso y renunciar a toda esperanza. Es probablemente una de las razones principales por las cuales el período revolucionario de la burguesía nos muestra tantas refriegas aplastadas de un solo golpe y tantos gobiernos derribados súbitamente; de ahí la sucesión de revoluciones y de contrarrevoluciones.

"Hoy sucede de otro modo, por lo menos en los países que poseen instituciones un tanto democráticas. Se ha llamado a estas instituciones la válvula de seguridad de la sociedad. Si con ello se quiere entender que en una democracia el proletariado deja de ser revolucionario y que contentándose con expresar abiertamente su indignación y sus sufrimientos renuncia a la revolución política y social, esta calificación es falsa. La democracia no puede destruir los antagonismos de clases de la sociedad capitalista, ni aplazar el inevitable resultado final, que es la caída de esta sociedad. Pero lo que puede hacer es impedir, si no la revolución, por lo menos muchas tentativas de revolución prematura y sin probabilidad de éxito; puede dispensar, así, de más de un movimiento revolucionario. La democracia pone en evidencia las fuerzas

relativas de los partidos y de las clases, no destruye los antagonismos ni posterga el resultado final que es su consecuencia, pero tiende a impedir que las clases ascendentes aborden la solución de problemas para los cuales no están maduras; tiende también a impedir que las clases dirigentes rehusen concesiones cuando no tienen la fuerza para hacerlo. La dirección de la evolución no se modifica, pero su marcha llega a ser más continua y más calma. El empuje del proletariado en los Estados un tanto democráticos no está señalado por victorias tan ruidosas como las de la burguesía durante su período revolucionario, pero tampoco por tan grandes derrotas. Desde el despertar del movimiento obrero socialista moderno, que se produjo después de 1860, el proletariado europeo ha sufrido una sola gran derrota, la Comuna de París en 1871. Francia se resentía todavía del régimen imperial que había rehusado al pueblo instituciones verdaderamente democráticas; solamente una minoría muy pequeña del proletariado francés había adquirido conciencia de sí misma y había sido forzada a la insurrección.

"Puede ser que la táctica de la democracia proletaria parezca más fastidiosa que la de la revolución burguesa; es seguramente menos dramática, menos teatral, pero también exige muchos menos sacrificios. Esta ventaja deja tal vez impasibles a los literatos ingeniosos y a los que con el socialismo se procuran un deporte y motivos interesantes pero no a los que toman verdaderamente parte en la lucha.

"Este método llamado pacífico de la lucha de clases, que se limita al empleo de medios no militares, tales como parlamentarismo, huelgas, manifestaciones, periódicos y otros medios de presión semejantes, tiene tantas más probabilidades de ser conservado en un país en el cual las instituciones democráticas son más eficaces y la población posee más perspicacia en materia política y económica y más dominio sobre ella misma.

"Sin embargo, cuando están enfrentados dos adversarios, en circunstancias iguales, aquel que se siente superior al otro es el que mantiene mejor su sangre fría. Quien no tienen confianza en sí mismo ni en su causa pierde demasiado fácilmente la calma y el imperio sobre sí.

"En los países civilizados modernos es la clase proletaria la que tiene más fe en sí misma y en su causa. Para ello no tiene necesidad de forjarse ilusiones, le basta considerar la historia de la última generación para comprobar en todas partes su ascensión ininterrumpida; le basta considerar la marcha de las cosas en nuestra época para extraer de ella la certidumbre de que su victoria es inevitable. No hay, pues, motivo para esperar que el proletariado pierda fácilmente su calma y su sangre fría e inaugure una política de aventuras en los países donde ha alcanzado un elevado grado de desarrollo. Hay tanto menos motivo para esperarlo, cuanto que la educación y el discernimiento de la clase obrera están allí más desarrollados y el Estado es más democrático.

"En cambio, no se puede depositar la misma confianza en las clases dirigentes. Ellas sienten y comprueban su debilitamiento gradual, y como se vuelven cada vez más inquietas y temerosas, sus actos son cada vez más imprevistos. Entran, a simple vista, en un estado de ánimo del que cabe esperar un súbito acceso de rabia, que las hará precipitarse con ciego furor sobre el adversario, para abatirlo, sin cuidarse de los golpes que se darán a sí mismas y a toda la sociedad, y de los desastrosos estragos que acarrearán.

"La situación política en que se encuentra el proletariado hace prever que, mientras le sea posible, procurará aprovecharse del uso exclusivo de los métodos «legales» antes mencionados. El peligro de ver contrarrestar esta tendencia reside sobre todo en la nerviosidad de las clases dirigentes.

"Sus hombres de Estado desean generalmente ese acceso de rabia y, de ser posible, no sólo en las clases dirigentes, sino también en la masa de los indiferentes; desean verlo estallar lo más pronto, antes de que el Partido Socialista tenga fuerza para resistirlo. Es el único medio que aún les queda, para retardar, por algunos años al menos, la victoria de los socialistas. En verdad echan así la última carta: si la burguesía, en este acceso colérico, no logra aplastar al proletariado, entonces, agotada por este esfuerzo, se hundirá más rápidamente y el socialismo triunfará tanto más pronto. Pero los políticos de las clases dirigentes están ya, en su mayoría, en un estado de ánimo en el que creen que no les queda sino jugar el triunfo. Quieren provocar la guerra civil por miedo a la revolución.

"Así, pues, el Partido Socialista no sólo no tiene razón alguna para adoptar esta política desesperada, sino que tiene sobrados motivos para hacer de modo que el ataque de rabia de los dirigentes, si es inevitable, sea al menos demorado en lo posible, a fin de que no estalle sino cuando el proletariado haya llegado a ser bastante fuerte como para abatir al loco furioso y dominarlo sin otro proceso; este ataque sería, así, el último, y los daños que causaría, los sacrificios que costaría, serían los mínimos posibles.

"El Partido Socialista debe, pues, evitar y aun combatir todo lo que equivaliese a una inútil provocación de las clases dirigentes, todo lo que diese a sus hombres de Estado un pretexto para originar en la burguesía y sus bandas un ataque de canibalismo, cuyas consecuencias pagarían los socialistas. Si declaramos que es imposible hacer revoluciones, si juzgamos insensato y hasta funesto el querer fomentar una revolución, y si obramos en consecuencia, no es ciertamente por amor a nuestros gobernantes, sino sólo en el interés del proletariado militante. Y en este punto, la socialdemocracia alemana está de acuerdo con los partidos socialistas de los otros países.

Gracias a esta actitud, los hombres de Estado de las clases dirigentes no han podido hasta ahora proceder como habrían querido, respecto del proletariado militante.

"Por débil que sea todavía, relativamente, la influencia política del Partido Socialista, es, sin embargo, ya demasiado considerable en los Estados modernos, como para que los políticos burgueses puedan obrar con él según les venga en gana. Las pequeñas medidas, los embrollos, de nada les sirven; no hacen más que exasperar a los afectados, sin asustarlos, sin enfriar su ardor combativo. Por otra parte, toda tentativa de recurrir a medidas enérgicas, haciendo imposible la lucha al proletariado, provoca el peligro de una guerra civil que, cualquiera que fuese su resultado, comportaría enormes perjuicios. Esto es lo que sabe hoy perfectamente todo hombre un poco perspicaz. Luego, por fundamentos que tengan los políticos burgueses para desear que las fuerzas del Partido Socialista sean puestas a prueba cuanto antes, prueba que ellos mismos no están tal vez en condiciones de sostener, los dirigentes de la burguesía no querrían saber de una experiencia que puede arruinarlos a todos, en menor grado si guardasen su sangre fría, si no les acometiese el acceso de rabia de que hemos hablado. Porque, entonces, el burgués es capaz de todo, y cuanto más miedo tenga, más sangre exigirá.

"El interés del proletariado manda hoy imperiosamente, como nunca, evitar todo lo que pudiese empujar inútilmente a las clases directoras a una política de violencia. Y el Partido Socialista procede en consecuencia.

"Pero hay un tendencia que pasa por proletaria y socialista revolucionaria, y cuya tarea principal, además de la lucha contra el Partido Socialista, consiste en provocar una política de violencia. Esta táctica, tan ardientemente deseada por los hombres de Estado de la burguesía, la única todavía capaz de detener la marcha victoriosa del proletariado, es la que constituye justamente la especialidad de esa tendencia; no hay que sorprenderse, pues, de que goce de la benevolencia de los Puttkamer y consortes. Sus partidarios no buscan el debilitamiento de la burguesía, sino el ponerla rabiosa.

"La Comuna de París es, como lo hemos dicho, la última gran derrota del proletariado. Desde entonces la clase obrera ha hecho progresos continuos en casi todos los países siguiendo el método que hemos descrito, progresos menos rápidos que los que habríamos deseado, pero más seguros que los de todos los movimientos revolucionarios anteriores.

"Sólo en algunos casos, después de 1871 el movimiento obrero tuvo que sufrir reveses notables; el error se debió cada vez a la intervención de ciertas personas que se sirvieron de medios que el uso actual designa como anarquistas, y que responden en todo caso a la táctica de la «propaganda por el hecho» predicada hoy por la inmensa mayoría de los anarquistas. Recordemos el perjuicio que los anarquistas ocasionaron a la Internacional y al levantamiento revolucionario español de 1873. Cinco años después de este levantamiento, ocurrió la reacción universal provocada por los atentados de Hœdel y Nobiling; sin esos atentados, Bismarck difícilmente habría conseguido hacer pasar la ley contra los socialistas. En todo caso, no habría sido posible aplicarla tan rigurosamente como lo fue en los primeros años; el proletariado alemán se habría ahorrado sacrificios enormes y su marcha victoriosa no habría sido obstaculizada en un solo instante.

"Después fué en Austria donde el movimiento obrero sufrió, en 1884, un nuevo revés, como consecuencia de las cobardías y las bestialidades de Kammerer, Stellmacher y consortes. El poderoso empuje del movimiento socialista fue quebrado de un solo golpe sin la menor resistencia; fué aplastado no por las autoridades sino por el furor general de la población, que achacó a los socialistas la obra de esos anarquistas.

"Otro revés se produjo en Norteamérica en 1886. El movimiento obrero había tomado entonces en este país un impulso rápido y potente. Avanzaba a pasos gigantescos, con tanta celeridad que algunos observadores creían ya que podría sobrepasar en poco tiempo al movimiento europeo y tomar la delantera. En la primavera de 1886, la clase obrera de la Unión desplegó una actividad colosal para conquistar la jornada de ocho horas. Las organizaciones obreras crecieron en proporciones enormes, las huelgas sucedían a las huelgas, un entusiasmo indescriptible reinaba en las filas de los trabajadores, y los socialistas, que estaban siempre en la primera línea y se mostraban los más activos, comenzaron a tomar la dirección del movimiento. Entonces, el 4 de mayo de 1886, fue lanzada en Chicago la famosa bomba, en uno de los numerosos choques que ocurrían por esa época entre la policía y los obreros. Todavía se ignora quién fue el autor del atentado. Los anarquistas ejecutados por ese hecho el 11 de noviembre, y sus camaradas condenados a largos años de cárcel, fueron víctimas de un asesinato judicial. Pero el acto respondía a la táctica que han preconizado siempre los anarquistas: desencadenó la furia de la burguesía americana, llevó el desorden a las filas obreras y desacreditó a los socialistas, que no se sabía o no se quería a menudo distinguir de los anarquistas. La lucha por la jornada de ocho horas terminó con la derrota de los trabajadores, se hundió el movimiento obrero y el Partido Socialista se encontró reducido a una función insignificante. Sólo ahora comienza lentamente a levantarse de nuevo en los Estados Unidos.

"Los únicos perjuicios notables que ha debido sufrir el movimiento obrero en estos 20 años han tenido por causa los actos cometidos por anarquistas, o al menos de acuerdo con la táctica que ellos predican. La ley contra los socialistas en Alemania, el régimen de opresión en Austria, el crimen judicial de Chicago, y todas sus consecuencias, no habrían sido posibles sin esos actos.

"El anarquismo tiene hoy menos probabilidades que nunca de recuperar la dirección de las masas en cualquier país.

"Las dos causas principales que predisponían a las masas al anarquismo eran la falta de perspicacia y la desesperación, sobre todo, la imposibilidad aparente de obtener alguna mejora con ayuda de la política.

"Hacia 1880 y en los años siguientes, cuando los obreros austriacos y americanos se dejaban seducir en masa por la fraseología anarquista, se observa en ambos países un crecimiento extraordinario del movimiento obrero, pero al mismo tiempo una ausencia casi completa de dirección. Los batallones obreros se componían casi exclusivamente de reclutas sin educación, sin conocimientos, sin experiencia y sin jefes. Además, parecía imposible sacudir, por la lucha política, la dominación del capital. En Austria, los obreros estaban privados del derecho de sufragio y no tenían esperanza de obtenerlo por medios legales, sino a largo plazo. En Norteamérica, desesperaban de poder acabar, por el empleo de la política, con la corrupción de los poderes públicos.

"Se manifestó entonces en el movimiento obrero una tendencia pesimista; y no sólo en estos dos últimos países, sino también en otros.

"Hoy la situación ha cambiado en todos los países, tornándose mejor.

"En Norteamérica había otra circunstancia que favorecía el progreso del anarquismo: el Partido Socialista había perdido allí la confianza de las masas. Cuando la ley contra los socialistas destrozó las armas políticas y económicas del proletariado alemán —sus organizaciones y su prensa—, el anarquismo que acababa de hacer su aparición, supo hacer creer a los obreros austriacos que nuestro Partido, una vez amordazado, había depuesto las armas y renegado de sus principios revolucionarios. Los socialistas austriacos, que defendían a sus camaradas ale-

manes, no lograron rehabilitarlos a los ojos de la mayoría de los obreros austriacos, y sí sólo desacreditarse ellos mismos. Un procurador, el conde Lamezan, acudía en ayuda de los anarquistas, que naturalmente le agradaban más, declarando con desprecio que los socialistas no eran sino «revolucionarios en *robe de chambre*».

"Aun en nuestros días los anarquistas se toman todas las molestias posibles e imaginables para demostrar a los obreros que los socialistas son revolucionarios de salón. Hasta ahora no han tenido éxito. Pero si alguna vez un movimiento anarquista de cierta importancia llegase a triunfar en Alemania, no habría que buscar sus orígenes en la propaganda de los «independientes»; tendría por causa, o bien una maniobra de las clases dirigentes para sembrar la desesperación en las masas obreras e impedir los progresos de su discernimiento, o bien declaraciones emanadas de los medios socialistas, tendientes a hacer creer que nosotros queremos renegar de nuestros principios revolucionarios. Más «moderados» nos volviésemos, más haríamos el juego a los anarquistas, prestando así nuestro apoyo a un movimiento todos cuyos esfuerzos tienden a reemplazar las formas civilizadas de la lucha por formas más brutales. Se puede decir, entonces, que hoy no hay más que una circunstancia que podría decidir a las masas proletarias a renunciar voluntariamente a los métodos «pacíficos» de lucha antes expuestos: y es que dejasen de creer en el carácter revolucionario de nuestro Partido. No podríamos sino comprometer la evolución pacífica por nuestro amor demasiado grande a la paz.

"No es necesario insistir sobre las otras calamidades que acarrearía aún esta actitud conciliadora.

"No atenuaría la hostilidad de los poseedores y no nos daría un solo amigo seguro. Pero llevaría la confusión a nuestras filas; los tibios se volverían aún más tibios y los enérgicos se apartarían de nosotros.

"El gran móvil de nuestro éxito es el entusiasmo

revolucionario. En el futuro lo necesitaremos como nunca, porque las más grandes dificultades no son las que hemos vencido sino las que el porvenir nos reserva. Serían desastrosos los efectos de una táctica que tendiese a enfriar ese entusiasmo.

"Así, pues, el peligro de la situación actual consiste en que corremos el riesgo de parecer más «moderados» de lo que somos. Cuanto más crece nuestra fuerza, más las cuestiones prácticas pasan al primer plano, más necesario nos es extender nuestra propaganda más allá de la esfera del proletariado industrial, y más debemos evitar las provocaciones inútiles y las amenazas vanas. Luego, es muy difícil no extralimitarse, hacer plena justicia al presente sin perder de vista el futuro, entrar en el pensamiento del campesino y del pequeño burgués sin abandonar el punto de mira proletario, evitar en lo posible toda provocación y, sin embargo, hacer sentir a todos que somos un Partido de lucha, de lucha irreconciliable contra todo el orden social actual."

Tal era el artículo de 1893. Contiene también una profecía que se ha cumplido. Lo que yo temía en 1893 sucedió pocos años después.

En Francia, una fracción de socialistas llegó a ser temporalmente partido de gobierno. Las masas obreras tuvieron la impresión de que el Partido Socialista había renegado de sus principios revolucionarios, perdieron su confianza en él y pasaron en gran parte a ser presa de la variedad más nueva del anarquismo, el sindicalismo revolucionario. Este último, igual que el antiguo anarquismo de la propaganda por el hecho, se preocupa menos de fortificar al proletariado que de asustar inútilmente a la burguesía, de enfurecerla, y de someter al proletariado a pruebas intempestivas que, en la circunstancia, exceden la medida de sus fuerzas.

Entre los socialistas franceses son justamente los revolucionarios marxistas quienes se han opuesto más ca-

tegóricamente a esos manejos. Combaten al sindicalismo tan enérgicamente como al ministerialismo; consideran tan nocivos el uno como el otro.

Son los revolucionarios marxistas quienes, hoy todavía, representan la opinión expuesta por Engels y por mí, de 1892 a 1895, en los artículos antes citados.

No somos partidarios de la legalidad a cualquier precio ni revolucionarios a toda costa. Sabemos que no se pueden crear a voluntad las situaciones históricas y que de acuerdo con ellas es menester elaborar nuestra táctica.

En el artículo precedente, yo pensaba que el mejor medio de acelerar el progreso del proletariado era entonces el de proseguir tranquilamente la edificación de las organizaciones obreras y continuar desarrollando la lucha de clases en el terreno legal. No obedezco, pues, como se me reprocha, a la necesidad de exaltarme con intransigencia revolucionaria cuando me inclino a creer, observando las condiciones presentes, que la situación ha cambiado bastante desde 1890; cuando pienso que tenemos sobrados motivos para creernos entrados ahora en un período de luchas por la constitución y por la conquista del poder, luchas de las cuales no se pueden prever por el momento ni las formas, ni la duración, pero que continuarán quizás durante decenas de años a través de vicisitudes diversas, y acarrearán muy verosímilmente y en un porvenir bastante próximo, desplazamientos de fuerzas notables en favor del proletariado, si no su hegemonía exclusiva en la Europa occidental.

Voy a exponer brevemente las razones que tengo para creerlo.

VI

El incremento de los factores revolucionarios

Hemos visto que en general los marxistas no se han mostrado tan malos profetas como se ha querido hacerlo creer; es verdad que algunos de ellos se han equivocado siempre hasta aquí en un punto, es decir, cuando se trataba de determinar el momento en que se producirían grandes luchas revolucionarias y desplazamientos de fuerzas considerables en el terreno político en favor del proletariado.

¿Qué razones tenemos, pues, para creer que ese momento tan deseado se acerca ahora, que el estancamiento político toca a su fin, y que las luchas ágiles, el ímpetu victorioso hacia la conquista del poder político van a reanudar su curso?

Con razón, en la Introdución a la *Lucha de clases* de Marx, Engels insistía en que las grandes luchas revolucionarias no pueden ser realizadas hoy sino por grandes masas conocedoras de las exigencias de la situación. Pasaron los tiempos en que pequeñas minorías podían, mediante una acción enérgica, derribar de improviso al gobierno y poner otro en su lugar. Esto era posible en Estados centralizados, donde toda la vida política estaba concentrada en una capital que dominaba al país entero, mientras las poblaciones y las pequeñas ciudades no mostraban vestigios de vida política ni de cohesión. Bastaba entonces paralizar o conquistar el ejército y la buro-

cracia de la capital para apoderarse del gobierno, y para proceder a una revolución económica si la situación general la exigía.

Hoy, en el siglo de los ferrocarriles y del telégrafo, de los diarios y de las reuniones públicas, de los muchos centros industriales, de los cañones y de los fusiles de repetición, es absolutamente imposible para una minoría paralizar el ejército de la capital, a menos que ya esté completamente desorganizado; y es igualmente imposible circunscribir una lucha política en los límites de la capital. La vida política es la vida de toda la nación.

Donde existan esas condiciones, un desplazamiento de fuerzas en el terreno político lo bastante considerable como para hacer imposible un régimen antidemocrático, está sometido a las siguientes condiciones previas:

1º Es menester que ese régimen sea directamente hostil a la gran masa del pueblo.
2º Es menester que haya un gran partido de oposición irreconciliable, que agrupe en sus organizaciones a las masas populares.
3º Es menester que ese partido represente los intereses de la gran mayoría de la población y que posea su confianza.
4º Es mentester, en fin, que la confianza en el régimen existente, en su fuerza y en su estabilidad, esté resentida en sus propios órganos, es decir, en la burocracia y en el ejército.

En las últimas décadas, no se han dado juntas dichas condiciones, por lo menos en la Europa occidental. El proletariado no formaba ni con mucho la mayoría de la población, y el Partido Socialista no era el partido más fuerte. Si, no obstante, esperábamos entonces la venida próxima de la revolución, era porque contábamos no sólo con el proletariado, sino también con las masas revo-

lucionarias de la pequeña burguesía democrática y con la muchedumbre de pequeños burgueses y campesinos que marchaba detrás. Luego, la democracia burguesa ha defeccionado completamente. A estas horas no es en Alemania siquiera un partido de oposición.

Además, la inseguridad que reinaba antes de 1870 en los grandes Estados de Europa ha desaparecido después de esta época, excepto en Rusia. Los gobiernos se han consolidado, han ganado en fuerza y en estabilidad. Cada uno de ellos, en fin, ha sabido hacer creer a la nación que representaba sus intereses. Es así cómo justamente al comienzo de la época que vio nacer un movimiento obrero durable y autónomo, es decir, desde 1860, las probabilidades de una revolución política disminuyeron cada vez más durante cierto tiempo, mientras el proletariado, que cada vez tenía más necesidad de esta revolución y se la imaginaba semejante a las revoluciones realizadas después de 1789, la esperaba en un futuro próximo.

Sin embargo, la situación se transforma poco a poco en su favor. La organización obrera se agranda. Tal vez en Alemania es donde este crecimiento se manifiesta del modo más impresionante. Fue particularmente rápido en los últimos doce años. Vimos entonces alcanzar los efectivos del Partido Socialista a medio millón de miembros organizados, y los de los sindicatos que están unidos con él por un estrecho vínculo intelectual, a dos millones de miembros. Simultáneamente prosperaba la prensa, que es la obra de las organizaciones y no de una empresa privada: nuestra prensa política cotidiana alcanzaba una cifra redonda de un millón de ejemplares, y la prensa sindical, generalmente semanal, una tirada bastante más considerable aún.

Esto representa una potencia de organización del pueblo trabajador y explotado, de la que no hay ejemplo en la historia.

La superioridad de las clases dirigentes sobre las di-

rigidas se fundaba hasta aquí, en gran parte, en que las primeras disponían de las fuerzas organizadas del Estado, mientras que las clases inferiores estaban casi desprovistas de toda organización, por lo menos de una organización que abarcase todo el territorio del Estado. Cierto, las clases laboriosas no podían pasarse completamente sin organizaciones; pero en la antigüedad, en la Edad Media y aún hasta en los tiempos modernos, esas organizaciones eran asociaciones locales, unas y otras fraccionadas y estrechamente circunscriptas; eran organizaciones corporativas o comunales, entre las cuales estaban las comunidades rurales para el cultivo del suelo. La comuna podía llegar a ser en la ocasión un punto de apoyo muy fuerte contra el Estado; nada es tan falso como asimilar sin diferencia la comuna al Estado y considerar a las dos como organizaciones al servicio de la misma clase. La comuna puede ser una organización de las de este género, lo es a menudo, pero puede también constituir en el propio seno del Estado una organización de las clases gobernadas, cuando éstas forman la mayoría en la comuna y conquistan en ella el poder. Esta función se manifestó en la Comuna de París, en distintas épocas, de la manera más sorprendente. Por momentos esta Comuna fue hasta una organización de las últimas clases de la sociedad.

Pero frente a Estados tan fuertes como los grandes Estados modernos, ni una sola comuna puede mantener hoy su autonomía. Ha llegado a ser indispensable organizar las clases inferiores en grandes asociaciones extendidas por todo el territorio nacional y que abarcan los oficios más diferentes.

A este respecto, Alemania es la que mejor lo ha conseguido; en Francia y asimismo en Inglaterra, el país de las viejas "trade-unions", las organizaciones sindicales y políticas están todavía muy divididas. Sin embargo, por rápido que sea el crecimiento de las organizaciones proletarias, nunca llegarán en una época normal, no revolucionaria, a agrupar a todos los trabajadores del país; no contendrán sino lo selecto que las particularidades profesionales, locales o individuales favorecen y que se eleva así por sobre la gran masa de la población. Al contrario, en tiempos de revolución, cuando hasta los más débiles demuestran capacidad y temperamento belicoso, el reclutamiento de las organizaciones de clases no tiene más límites que los de las clases cuyos intereses representan.

Ahora, es bien notable que el proletariado industrial forma hoy, en el imperio alemán, la mayoría no sólo de la población, sino también de los electores.

El empadronamiento de 1907 no nos ha dado aún cifras exactas relativas a la clasificación de la población obrera; no poseemos sino las cifras del empadronamiento de 1895. Comparándolas con las cifras suministradas por la elección de 1893, hacemos las siguientes comprobaciones.

En 1893, el número de los electores era de 10.628,292. Por otra parte, había en 1895, 15.506,482 personas de sexo masculino que ejercían alguna profesión. Si se excluye a los hombres menores de 20 años, y a la mitad de los que tienen de 20 a 30 años de edad, se obtiene 10.742,989 como número aproximado de los individuos masculinos que ejercen una profesión y gozan del derecho de sufragio. Este número coincide casi con el de los electores de 1893.

El mismo cálculo nos muestra que, de los individuos masculinos con derecho a voto, ocupados en la agricultura, el comercio y la industria, 4.172,269 trabajaban por su cuenta, y 5.590,743 eran obreros o empleados, y puesto que de los 3.144,977 establecimientos industriales y comerciales, más de la mitad, a saber, 1.714,351, no ocupaban más que una sola persona, cuyos intereses, en la inmensa mayoría de los casos, coincidían con los del proletariado, de ningún modo es exagerado pretender que

la población electoral en 1895 incluía, al lado de tres millones y medio de personas establecidas por su cuenta e interesadas en el mantenimiento de la propiedad privada de los medios de producción, más de seis millones de proletarios interesados en su supresión.

Es lícito suponer que la proporción es igual en las otras capas de la población que entran en la cuenta; tales, especialmente, las "personas independientes sin profesión", rúbrica que comprende, por un lado, a ricos rentistas capitalistas, y por otro, a inválidos y ancianos que cobran una pensión muy mezquina.

Pero si consideramos a todas las personas que ejercen una profesión y no sólo a los electores, encontramos que el proletariado forma una mayoría bastante más considerable todavía, pues entre los individuos que aún no tienen derecho al voto, los proletarios son casi los únicos que ejercen un oficio. Se dan entonces las siguientes cifras:

Edad	*Establecidos por su cuenta*	*Obreros y empleados*
De 18 a 20 años	42,711	1.335,016
" 20 a 30 "	613,045	3.935,592

y por otra parte:

De 30 a 40 años	1.319,201	3.111,115
" 40 a 50 "	1.368,261	1.489,317
" más de 50 "	2.102,814	1.648,085

En suma, había en 1895 en la agricultura, la industria y el comercio, al lado de 5.474,046 personas establecidas por su cuenta, 13.438,377 obreros y empleados. Si se elimina aún de la primera categoría a los obreros a domicilio y otros proletarios convertidos en personas "establecidas por su cuenta", se puede decir firmemente que las capas de la población interesadas en la propiedad privada de los medios de producción sobrepasan apenas,

desde 1895, una cuarta parte de los individuos con profesión, pero aún forman un buen tercio de los electores.

Trece años antes, en 1882, la situación no era todavía tan favorable. Comparando las cifras de la estadística profesional de 1882 con las de la elección de 1881, y haciendo el mismo cálculo que para 1895, obtenemos los siguientes resultados:

Años	*Total de electores*	*Electores establecidos por su cuenta*	*Electores obreros*
1882	9 090,381	3 947,192	4.744,021
1895	10.628,292	4.172,269	5.590,743
Aumento . . .	1.537,911	225,077	846,722

El número de explotaciones con una sola persona era casi el mismo en 1882 que en 1895, a saber, 1.877,872. Pero el número de individuos no proletarios entre las personas establecidas por su cuenta era ciertamente más elevado en 1882 que en 1895. Podemos, pues, deducir que el número de los electores interesados en la propiedad privada de los medios de producción era casi tan elevado en 1882 como en 1895, es decir, que alcanzaba, en cifras redondas, a tres millones y medio; pero el de los proletarios ascendía a cinco millones. Así, pues, el número de los campeones de la propiedad sería el mismo de 1882 a 1895, mientras que el de sus adversarios entre los electores habría acrecido en un millón.

El número de electores socialistas ha aumentado en este lapso en proporciones todavía más grandes: ha pasado de 311,901 a 1.780,989. Es cierto que en 1881 la cantidad de votos social-demócratas fue restringida artificialmente por efectos de la ley contra los socialistas.

Desde 1895, el desarrollo del capitalismo, y por consiguiente el del proletariado, ha hecho, naturalmente, nuevos progresos. Por desgracia, no tenemos aún las cifras

completas, para todo el Imperio, de la estadística de 1907, que ponen en relieve este hecho.

Según datos provisionales, el número de individuos masculinos establecidos por su cuenta en la agricultura, la industria y el comercio ha aumentado, de 1895 a 1907, en 33,084, es decir, casi nada; el de los empleados y obreros masculinos o, dicho de otro modo, proletarios, ha aumentado en 2.891,228, vale decir cerca de cien veces más.

El elemento proletario, que prevalecía desde 1895, tanto en el cuerpo electoral como en la población, ha adquirido después una preponderancia enorme .

En 1907 el número de electores ascendía a 13.352,900. Por otra parte, se contaban, el 12 de junio de 1907, 18.583,864 individuos masculinos que ejercían una profesión, de los cuales 13.951,000 tenían más de 25 años. Si se quita de esta última cifra a los extranjeros, los soldados, las personas socorridas por la asistencia pública o condenadas a la pérdida de sus derechos cívicos, la cifra restante coincide con el número de los electores.

Sobre las 18.583,864 personas masculinas con oficio, 4.438,123 estaban establecidas por su cuenta en la agricultura, la industria y el comercio, y 12.695,522 eran obreros y empleados.

Admitiendo hoy la misma proporción de electores que en 1895, entre los individuos masculinos establecidos por su cuenta y los obreros, podemos completar el cuadro anterior de este modo:

Años	*Total de electores*	*Electores establecidos por su cuenta*	*Electores obreros*
1895	10.628,292	4.172,269	5.590,743
1907	13.352,900	4.202,903	7.275,944
Aumento . . .	2.724,608	30,634	1.685,201

En este aumento del número de electores, la parte capital corresponde al proletariado, y en una proporción todavía más grande que para el período que va de 1882 a 1895.

Pero las cifras del último empadronamiento (1905) no son menos características del progreso industrial.

En general las ciudades ofrecen un terreno más favorable que la campaña para la vida política, la organización proletaria y la propaganda de nuestras ideas. La despoblación del campo y el acrecentamiento de las ciudades es, pues, un fenómeno de capital importancia.

El cuadro siguiente demuestra con qué rapidez se ha cumplido esta evolución. Por población rural hay que entender la de las comunas con menos de 2,000 habitantes, y por población urbana la de las comunas con 2,000 habitantes por lo menos:

Años	*Población rural*		*Población urbana*	
	Cifra absoluta	*Con relación a la población total*	*Cifra absoluta*	*Con relación a la población total*
1871	26.219,352	63,9%	14.790,798	36,1%
1880	26.513,531	58,6 "	18.720,530	41,4 "
1890	26.185,241	53 "	23.243,229	47 "
1900	25.734,103	45,7 "	30.633,075	54,3 "
1905	25.822,481	42,6 "	34.818,797	57,4 "

La población urbana se ha más que duplicado en el espacio de 30 años, mientras que la población rural ha sufrido una disminución no sólo relativa sino absoluta. En tanto que la población urbana aumentaba en veinte millones, la población rural disminuía en casi un millón. La campaña tenía aún, desde la fundación del Imperio, cerca

de las dos terceras partes de la población; hoy apenas tiene las dos quintas partes.

Notemos todavía que, entre los diferentes Estados del Imperio, crecen más velozmente aquéllos en que la industria está más desarrollada. El siguiente cuadro muestra, en diferentes épocas, el reparto de la población total del territorio actual del Imperio entre los diversos Estados.

Designación	1816	1855	1871	1905
Prusia	55,2%	59,0%	60,1%	61,5%
Sajonia	4,8 "	5,6 "	6,2 "	7,4 "
Total	60,0%	64,6%	66,3%	68,9%
Baviera	14,5%	12,5%	11,8%	10,8%
Würtemberg	5,7 "	4,6 "	4,4 "	3,8 "
Baden	4,1 "	3,7 "	3,6 "	3,3 "
Hesse	2,3 "	2,2 "	2,1 "	2,0 "
Alsacia-Lorena ...	5,2 "	4,3 "	3,8 "	3,0 "
Total	31,8%	27,3%	25,7%	22,9%

Los territorios que constituyen hoy Prusia y Sajonia contenían, pues, en 1816 el 60% de la población que vivía entonces en los límites de la Alemania actual, y en 1905 ya cerca del 70%. La Alemania del Sur, cuya población sobrepasaba en 1816 la mitad de la de los territorios que forman ahora Prusia y Sajonia, no tenía en 1905 más que un tercio de esta población. Los territorios actuales de Prusia y Sajonia contaban en 1816 quince millones de habitantes, y los cuatro Estados del Sur con Alsacia y Lorena juntas, ocho millones. Luego, en 1905, los primeros tenían 42 millones, y los últimos 14 millones de habitantes. Aquéllos han triplicado casi su población; éstos ni han duplicado la suya.

Así, pues, la evolución económica tiende sin cesar a reducir el número de los elementos conservadores y a

aumentar a sus expensas el de los elementos revolucionarios, es decir, de los elementos que tienen interés en destruir la forma actual de la propiedad y del Estado. Tiende a dar cada vez más a estos últimos la preponderancia en el Estado.

Es verdad que esos elementos son, desde luego, virtualmente, y no realmente, revolucionarios. Constituyen el dominio de reclutamiento de soldados para la revolución; pero no están dispuestos a luchar por ella inmediatamente.

Salidos en gran parte de pequeños burgueses o de pequeños campesinos, muchos proletarios llevan largo tiempo todavía las marcas de su origen; no se sienten proletarios, tienen el deseo de poseer. Ahorran para comprar un lote de tierra, abrir un mezquino comercio o ejercer "por su cuenta" un oficio, en minúscula escala y con algunos desdichados aprendices. Otros han perdido esta esperanza, han reconocido que llevarían así una existencia miserable; pero se sienten incapaces o no tienen el valor de luchar junto con sus camaradas por una existencia mejor. Traicionándolos, creen hacer más fácilmente su camino. Se transforman en "amarillos" y en "rompehuelgas". Otros, en fin, van más lejos todavía; reconocen ya la necesidad de luchar contra el adversario capitalista y sin embargo no se sienten aún ni bastante seguros ni bastante fuertes para declarar la guerra a todo el sistema capitalista. Procuran el apoyo de los partidos burgueses y de los gobiernos.

Hasta entre los que han llegado a reconocer la necesidad de la lucha de las clases proletarias, hay un número bastante grande todavía que no ve más allá de la sociedad presente y que duda y hasta desespera de la victoria del proletariado.

A medida que se acelera la evolución económica y, por consiguiente, la proletarización de las masas, a medida que crece el número de los que emigran del campo a la ciudad, del Este al Oeste, que pasan de la clase de los

pequeños propietarios a las filas de los desposeídos, vemos acrecentarse simultáneamente en el seno del proletariado el número de los elementos que no han comprendido aún qué interés tienen en la revolución social, y ni siquiera comprenden los antagonismos de clases.

Inducirlos a la idea socialista es una tarea indispensable, pero infinitamente difícil en tiempo normal, una tarea que exige la mayor abnegación y la más grande habilidad y que, sin embargo, no marcha tan ligero como lo desearíamos. Nuestro campo de reclutamiento comprende hoy seguramente las tres cuartas partes de la población y probablemente más aún, mientras que el número de nuestros votos no alcanza todavía a un tercio de todos los votantes y a un cuarto de todos los electores.

Pero la marcha del progreso se torna súbitamente veloz en los tiempos de efervescencia revolucionaria. La gran masa de la población, con una rapidez increíble, se instruye entonces y adquiere una concepción neta de sus intereses de clase. El sentimiento de que por fin ha llegado la hora de salir de las tinieblas para ir hacia la luz deslumbrante del sol, no sólo exalta su coraje y su ardor belicoso, sino que estimula también poderosamente su interés por los problemas políticos. Hasta el más indolente se vuelve activo, hasta el más flojo se vuelve audaz, hasta el más limitado ve ensancharse su horizonte. Una educación política de las masas que, de ordinario, exige generaciones, se logra entonces en algunos años.

Cuando se ha llegado a tal situación, cuando un régimen ha alcanzado el punto en que sus contradicciones interiores lo llevan a la ruina, si existe en la nación una clase interesada en adueñarse del poder y que tenga la fuerza para hacerlo, no falta sino un partido que posea su confianza, un partido animado de un hostilidad irreconciliable hacia el régimen claudicante y que sepa reconocer claramente las exigencias de la situación, para conducir a la victoria a la clase revolucionaria.

Ese partido es, desde hace mucho, el Partido Socialista. Tenemos, asimismo, la clase revolucionaria; ella forma, desde hace algún tiempo, la mayoría de la nación. Falta saber si podemos contar también con la quiebra moral del actual régimen.

VII

Debilitamiento de las contradicciones de clases

Hemos visto que en 1885 Engels hizo notar que, después de la Revolución Francesa que se extendió con sus contragolpes de 1789 a 1815, se sucedieron en Europa las revoluciones, es decir, grandes desplazamientos de fuerzas en el terreno político, cada 15 o 18 años aproximadamente: 1815, 1830, 1848-52, 1870-71. Suponía, pues, que hacia 1890 debía acaecer una revolución. Y, en efecto, hubo entonces una virada política que se tradujo por la caída del régimen de Bismarck y por un renacimiento de las aspiraciones democráticas y del espíritu de reformas sociales en toda Europa. Pero este impulso fue bastante débil y de corta duración, y pronto habrán transcurrido veinte años sin que se haya producido una verdadera revolución, al menos en la Europa propiamente dicha.

¿A qué se debe esto? ¿Por qué esta agitación continua en Europa de 1789 a 1871 y, desde esta fecha, una calma política que ha llegado a ser en los últimos tiempos un marasmo completo?

Durante toda la primera mitad del siglo XIX las clases de la población europea más importantes para la vida económica e intelectual de la época estaban en todas partes excluidas del gobierno; éste, al servicio de la aristocracia y del clero, no comprendía sus aspiraciones o hasta luchaba directamente contra ellas. En Alemania y en Italia la división política obstaculizaba todo vuelo económico. En el

período comprendido entre 1846 y 1870 esta situación cambió completamente. Fue entonces cuando el capital industrial triunfó sobre la propiedad territorial, comenzando en Inglaterra por la supresión del derecho sobre los granos y la introducción del librecambio; en otros países, tales como Alemania y Austria, consiguió por lo menos ser colocado en pie de igualdad con la propiedad territorial. Los intelectuales recibieron la libertad de prensa y la libertad individual, y la pequeña burguesía y los pequeños campesinos el derecho de sufragio. La unidad alemana y la unidad italiana dieron satisfacción a un largo y doloroso deseo de esas dos naciones. Cierto es que esos acontecimientos se cumplieron después de la derrota de la revolución de 1848 y no por movimientos políticos internos, sino por guerras exteriores. La guerra de Crimea (1854-1856) suprimió la servidumbre en Rusia y obligó al gobierno del zar a tomar en cuenta la burguesía industrial. Los años 1859, 1866 y 1870 vieron realizar la unidad italiana, y 1866 y 1870 la unidad alemana, aunque incompletamente; en 1866 se estableció en Austria un régimen liberal, en tanto que Alemania se preparaba para introducir el sufragio universal, así como cierta libertad de prensa y de coalición. El año 1870 acabó estos esbozos y valió a Francia la república democrática. En Inglaterra, el año 1867 había aportado una reforma electoral que acordaba a la parte más acomodada de la clase obrera y a las capas inferiores de la pequeña burguesía el derecho de sufragio, del cual estaban privados hasta entonces. Fue así como todas las clases de las naciones europeas, a excepción del proletariado, recibieron las instituciones políticas fundamentales sobre las cuales podían asentar su existencia. Habían visto triunfar, si no todas, al menos una buena parte de las reivindicaciones que, desde la gran revolución, eran el objeto continuo de sus aspiraciones. Y si todos sus deseos no estaban satisfechos y tampoco podían serlo, ya que los intereses de la clases poseedoras son a menudo opuestos, las clases mal

compensadas no se sentían bastante fuertes como para obtener la autoridad exclusiva en el Estado, y lo que les faltaba no era tan importante como para que corriesen los riesgos de una revolución.

Sólo quedaba una clase revolucionaria en la sociedad europea: el proletariado, y sobre todo el de las ciudades. En el proletariado subsistía aún la impulsión revolucionaria. Aunque el trastorno de las instituciones había cambiado completamente la situación política, el proletariado, fundándose en la experiencia de casi todo un siglo, desde 1789 a 1871, continuaba alimentando la esperanza de una próxima revolución que no sería, naturalmente, aún su obra exclusiva sino la de la pequeña burguesía y del proletariado, revolución que éste dirigiría, dada su acrecentada importancia. Es lo que esperaban no sólo algunos marxistas "ortodoxos", como Engels y Bebel, sino también políticos positivos, en los cuales el marxismo no había hecho mella: Bismarck por ejemplo. La necesidad, en la que él creía desde 1878, de recurrir a leyes de excepción contra la socialdemocracia, a pesar de que el Partido no obtuviese todavía medio millón de votos, es decir, menos del 10 por ciento de los votantes y menos del 6 por ciento de los electores; el proyecto desesperado que abrigaba, de llevar la socialdemocracia a la calle antes de que llegase a ser demasiado poderosa; todo esto no se explica sino porque creía ver venir ya la revolución de la pequeña burguesía y del proletariado.

Y, en efecto, una serie de circunstancias confirma esta opinión, prescindiendo del recuerdo de las experiencias del siglo pasado.

En 1873 estalló en Europa la crisis económica más grave, más extendida y más larga, vista hasta entonces; duró hasta 1887. La miseria que engendró en el proletariado y la pequeña burguesía, la pusilanimidad que produjo en los medios capitalistas fueron agravadas todavía por los efectos concomitantes de la competencia en

la producción de materias alimenticias. Esta competencia, debida sobre todo a América y Rusia, parecía que iba a poner fin, en la Europa occidental, a toda producción de mercaderías en el dominio de la agricultura.

La miseria general de los campesinos, de los artesanos y de los proletarios, el apuro creciente de la burguesía, la represión brutal de las aspiraciones socialistas —después de 1871 en Francia y después en 1878 en Alemania y también en Austria—, todo parecía indicar la proximidad de una catástrofe.

Pero las instituciones políticas nacidas de 1848 a 1871 respondían demasiado bien a las necesidades de la masa de la población para que fuesen ya enterradas. Al contrario, a medida que el peligro de la revolución, que en lo sucesivo no podía ser sino proletaria y anticapitalista, parecía inminente, las clases acomodadas estrechaban filas alrededor de los gobiernos. Los pequeños burgueses y los pequeños campesinos tenían, así, en los nuevos derechos políticos, sobre todo en el de sufragio, un medio muy eficaz de obrar sobre los gobiernos y de sacarles concesiones materiales de toda suerte. No intentaban más que comprar por servicios políticos el favor del gobierno, tanto más cuando la clase con la cual se habían aliado hasta entonces en las luchas políticas los inquietaba por demás.

El espíritu de descontento que la crisis económica y la opresión política habían originado en diversas capas de la población, no engendró, así, sino una débil virada política que, como lo hemos dicho, se tradujo sobre todo, por la caída de Bismarck (1890). Puede agregársele la tentativa del "boulangismo" en Francia (1889) para cambiar por medios violentos la constitución. Pero este amago de movimiento revolucionario no pasó de allí.

Ahora bien, en el momento preciso en que ocurría esta virada política, terminaba la depresión industrial de tanto tiempo atrás. Comenzó un poderoso movimiento

económico que duró casi sin discontinuidad hasta estos últimos años. Los capitalistas y sus ideólogos, profesores, periodistas y otros intelectuales recobraron el ánimo. Los artesanos tuvieron su parte en este arranque y la agricultura también volvió a levantarse. El rápido acrecentamiento de la población industrial amplió el mercado agrícola, sobre todo para los productos que, como la carne y la manteca, sufrían menos la competencia extranjera. No fueron los derechos protectores sobre los productos agrícolas los que salvaron la agricultura europea, puesto que mejoró también en los países librecambistas como Inglaterra, Holanda, Dinamarca, sino que la salvó este repunte rápido de la industria después de 1887.

A su vez, este repunte era una consecuencia del ensanchamiento rápido del mercado internacional, de ese mismo ensanchamiento que había hecho afluir a Europa los productos agrícolas de países lejanos y, por consiguiente, causado la crisis agraria. La dilatación del mercado internacional fue provocada sobre todo por el desarrollo de la red ferroviaria fuera de Europa occidental.

Así lo demuestra el cuadro siguiente, en el que la longitud de los ferrocarriles está expresada en kilómetros:

	1880	*1890*	*1906*	*Aumento de 1880 a 1906*
Alemania	33,634	42,869	57,376	70%
Francia	25,932	36,895	47,142	82 "
Inglaterra	28,854	32,297	37,107	29 "
Y, por otro lado:				
Rusia	22,664	32,390	70,305	210%
India inglesa	14,772	27,316	46,642	215 "
China	11	200	5,953	54,000 "
Japón	121	2,333	8,067	6,666 "
América del Norte ..	171,669	331,599	473,096	176 "
Africa	4,607	9,386	28,193	513 "

Se ve, pues, que la construcción de ferrocarriles después de 1880, y sobre todo desde 1890, hizo progresos mucho más rápidos en todos los territorios recién abiertos al capitalismo que en los viejos países.

Al mismo tiempo aumentaron de un modo prodigioso los transportes marítimos. El cuadro siguiente indica el tonelaje comparado de vapores:

	1882	*1893*	*1906*
Imperio alemán	249,000	793,000	2 097,000 [1]
Gran Bretaña	3.700,000	6.183,000	9.606,514
Suecia y Noruega	140,000	392,000	1.240,000
Dinamarca	67,000	123,000	376,000
Francia	342,000	622,000	723,000
Estados Unidos	617,000	826,000	2.077,000 [1]
Japón	40,000	108,000	939,000

Estas cifras reflejan el ensanchamiento sorprendente del mercado internacional en los últimos veinte años, ensanchamiento que lo puso en estado de hacer frente por algún tiempo al aumento de la producción de mercaderías. Esto hizo pasar a primer plano, en todos los países industriales, el interés por el mercado internacional y, en consecuencia, por la política colonial considerada como un medio de extender ese mercado. Es verdad que la adquisición de nuevas posesiones en los países de ultramar no tiene, después de 1880, sino poca relación con la extensión del mercado internacional. Desde esta fecha la política colonial contemporánea se ha ocupado casi exclusivamente de Africa, único país donde había aún muchos de esos territorios que las potencias europeas llaman "libres", es decir, desprovistos de un gobierno fuerte. Basta considerar el cuadro anterior relativo a la construcción de ferrocarriles para comprobar que Africa tiene allí muy poca figuración. Cierto es que su red pasó de 4,600 kilómetros en 1880 a 28,000 kilómetros en 1906.

[1] Año 1907.

Pero, ¡qué es eso comparado con Asia, que pasó de 16,000 kilómetros a 88,000, y con América del Norte, que pasó de 171,000 a 473,000 kilómetros! Y en Africa misma, no son las colonias adquiridas después de 1880 las que absorben la mayor parte de las nuevas líneas, sino las viejas colonias y los Estados independientes, como lo muestra el siguiente cuadro:

LONGITUD DE LOS FERROCARRILES, EN KILOMETROS

	1880	*1890*	*1906*
Argelia	1,405	3,104	4,906
Egipto	1,449	1,547	5,252
Abisinia	—	—	306
Colonia de El Cabo	1,457	2,922	5,812
Natal	158	546	1,458
Transvaal	—	120	2,191
Orange	—	237	1,283
Resto de Africa	438	919	6,985
Totales	4,907	9,395	28,193

No hay, pues, sino 7,000 kilómetros de ferrocarril, un cuarto de la red africana, ni siquiera el uno por ciento (0,7%) de la red mundial, que se reparten entre los últimos países; y todavía estos territorios no son en su totalidad, sino sólo en gran parte, adquisiciones recientes de la política colonial de Europa. Se ve, pues, cuán poca relación tiene esta política colonial con el ensanchamiento del mercado internacional desde hace veinte años, y con el nuevo impulso de la producción.

Sin embargo, este nuevo impulso tenía manifiestas relaciones con la apertura de ciertos mercados exteriores, la cual coincidía con la política colonial contemporánea desde 1880, de suerte que la gran masa de la burguesía estableció una conexión entre esta política colonial y el impulso económico. La burguesía de los grandes Estados europeos tuvo desde entonces un nuevo ideal, y comenzó hacia 1890 a oponerlo al socialismo, a este mismo socia-

lismo que desde 1880 había hecho capitular a más de un pensador burgués. Ese nuevo ideal era el de la anexión de un imperio colonial a la metrópoli europea; es decir, lo que se llama imperialismo.

El imperialismo es, para una gran potencia, una política de conquista; es la hostilidad hacia los otros Estados que quieren seguir la misma política de conquista en los mismos territorios. El imperialismo no es posible sin armamentos poderosos, sin fuertes ejércitos permanentes, sin flotas capaces de librar batallas en mares lejanos.

Hasta las proximidades de 1860 y más tarde aún, la burguesía era en general hostil al ejército, porque era también hostil al gobierno. Detestaba al ejército permanente, que costaba sumas tan considerables y que era el apoyo más sólido de un gobierno que la combatía. La democracia burguesa juzgaba inútil un ejército permanente, porque quería quedarse en sus límites, no quería emprender guerras de conquista.

Pero desde 1870, la burguesía manifiesta creciente simpatía por el ejército, y no sólo en Alemania y en Francia, donde la guerra lo hizo popular: en Alemania por las brillantes victorias conseguidas; en Francia, porque se espera impedir con él la repetición de semejantes desastres.

También en otros Estados comienzan a entusiasmarse con el ejército, y se cuenta con éste para aplastar al enemigo, tanto interior como exterior. La adhesión de las clases poseedoras al ejército aumenta en la misma medida que su adhesión al gobierno. Por divididas que estén por antagonismos de intereses, están todas de acuerdo, desde los demócratas más radicales hasta los feudales más conservadores, cuando hay que hacer sacrificios para los armamentos militares. Sólo el proletariado, el Partido Socialista, se opone.

La fuerza de los gobiernos ha aumentado, pues, con-

siderablemente, en las últimas decenas de años; la posibilidad de voltear el gobierno, de hacer una revolución, parece alejada a incalculable distancia.

La oposición sistemática, que no hay que confundir con la oposición de una gavilla de arribistas contra un gobierno que los excluye de la ralea, es cada vez más la actitud exclusiva del proletariado. Hasta ciertas capas del proletariado perdieron su ardor revolucionario después de la última virada política del año 1890.

Esta virada había hecho desaparecer en Alemania y en Austria los síntomas más graves de la opresión política del proletariado. En Francia, los últimos restos de la era de persecución que había seguido a la Comuna, ya habían desaparecido.

Es cierto que las reformas sociales y la legislación obrera no avanzaban. La época más favorable para su progreso es aquella en que la industria capitalista está bastante desarrollada como para arruinar tan visiblemente la salud pública que se hace necesario remediarla urgentemente; no hace falta aún que el capital industrial ejerza un imperio absoluto sobre el Estado y la sociedad; es necesario que choque con la oposición enérgica de la pequeña burguesía, de la propiedad territorial y de una parte de los intelectuales, y al mismo tiempo es necesario también que se crea posible contentar al proletariado, que comienza a ser una fuerza, con algunas medidas de protección obrera.

Bien; tal era la situación en que se encontraba Inglaterra desde 1840. Por entonces fue adoptada la medida más importante de su legislación social: la jornada de diez horas para los obreros (1847).

La Europa continental siguió a paso lento. Hasta 1877 Suiza no tuvo la ley confederal sobre el trabajo en las fábricas, ley que fijó en 11 horas la jornada máxima para los trabajadores de ambos sexos. Austria adoptó en 1885 la misma jornada máxima. La virada po-

lítica que siguió a la caída de Bismarck aportó también pequeños progresos en Alemania y en Francia. En 1891 fue adoptada en Alemania la ley del código industrial que fijaba la jornada máxima de 11 horas para las mujeres, sin protección hasta entonces. La misma disposición fue introducida en Francia en 1892.

¡Y eso es todo! Ningún progreso que merezca ser citado se realizó después. En Alemania, al cabo de 17 años, llegamos a establecer la jornada de diez horas para las obreras. Los obreros no están más protegidos que antes.

En el dominio de la legislación obrera y las reformas sociales reina, en general, un marasmo completo.

Pero el resurgimiento económico posterior a 1887 ha permitido a ciertas categorías de trabajadores mejorar su situación, sin la ayuda legislativa, por la acción directa de los sindicatos y gracias al rápido aumento de la demanda en el mercado del trabajo. Este aumento está evidenciado por la disminución de la emigración alemana.

El número de emigrantes alemanes era:

En 1881	220,902
" 1887	104,787
" 1891	120,089
" 1894	40,964
" 1900	22,309
" 1907	31,696

La creciente demanda de trabajo creó, para cierto número de categorías de obreros, una posición relativamente favorable con respecto al capital.

Los sindicatos alemanes, franceses, austríacos, que en los veinte años posteriores a 1870 sólo habían podido desarrollarse lentamente, a causa de la crisis económica y de la opresión política, cobraron en adelante un impulso rápido, sobre todo en Alemania, donde el desenvolvimiento económico era más poderoso. Los sindicatos ingleses, viejos campeones de la clase obrera, fueron alcanzados

y hasta pasados; los salarios, la duración de la jornada y las otras condiciones de trabajo fueron objeto de notables mejoras.

En Austria, el número de sindicados pasó de 46.606 en 1892 a 448,270 en 1906; en Alemania, de 223,530 en 1893 a 1.865,506 en 1907. Al mismo tiempo, las trade-unions inglesas pasaron de más de 1.500,000 miembros en 1892, sólo a 2.106,283 en 1906. Aumentaron, pues, 600,000 miembros, mientras los sindicatos alemanes lo hicieron en 1.600,000.

Y no sólo por su rápido desarrollo los sindicatos alemanes aventajaron durante este período a los sindicatos ingleses: representaban asimismo una forma superior del movimiento sindical. Las trade-unions inglesas se habían formado de un modo puramente instintivo; eran casi exclusivamente el resultado de la práctica; los sindicatos alemanes fueron fundados por socialistas a quienes guiaba la fecunda teoría marxista. Por eso el movimiento sindical alemán ha encontrado formas mucho más apropiadas a sus fines. En lugar del desparramiento local y profesional de las trade-unions inglesas, ha creado grandes uniones industriales centralizadas; ha sabido reducir mucho mejor las desavenencias que surgen entre las organizaciones por cuestión de límites; en fin, ha evitado muy bien los peligros del corporativismo y de la exclusividad aristocrática. Mucho mejor que los sindicatos ingleses, los alemanes se sienten representantes de todo el proletariado y no sólo de los sindicatos de su profesión. Sólo lentamente los ingleses consiguen desembarazarse de su tradicional estrechez de espíritu. Son los sindicatos alemanes los que toman de más en más la dirección del movimiento sindical internacional, porque, consciente o inconscientemente, han sufrido hasta ahora más que sus colegas ingleses la influencia de la teoría marxista.

Este brillante desarrollo de los sindicatos y especial-

mente de los sindicatos alemanes, produjo en el proletariado una impresión tanto más profunda cuanto que, en el mismo lapso, las reformas sociales yacían en los parlamentos y la clase obrera obtenía cada vez menos éxitos positivos en el terreno político.

Los sindicatos, así como las cooperativas, parecían destinadas a dirigir el resurgimiento gradual de la clase obrera, sin conmoción política, sirviéndose simplemente de las instituciones legales; cada vez más parecían tener que reducir así al capital a su extremo, sustituir el absolutismo capitalista por la "fábrica constitucional" y, por esta transición, llegar poco a poco, sin ruptura violenta, sin catástrofe, a la "democracia industrial".

Pero, mientras los antagonismos de clases parecían atenuarse así de más en más, ya se desarrollaban los factores que debían agravarlos nuevamente.

VIII

Agravación de las contradicciones de clases

Al mismo tiempo que la organización sindical obrera, se formaba otra poderosa organización que amenaza cada vez más cerrarle el paso: el sindicato de los industriales.

Hemos mencionado antes las sociedades por acciones. Pronto se apoderaron ellas de las empresas comerciales y de los bancos. Después de 1870 se desarrollaron crecientemente en la industria. Hemos insistido también sobre el hecho de que la concentración de las empresas en un pequeño número de manos, preparada ya por la extensión de la gran producción, fue activada considerablemente por las sociedades de accionistas. Estas favorecen la expropiación de las pequeñas fortunas, colocadas en acciones por los señores de la alta finanza que saben orientarse mucho mejor que los pequeños economizadores, en el océano peligroso de la vida económica moderna; más aún, son ellos los que provocan artificialmente en ese océano las alzas y las bajas. Gracias a las sociedades anónimas, las pequeñas fortunas colocadas en acciones se vuelven medios de dominación puestos a la entera disposición de los reyes financieros, amos soberanos de aquellas sociedades. En fin, esas sociedades permiten a algunos señores de las finanzas, a algunos multimillonarios y a algunos grandes bancos, someter a su imperio a numerosos establecimientos de la misma rama, aún an-

tes de tomarlos directamente en posesión y de agruparlos en una organización común.

Así vemos, después de 1890, nacer como hongos las organizaciones patronales en todos los países capitalistas y, revestidas de las más diversas formas, según la legislación del país, perseguir todas el mismo fin: crear monopolios artificiales para aumentar la ganancia. Consiguen este aumento sea elevando los precios de los productos, es decir, por una refinada explotación de los consumidores, sea reduciendo los gastos de producción. Esta reducción de gastos se obtiene de diferentes maneras, pero acaba siempre en el despido de obreros o en una explotación más intensa, y a menudo en ambas cosas.

Más fácil aún que organizarse en "cartels" y en "trusts" para elevar los precios, resulta a los capitalistas hacerlo en asociaciones para reprimir a los obreros. En éstas, por más competencia, por más antagonismos que los dividan, se encuentran todos de acuerdo. Igual interés une entonces no sólo a los empresarios de la misma rama industrial, sino también a los de las ramas más diversas. Por enemigos que sean en el mercado donde compran y venden mercaderías, son los mejores amigos del mundo en ese otro mercado donde todos compran la misma mercancía que se llama la fuerza de trabajo.

Esas organizaciones de los capitalistas obstaculizan cada día más el progreso de las organizaciones sindicales de la clase obrera. Ciertamente Naumann exagera su fuerza en el artículo precitado. Frente a esas organizaciones los sindicatos no están completamente faltos de voluntad. Pero su marcha victoriosa es entorpecida cada vez más en los últimos años, se encuentran reducidos a la defensiva en toda la línea, los patrones oponen los "lock-outs" a las huelgas, con un éxito creciente. Cada vez son más raras las ocasiones favorables en que los sindicatos pueden todavía librar batalla con probabilidades de triunfo.

Agrava aún esta situación la creciente afluencia de obreros extranjeros, cuyas necesidades son casi nulas. Es una consecuencia necesaria del impulso industrial, impulso que proviene, asimismo, del hecho de que los buques a vapor y los ferrocarriles han extendido el mercado internacional y abierto los últimos rincones del globo a los productos de la industria capitalista. En las regiones recién abiertas, esos productos suplantan a los de la industria local y especialmente de la industria a domicilio de los nativos; resulta así que por una parte se manifiestan nuevas necesidades entre los habitantes de esas regiones, y por otra éstos se encuentran obligados a tener dinero en el bolsillo. Al mismo tiempo, la decadencia de la industria local produce en esas regiones atrasadas una superabundancia de brazos. Los trabajadores no encuentran empleo en su país y mucho menos empleo que les procure dinero. Pero los nuevos medios de comunicación, ferrocarriles y vapores, les permiten fácilmente hacerse transportar, en cambio, como carga viva, hacia el país industrial que les promete un trabajo lucrativo.

El canje de hombres por mercancías es una consecuencia inevitable del ensanchamiento del mercado de la industria capitalista. En el propio país donde ésta se desarrolla, envía sus productos de la ciudad a la campiña e importa de ella no sólo materias primas y víveres sino también obreros. Desde que un país industrial exporta mercancías, comienza también en seguida a importar hombres. El primer ejemplo de este fenómeno fue Inglaterra, que recibió durante la primera mitad del último siglo grandes masas de obreros, sobre todo de Irlanda.

Realmente, este aflujo de elementos atrasados es un serio obstáculo para la lucha de clase del proletariado, pero es una consecuencia necesaria del desarrollo del capitalismo en la industria.

No es posible alabar, según gustan hacerlo los adeptos modernos del socialismo "práctico", la expansión del

capitalismo como un beneficio para el proletariado, y maldecir, por otra parte, contra la calamidad de la inmigración extranjera, como si la calamidad nada tuviese de común con el beneficio. En el sistema capitalista, todo progreso económico está acompañado de un flagelo para la clase obrera. Si los obreros americanos quieren impedir el aflujo de japoneses y chinos, deben también oponerse a que los vapores lleven productos americanos a Japón y a China y a que en esos países se construyan ferrocarriles con dinero americano. Lo uno no va sin lo otro.

La inmigración de obreros extranjeros es un medio de moderar al proletariado, así como lo son la introducción de máquinas, el reemplazo de hombres por mujeres y el de obreros calificados por obreros no calificados. Si las consecuencias son deprimentes, no hay razón para enfrentarse con los obreros extranjeros, y sí para luchar contra la dominación del capital y renunciar a todas las ilusiones que tienden a hacer creer que el desarrollo rápido de la industria capitalista es un beneficio durable para los obreros. Este provecho es sólo pasajero, y las amargas consecuencias no se hacen esperar. Es lo que aparece de nuevo, de modo manifiesto, en este mismo momento.

Hemos visto antes que la emigración alemana disminuyó mucho en los últimos veinte años. Al mismo tiempo aumentaba en Alemania el número de extranjeros. He aquí el cuadro de este aumento:

1880	276,057
1890	433,254
1900	778,698
1905	1.007,179

El censo se realizó siempre el 1º de diciembre, es decir, durante la estación muerta para la agricultura y la construcción. No toma, pues, en cuenta, a numerosos obreros extranjeros que sólo trabajan en Alemania en el verano y retornan a su país en el otoño.

Las crecientes dificultades suscitadas al movimiento sindical obrero por los sindicatos patronales y por la inmigración de obreros extranjeros no organizados, sin exigencias y sin defensa, se hicieron sentir mucho más cuando los precios de los víveres comenzaron a subir.

La baja de los precios de los víveres después de 1870, de la cual ya hemos hablado, era de una importancia capital para el costo de vida de los obreros europeos. Aumentaba el valor adquisitivo de sus salarios, atenuaba los efectos de la reducción de esos salarios durante la crisis y, pasada ésta, hacía subir el salario real más pronto que el salario nominal, a condición, sin embargo, de que los derechos sobre los productos agrícolas no anulasen los provechosos efectos del bajo precio de los víveres.

Pero después de algunos años los precios comenzaron a subir nuevamente.

Se puede observar su variación, del modo más seguro, en Inglaterra, pues en ese país no hay derechos sobre los productos agrícolas, que la traben o la desvíen. Según una estadística de Conrad, el precio de una tonelada de trigo ha variado en Inglatera de esta manera:

1871-75	308,0 fr.
1976-80	258,5 "
1881-85	225,5 "
1886-90	178,5 "
1891-95	160,2 "
1896	153,7 "

Por otra parte, los boletines trimestrales de la estadística del Imperio alemán (1908, cuaderno cuarto), nos muestran cómo se ha operado esta variación en los últimos años. He aquí cuál era en Liverpool, de julio a septiembre, el curso del trigo del Plata:

1901	161,4 fr.
1902	161,4 "
1903	174,1 "
1904	190,1 "
1905	181,0 "
1906	172,5 "
1907	200,0 "
1908	220,0 "

Naturalmente, los precios varían cada año según la cosecha. No obstante, parece que el alza actual de los precios de los víveres no es un fenómeno pasajero, sino constante.

La bancarrota de la agricultura rusa, por un lado, y la transformación de Estados Unidos de país agrícola en país industrial, por otro, hacen prever que la afluencia hacia Europa de víveres a bajo precio cesará poco a poco.

La producción de trigo, por ejemplo, ha dejado de aumentar en América desde hace varios años. El siguiente cuadro indica el rendimiento de esta producción de 1901 a 1907:

Años	*Superficie cultivada en acres*	*Rendimiento en bushels*	*Precio medio por bushel al 1º de diciembre*
1901	49,9 millones	748 millones	62,4 cts.
1902	46,2 "	670 "	63,0 "
1903	49,5 "	638 "	69,5 "
1904	44,1 "	552 "	92,4 "
1905	48,9 "	693 "	74,8 "
1906	47,3 "	735 "	66,7 "
1907	45,2 "	634 "	87,4 "

Se ve, pues, que la producción sufrió un movimiento más bien retrógrado que progresivo. En cambio, los precios acusan una tendencia muy pronunciada al alza.

Al aflojamiento en la importación de productos agrícolas se añade la acción de los sindicatos capitalistas que hacen aumentar artificialmente todos los precios y las tarifas de transportes.

Prescindamos completamente de los derechos sobre los productos agrícolas que, sumándose al alza de los precios de esos productos, agravan todavía, en nombre del Estado, las cargas de las clases obreras.

Si a todo esto se suma una crisis que entraña una gran desocupación, como la que sobrevino al final del año 1907, la situación del proletariado se vuelve terrible. Es justamente el caso de este momento. Luego, el proletariado no debe esperar ver después de la crisis un resurgimiento análogo al de los años 1895 a 1907. Los altos precios de los víveres subsistirán y hasta aumentarán; no cesará la afluencia de la mano de obra extranjera a bajo precio; al contrario, aprovechará muy bien la coyuntura mejor. Los sindicatos patronales, sobre todo, formarán como nunca un círculo de hierro, que no será posible romper por los métodos puramente sindicales.

Por importantes, aún por indispensables que sean los sindicatos en el presente y en el porvenir, no debemos esperar que hagan alcanzar al proletariado, por métodos puramente sindicales, progresos tan considerables como en los últimos doce años. Más aún, debemos esperar que el adversario volverá a tener fuerza, temporalmente, para rechazar a la clase obrera.

Ya en los últimos años de prosperidad, cuando la industria estaba en su apogeo y se quejaba constantemente de la falta de brazos, los obreros no lograban —cosa digna de notarse— hacer aumentar su salario real, es decir, expresado no en dinero sino en medio de subsistencia; este salario tendía más bien a bajar. Es lo que ha sido demostrado en Alemania por encuestas privadas entre diferentes categorías de obreros. En América del Norte el hecho ha sido comprobado oficialmente

en todas las categorías. La Oficina del Trabajo de Washington organiza cada año, desde 1890, una encuesta sobre las condiciones del trabajo en cierto número de establecimientos de las industrias más importantes de los Estados Unidos. En los últimos años, 4,169 fábricas y talleres fueron objeto de la encuesta, que se refería a los salarios, la jornada, el presupuesto familiar, el género de consumos de los obreros y el costo de su alimentación. Comparando en seguida las cifras obtenidas, se ve si las condiciones de existencia de la clase obrera mejoran o empeoran.

Para cada una de las rúbricas consideradas, la cifra 100 representa la media de las cifras de los años 1890 a 1899. La cifra 101 indica, pues, que las condiciones han mejorado 1 por ciento en comparación con la media; la cifra 99, que han empeorado 1 por ciento. Veamos ahora las cifras obtenidas por la Oficina:

AÑOS	*Salario semanal de un obrero constantemente ocupado*	*Precio al detalle de los medios de subsistencia consumidos en una familia*	*Poder adquisitivo del salario semanal*
1890	101,0	102,4	98,6
1891	100,8	103,8	97,1
1892	101,3	101,9	99,4
1893	101,2	104,4	96,9
1894	97,7	99,7	98,0
1895	98,4	97,8	100,6
1896	99,5	95,5	104,2
1897	99,2	96,3	103,0
1898	99,9	98,7	101,2
1899	101,2	99,5	101,7
1900	104,1	101,1	103,0
1901	105,9	105,2	100,7
1902	109,2	110,9	98,5
1903	112,3	110,3	101,8
1904	112,2	111,7	100,4
1905	114,0	112,4	101,4
1906	118,5	115,7	102,4
1907	122,4	120,6	101,5

Este cuadro nos muestra, desde luego, qué hay que entender por el pretendido "movimiento de ascensión reformista" del proletariado. Los últimos 17 años resultaron excepcionalmente favorables para la clase obrera; fueron señalados en EE.UU. por una prosperidad inaudita que tal vez nunca se reproduzca. En ningún país la clase obrera goza de tanta libertad, en ningún país sigue una política más positiva, más exenta de todas las ideologías revolucionarias que podrían apartarla del trabajo práctico cuyo fin es mejorar su situación. Y sin embargo en 1907, año de prosperidad, en que el salario-dinero superaba por lo menos en un 4 por ciento la media del año precedente, el salario real apenas excedía al de 1890, año en que los negocios eran muy poco brillantes. Naturalmente, la desocupación, la inseguridad de la existencia, crean una diferencia enorme entre una época de crisis y una época de prosperidad; pero el poder adquisitivo del salario semanal del obrero constantemente ocupado es casi el mismo en 1907 que en 1890.

Es cierto que el salario nominal ha aumentado considerablemente. Durante el período de depresión, de 1890 a 1894, había caído de 101,0 a 97,7, es decir, más del 3 por ciento; volvió a subir en seguida de un modo constante hasta 1907, en que alcanzó 122,4, o sea un aumento de 25 por ciento.

Al contrario, los precios de los víveres bajaron de 1890 a 1896 más rápidamente aún que el salario, a saber, de 102,4 a 95,5, o sea cerca del 7 por ciento, de suerte que el poder adquisitivo del salario semanal no disminuyó en la misma proporción que su tasa expresada en dinero. De 1890 a 1894, el salario real no bajó sino de 98,6 a 98,0, es decir, sólo 0,6 por ciento, mientras que el salario nominal bajó simultáneamente un 3 por ciento. De 1894 a 1896 el salario nominal subió de 97,7 a 99,5, mientras que los precios de los víveres continuaron bajando. El salario nominal del obrero tenía, pues,

en 1896, un poder adquisitivo de 104,2. Después no ha alcanzado más este poder. Por grande que haya sido la prosperidad, el salario real ha seguido siendo, desde hace más de 10 años, inferior al de entonces. ¡He aquí lo que se llama ascensión lenta, pero segura, de la clase obrera!

No es menos interesante comprobar que, en el torbellino más desenfrenado de los negocios, cuando los capitalistas embolsaban las más grandes ganancias, el salario real del obrero no permanecía siquiera estacionario, sino que comenzaba ya a bajar. Es verdad que de 1906 a 1907 el salario-dinero subía de 118,5 a 122,4, es decir, cerca de un 4 por ciento, pero los precios de los víveres saltaban al mismo tiempo de 115,7 a 120,6 o sea un aumento de cerca del 5 por ciento, de modo que aún en esta época el poder adquisitivo del salario semanal bajaba el 1 por ciento. En realidad la situación es todavía peor; pero las estadísticas americanas no acostumbran presentarla con colores demasiado pesimistas.

Todo esto hace prever que, pasada la crisis, y vuelta la prosperidad, el proletariado no debe contar con el retorno de una época tan brillante para los sindicatos como fue la última.

Pero, entiéndase bien, no queremos decir con ello que los sindicatos sean impotentes o inútiles. Seguirán siendo, para la masa del proletariado, las más grandes organizaciones, sin las cuales la clase obrera sería relegada irremediablemente a la más profunda miseria. El cambio de situación en nada disminuirá su importancia; no hará otra cosa que modificar su estrategia. Cuando afronten a las grandes organizaciones patronales, es posible que no ejerzan sobre ellas presión directa, pero sus luchas contra esas organizaciones alcanzarán dimensiones colosales, podrán conmover toda la sociedad, todo el Estado y si los capitalistas niegan cualquier concesión, podrán influenciar sobre los gobiernos y los parlamentos.

En las ramas de la industria colocadas bajo el imperio

de los sindicatos patronales, y cuya importancia es capital para toda la vida económica, las huelgas revisten cada vez más carácter político. Por otra parte, en las luchas puramente políticas, por ejemplo en las luchas por el sufragio universal, vemos multiplicarse las ocasiones en que el arma de la huelga general puede ser empleada con éxito.

Los sindicatos reciben, pues, de más en más, atribuciones políticas. En Inglaterra y en Francia, en Alemania y en Austria, se orientan cada día más hacia la política. Por eso se justifica el sindicalismo de los países latinos; pero desgraciadamente, a consecuencia de su origen anarquista, degenera en antiparlamentarismo. Pues la acción directa de los sindicatos no puede ser empleada útilmente sino para completar y reforzar —y no para reemplazar— la acción parlamentaria del partido obrero.

Vemos hoy, más que en los últimos veinte años, dirigirse hacia la política todo el peso de la acción proletaria. Y, desde luego, como es natural, el proletariado se interesa de nuevo en las reformas sociales y en las leyes de protección obrera. En este terreno encuentra un estancamiento general del que no es posible salir con ayuda de las instituciones políticas actuales, dadas las fuerzas relativas de los partidos existentes.

Por estancamiento no hay que entender marasmo completo, cosa imposible en una sociedad tan furiosamente agitada como la nuestra, sino más bien un aflojamiento en la marcha del progreso, aflojamiento que parece una detención, casi un retroceso, si se compara esta marcha con el andar de la revolución técnica y económica y la intensificación de la explotación. Y hay que preparar, arrancar con grandes luchas organizadas sobre todo por los sindicatos, esos progresos de increíble lentitud. Las cargas y los sacrificios que exigen aumentan rápidamente y, al fin de cuentas, sobrepasan cada vez más los resultados positivos.

No hay que olvidar que nuestra acción positiva y reformista no tiene sólo por efecto fortificar al proletariado; lleva asimismo a nuestros adversarios a oponernos una resistencia de más en más enérgica. A medida que las luchas por las reformas sociales toman el carácter de luchas políticas, los sindicatos patronales se esfuerzan por inducir a los parlamentos y gobiernos a usar el rigor con los obreros y sus organizaciones, y a mutilar sus derechos políticos.

La lucha por estos derechos es trasladada, así, al primer plano y las cuestiones relacionadas con la constitución y los fundamentos de la vida política adquieren capital importancia.

Los adversarios del proletariado hacen los mayores esfuerzos para restringir sus derechos políticos. En Alemania, ante cada gran victoria electoral del proletariado se hace más inminente el reemplazo del sufragio universal por un sistema de voto favorecido. En Francia y en Suiza, el ejército carga contra los huelguistas. En Inglaterra y en América, los tribunales restringen la libertad de acción del proletariado, ya que el Congreso no tiene el coraje de atacarla abiertamente.

Pero no basta que el proletariado resista lo más posible toda tentativa de amordazamiento. Su situación será cada vez más intolerable, si no consigue imponer una transformación de las instituciones que le permita poner constantemente el aparato político al servicio de sus intereses de clase. El proletariado alemán es el que hoy más lo necesita, exceptuando el proletariado ruso. Hasta la práctica del sufragio en vigor para las elecciones del Reichstag va cada vez en mayor detrimento del proletariado urbano. Las circunscripciones son todavía las mismas hoy que en 1871. Sin embargo, hemos visto en qué medida se ha modificado desde entonces la relación de la población urbana y la población rural. En 1871, los dos tercios de la población residían aún en la campaña

y un tercio en la ciudad; hoy tenemos la proporción inversa, pero las circunscripciones han sido mantenidas en la misma forma. Dan mayores ventajas a la campiña en perjuicio de las ciudades. En las últimas elecciones del Reichstag, el partido socialista obtuvo el 29 por ciento de todos los sufragios depositados, pero sólo un 10,8 por ciento de los mandatos, mientras que el centro católico obtenía 19,4 por ciento de los sufragios y 26,4 por ciento de los mandatos, y los conservadores 9,4 por ciento de los sufragios y 15,7 por ciento de los mandatos.

Los dos últimos partidos no lograron juntos tantos votos como el partido socialista y, sin embargo, obtuvieron el 42,1 por ciento de los mandatos, es decir, cuatro veces más. La representación proporcional habría dado en 1907 al partido socialista 116 mandatos en lugar de 43, y a los conservadores y al centro católico reunidos, 115 mandatos en lugar de 164.

Mantener las actuales circunscripciones electorales es dar un derecho de voto favorecido a las capas más atrasadas de la población, y esta desigualdad electoral aumenta cada año, a medida que crece el proletariado urbano.

Además, tenemos un sistema de voto que consagra, precisamente en la campaña y en las pequeñas ciudades, la sujeción del proletariado a las clases poseedoras, casi tanto en el orden político como en el orden económico. Efectivamente, por el sistema actual los sobres de las boletas hacen más ilusorio todavía que con el antíguo sistema, el secreto del voto.

En verdad, la sola supresión de estos abusos de nada serviría. ¿Para qué aumentar nuestra influencia, nuestra autoridad en el Reichstag, si éste no tiene ni influencia ni autoridad? Es necesario ante todo conquistar esta autoridad para el Reichstag, es necesario establecer un régimen verdaderamente parlamentario, es necesario hacer de modo que el gobierno del Imperio sea una comisión del Reichstag.

Sin embargo, la independencia del gobierno del Imperio frente al Reichstag no es el único vicio de que éste adolece; no lo es menos el hecho de que el Imperio no sea, de ningún modo, un verdadero Estado unitario. Las facultades del Reichstag son extremadamente reducidas; tropieza a cada paso con la soberanía de los distintos Estados, de sus gobiernos y de sus cámaras, y con su limitado particularismo. Sin duda triunfaría fácilmente ante los pequeños Estados, pero hay una masa enorme que le cierra el camino: la Prusia, con su Cámara elegida por el sufragio de tres clases. Hay que destruir todo el particularismo prusiano; es menester que la Cámara prusiana deje de ser el asilo de todas las reacciones. Conquistar el sufragio universal y el escrutinio secreto para las elecciones de las Cámaras de la Alemania del Norte y sobre todo de la Cámara prusiana; transferir al Reichstag la autoridad suprema: he aquí problemas políticos que se cuentan entre los más urgentes de la hora actual.

Y todavía, si fuese así posible transformar Alemania en un estado democrático, el proletariado no habría avanzado más en él. Ciertamente, y puesto que forma hoy la gran mayoría de la población, tendría la palanca de la legislación en sus manos; mas no le serviría de nada si el Estado no dispusiese de los abundantes recursos indispensables para llevar a cabo las reformas sociales.

Pero todos los recursos del Estado son absorbidos hoy por los gastos del ejército y la marina. El acrecentamiento continuo de estos gastos hace que el Estado descuide ahora hasta las obras civilizadoras más urgentes, en las cuales no sólo el proletariado, sino toda la población está interesada; tales son, el mejoramiento de las escuelas, de las vías de comunicación, canales y caminos, etcétera, empresas que aumentarían notablemente la productividad del país y le permitirían sostener mejor la competencia, y que, por consiguiente, se imponen hasta desde la simple mira comercial y capitalista.

Mas es imposible encontrar bastante dinero para hacer frente a tales gastos, pues el ejército y la flota devoran todo y seguirán devorándolo mientras dure el actual sistema.

Son indispensables la supresión de los ejércitos permanentes y el desarme para que el Estado pueda cumplir reformas sociales importantes. Lo reconocen cada día más hasta los políticos burgueses, pero son incapaces de tomar este partido. Y no es la fraseología pacifista a lo Suttner la que nos hará avanzar un paso.

El progreso de los armamentos es sobre todo una consecuencia de la política colonial y del imperialismo; luego, de nada sirve hacer propaganda pacifista en tanto se participa en esta política. Todo partidario de la política colonial debe ser igualmente partidario de los armamentos de tierra y mar, porque sería absurdo proponerse un fin y rechazar los medios necesarios para alcanzarlo. Sea dicho para aquellos de nuestros amigos que se entusiasman por la paz universal y el desarme, y al mismo tiempo consideran indispensable la política colonial; aunque quieran una política colonial ética y socialista. Toman así el mismo camino que los progresistas prusianos después de 1860: políticos burgueses, temían la revolución y querían realizar la unidad alemana no por la revolución, sino por las victorias de los Hohenzollerns; demócratas, se empeñaban en restringir el militarismo y negaban en lo posible a los Hohenzollerns los recursos militares indispensables para el cumplimiento de su obra. Esta inconsecuencia los perdió.

Si se quiere hacer popular el imperialismo, hay que decidirse a tomar parte en la política de los armamentos. Si, al contrario, se quiere detener el progreso armamentista, hay que demostrar a la población que la política colonial es inútil, hasta nefasta.

Esta es, para el presente momento, la tarea más urgente del proletariado militante, esta debe ser su política

"positiva". Mientras estos problemas no sean resueltos, el proletariado no debe fundar grandes esperanzas en una "ascensión reformista", dado el desarrollo de los sindicatos patronales, el alza del precio de los víveres, la afluencia de la mano de obra de lugares atrasados, el estancamiento general de la legislación social y el aumento de las cargas del Estado, cuyo peso soporta.

Reformar el sistema electoral del Reichstag, conquistar el sufragio universal y el escrutinio secreto para las elecciones de las Cámaras y notablemente las de Sajonia y Prusia, elevar al Reichstag por sobre los gobiernos y las Cámaras de los diferentes Estados, tales son las cuestiones que esperan especialmente al proletariado alemán. Todavía están por conquistarse una constitución verdaderamente democrática y la unidad del Imperio. En cuanto a la lucha contra el imperialismo y el militarismo, es tarea común de todo el proletariado internacional.

Sin duda más de uno piensa que la solución de estos problemas no nos hará adelantar algo. ¿No tenemos en Suiza el ejemplo de un Estado que llena ya todas esas condiciones? ¿No posee Suiza la democracia más completa y el sistema de milicias? ¿No ignora ella completamente la política colonial? Y, sin embargo, la legislación social está allí igualmente estacionaria, y la clase obrera explotada y sojuzgada por la patronal como en cualquier otro país.

A esto responderemos que Suiza está bien lejos de sustraerse a las consecuencias de la política armamentista que sus vecinos practican a porfía. Ella también se arma, no sin que le cueste mucho dinero. Los cantones soportan una parte de los presupuestos militares y, sin embargo, los gastos de la Confederación aumentan en proporciones enormes, según resulta del siguiente cuadro:

1875	39	millones de francos
1885	41	" " "
1895	79	" " "
1905	117	" " "
1906	129	" " "
1907	139	" " "

Sobre todo aumentan rápidamente los gastos militares; pero aumentan con no menor rapidez las entradas de las aduanas, como lo muestra el siguiente cuadro:

AÑOS	*Gastos militares de la Confederación*	*Ingresos del departamento de finanzas y aduanas*
1895	23 millones	4 millones
1905	31 "	64 "
1906	35 "	62 "
1907	42 "	63 "

Si se quita de los ingresos y de los gastos, los de Correo y Telégrafos, que se equilibran casi exactamente (59 millones de gastos contra 63 millones de entradas), se tiene, para el año de 1907, 83 millones de ingresos, de los cuales 73 millones provienen de las aduanas, y 80 millones de gastos, de los cuales 42 millones para el ejército y 6 millones para intereses de la deuda pública.

Se ve, pues, que en la misma Suiza el militarismo absorbe la parte más grande de las rentas del Estado y que sus exigencias aumentan rápidamente.

Después, hay una diferencia enorme entre un derecho que se recibe por tradición o concesión, y un derecho que se conquista en luchas llenas de encarnizamiento y sacrificios.

Nadie tendrá la ingenuidad de pretender que pasaremos insensiblemente y sin lucha alguna, del Estado militarista y absolutista a la democracia, y del imperialismo ávido de conquistas a la federación de pueblos libres. La

idea de evolución pacífica no podía nacer sino en una época en que se creía que toda la evolución futura se realizaría exclusivamente en el terreno económico, sin necesidad de cambio alguno en las fuerzas relativas de los partidos y en las instituciones políticas. Reconocer la necesidad absoluta de esos cambios en interés del proletariado, para que pueda proseguir su ascensión económica, es reconocer igualmente la necesidad de las luchas políticas, de los desplazamientos de fuerzas y de las revoluciones.

Luego, las fuerzas del proletariado deberán aumentar enormemente en el curso de tales luchas; y no podrá salir de ellas victorioso, no podrá alcanzar el más alto fin, o sean la democracia y la supresión del militarismo, si no consigue una posición dominante en el Estado.

La conquista de las instituciones democráticas y la destrucción del militarismo producirán, pues, forzosamente, en un gran Estado moderno, muy distintos efectos que las milicias tradicionales y la constitución republicana de Suiza, sobre todo si esas conquistas son obra exclusiva del proletariado. Por otra parte, no es verosímil que el proletariado encuentre auxiliares fieles en las próximas luchas. Antes esperábamos que nos vendrían aliados de los medios burgueses; contábamos sobre todo con los pequeños burgueses y los pequeños campesinos. Hemos visto que Marx y Engels esperaron largo tiempo que la pequeña burguesía democrática tomaría partido por la revolución, por lo menos al principio, como lo había hecho en París en 1848 y aún en 1871. Después de la defección de los políticos y de los partidos democráticos, creíamos todavía, nosotros marxistas, que podríamos atraernos una parte notable de pequeños burgueses y pequeños campesinos, e interesarlos en nuestros fines revolucionarios. Yo formulé esta esperanza aún en 1893, en el artículo citado más arriba, y ella está expresada con más fuerza en la Introducción de Engels en 1895: "Si las cosas continúan en este tren, conquistaremos de ahora al fin del siglo la mayor parte de la clase media, pequeños burgueses y pequeños campesinos, y nuestra influencia se volverá decisiva en el país" .

Esta esperanza no se realizó. Se confirmó una vez más que nos vemos frustrados en nuestras esperanzas y en nuestras profecías cada vez que exageramos los sentimientos revolucionarios de la pequeña burguesía. Se prueba también cuán poco fundamento tiene el reprochar a los marxistas que su fanatismo ortodoxo aleja del partido a esos elementos. Si Engels se pronunciaba en 1894 contra el programa agrario del partido francés, y yo mismo un año más tarde contra el del partido alemán, no era porque juzgásemos inútil atraernos los campesinos, sino sólo porque nos parecían falsos los medios propuestos para lograrlo. Hemos visto después a camaradas de Francia, Austria y Suiza tentar fortuna con los campesinos, ayudados de esta táctica, pero sin éxito.

Lo mismo con la pequeña burguesía. Se puede decir en general que hoy es más difícil que nunca traer hacia noostros las clases medias, con cualquier modo que adoptemos para propagar el socialismo entre ellas. Esta opinión no emana de nuestra "ortodoxia" marxista —hemos visto que el error del marxismo era más bien esperar demasiado que demasiado poco—, sino que nos es impuesta por las amargas experiencias de los últimos años. El "fanatismo ortodoxo" de los marxistas no juega en esto un papel sino en la medida que le permite apreciar esas experiencias en su justo valor y comprenderlas más fácilmente, es decir, descubrir sus causas —condición indispensable de una fructífera política "positiva".

En esta ocasión, comprobamos otra vez que nuestra política positiva, al aumentar las fuerzas del proletariado, aumenta también el antagonismo que lo separa de las otras clases. Algunos de los nuestros esperaban que los "cartels" y las alianzas de capitalistas, así como la polí-

tica proteccionista, nos atraería las clases medias, que tanto sufren sus consecuencias. Pero se produjo lo contrario. Los derechos sobre los productos agrícolas y los sindicatos patronales hicieron su aparición al mismo tiempo que los sindicatos obreros. Los artesanos se vieron entonces amenazados simultáneamente por todas partes a la vez. Las aduanas y los sindicatos de empresas hacían aumentar los precios de los víveres y de las materias primas que aquéllos necesitaban, mientras los sindicatos obreros hacían aumentar los salarios. En verdad esta elevación de los salarios se refería a menudo al salario-dinero, no al salario real; los precios aumentaban más rápido que los salarios. Pero las luchas organizadas por los sindicatos para esa elevación no exasperaban por eso menos a los pequeños patronos, y desde entonces vieron en los sindicatos capitalistas y en los ávidos proteccionistas sus aliados contra los obreros organizados. Se imputó a los obreros y no a las aduanas y a los "cartels", no sólo el alza del salario-dinero, sino también los precios elevados de las materias primas y de la vivienda, cuya causa se quería atribuir ¡al aumento de los salarios!

Los pequeños comerciantes se vieron amenazados, a su vez, por la elevación de los precios, pues la capacidad adquisitiva de sus clientes, obreros en la mayor parte, no aumentaba en la misma proporción. Sin embargo, la emprendieron más bien con los obreros que con la política proteccionista y los sindicatos de empresas, tanto más cuanto que los obreros procuraban escapar a las consecuencias del alza de los precios eliminando con las cooperativas los intermediarios.

Un alza de precios tiene siempre por efecto agravar el antagonismo entre los compradores y los vendedores. Aumenta, por consiguiente, el antagonismo entre los proletarios, que compran víveres, y los campesinos, que los venden.

No hay que olvidar que el obrero actúa en el mercado

de un modo muy particular. Los otros individuos no sólo compran en él los productos, sino que también los venden. Lo que pierden como compradores con el alza general de los precios, lo ganan como vendedores por el alza de sus propias mercancías. Sólo el obrero no juega en el mercado un papel de vendedor de productos, y sí de comprador únicamente. Su fuerza de trabajo es mercancía de un género particular, cuyo precio obedece a leyes especiales; el salario no sigue de golpe las variaciones generales de los precios. La fuerza de trabajo no es un producto independiente del hombre que la posee; está ligada a su propia vida de manera indisoluble; su precio está sometido a condiciones fisiológicas, psíquicas, históricas, que no cuentan para las demás mercancías, y que dan al salario-dinero una fuerza de inercia más grande que la de los precios de los productos.

El salario no sigue sino lentamente las variaciones de los precios y sólo hasta cierto límite. Durante una baja de precios, el obrero gana más que los otros compradores de productos; durante un alza pierde más. Su posición en el mercado es opuesta a la del vendedor; no obstante que produce todo y sólo consume una parte de sus productos, se coloca en el punto de vista de consumidor y no en el de productor, pues los productos de su trabajo pertenecen a su explotador, al capitalista. Este último es quien aparece en el mercado con los productos del trabajo del obrero, como productor y vendedor de los productos. El obrero sólo aparece como comprador de medios de subsistencia. De ahí el antagonismo entre el obrero y los vendedores de medios de subsistencia, entre quienes hay que colocar a los campesinos, puesto que éstos venden al obrero. No sólo en el asunto de los derechos sobre los productos agrícolas, sino también en otros casos, por ejemplo en el de las tentativas para aumentar el precio de la leche, son justamente los obreros quienes hacen la oposición más enérgica a los campesinos.

Los campesinos que ocupaban obreros no se exasperaron menos por la subida de los salarios y el mejoramiento de las condiciones de trabajo en la industria. La época de la prosperidad industrial, del desarrollo de los sindicatos obreros y de sus éxitos, fue señalada, asimismo, por la falta de brazos en la agricultura.

No sólo los servidores, sino hasta los propios hijos del campesino se pasaban a la industria, sustrayéndose así a las bárbaras condiciones del trabajo agrícola. Y si faltaban brazos en los campos, la culpa era de los malditos socialistas.

Es así cómo en las clases de la población que formaban antes el núcleo de la pequeña burguesía democrática y que, después de haber sido las campeonas enérgicas de la revolución se habían hecho aliadas, aunque un poco tímidas, del proletariado revolucionario, son cada vez más numerosos los elementos que se vuelven ahora sus furiosos enemigos. Esto en menor grado aún en nuestra Alemania "infectada de marxismo" que en Francia, Austria y Suiza.

Tal hostilidad de las clases medias contra el proletariado está agravada en los grandes Estados por la divergencia de actitud en la cuestión del imperialismo y de la política colonial. El que no se coloca en el punto de vista socialista, el que combate el socialismo, no tiene otro recurso, si no quiere desesperar, que creer en el porvenir de la política colonial. El imperialismo es la única perspectiva que el capitalismo puede todavía ofrecer a sus defensores. Desde luego, el imperialismo entraña lógicamente la aceptación de los armamentos de tierra y mar. Por eso los intelectuales, esta categoría de la clase media que no comparte los intereses de los artesanos, de los intermediarios comerciales y de los productores de artículos alimenticios, a menos de convertirse al socialismo se alejan del proletariado y de sus representantes más clarividentes, porque éstos combaten el imperialismo y el

militarismo. Ved los Barth, los Brentano, los Naumann, que manifiestan tanta simpatía por las organizaciones sindicales y cooperativas del proletariado y hasta por sus aspiraciones democráticas; son todos partidarios entusiastas de la marina y de la política colonial, y sólo muestran alguna amistad hacia el socialismo mientras no se pone sobre el tapete al imperialismo y sus agentes.

El imperialismo parece, pues, llamado a completar el aislamiento del proletariado y a condenarlo a la impotencia política en el preciso momento en que más necesidad tiene de desplegar sus fuerzas sobre el terreno político.

Mas esta política imperialista puede llegar a ser justamente la palanca que permitirá trastrocar el sistema entero.

IX

Un nuevo siglo de revoluciones

Hemos visto con qué rapidez aumentan en Suiza los gastos del militarismo. Pero éstos no dan sino una pálida idea de los de los grandes Estados militares. Veamos un poco el Imperio Alemán. He aquí, según el "Anuario estadístico del Imperio", los gastos en millones de marcos, para las siguientes rúbricas:

Designación	*1873*	*1880–81*	*1891-92*	*1900*	*1908*
Ejército de tierra ..	308	370	488	666	856
Marina	26	40	85	152	350
Administración colonial	—	—	—	21	21
Fondos de jubilación	21	18	41	68	110
Intereses de la deuda pública	—	9	54	78	156
Total	355	437	668	985	1.493
Aumento anual		12	21	35	64
Gastos totales del Imperio	404	550	1.118	2.056	2.785
Aumento anual		21	52	58	91

Se ve, pues, que los gastos aumentan sin cesar y que este movimiento es siempre progresivo; en los diez primeros años del Imperio, el aumento era de 21 millones de marcos por año; en los diez últimos se elevó a 91 mi-

millones. En los últimos años el aumento anual de los gastos totales alcanzó hasta 200 millones (1905, 2.195 millones; 1906, 2.392 millones; 1907, 2.597 millones; 1908, 2.785 millones).

La mayor parte de este aumento corresponde a costo de armamentos de guerra y más aún a la flota que al ejército terrestre. Mientras que la población del Imperio pasaba de 50 millones en 1891 a 63 millones en 1908, es decir, aumentaba un cuarto, los gastos del ejército de tierra aumentaban el doble, los de fondos de retiro e intereses de la deuda pública casi el triple, y los de la marina el cuádruple. Y no será posible detener esta insensata progresión mientras el régimen actual no sea cambiado totalmente.

La transformación ininterrumpida del herramental consecuencia del maquinismo capitalista y de la aplicación de las ciencias a la producción, se manifiesta también en el dominio militar; entraña una competencia permanente entre los nuevos inventos, una continua depreciación del herramental, un acrecentamiento constante de los medios de acción, cuyo efecto no es como en el dominio de la producción, el aumento continuo de la productividad del trabajo, sino la multiplicación de los estragos en tiempo de guerra y el derroche improductivo en tiempo de paz.

Además de la transformación de las instalaciones industriales, el agrandamiento continuo de la esfera de dominación, o al menos de influencia, de todos los grandes Estados por consecuencia de la política imperialista, los obliga cada vez más a aumentar sus medios de acción.

Mientras dure el imperialismo, la locura de los armamentos aumentará forzosamente hasta el agotamiento. Hemos visto, pues, que para la sociedad presente el imperialismo es la única esperanza, la única perspectiva provechosa, fuera de lo cual no queda otra alternativa que el socialismo. La locura de los armamentos irá creciendo, pues, hasta que el proletariado tenga fuerza para dirigir

la política del Estado, poner fin a la politica imperialista y reemplazarla por la del socialismo. Cuanto más dure la política armamentista, más pesadas serán las cargas que impondrá a los pueblos. Como cada clase procurará descargarse sobre las otras, los armamentos agravarán de más en más los antagonismos de clases.

En el Imperio alemán se impone a los obreros, naturalmente, la mayor parte de las cargas. Esto era ya bastante desagradable en la época de prosperidad, de los víveres baratos, del empuje victorioso de los sindicatos obreros, y se hace insoportable en la época de crisis, de carestía, de supremacía de los sindicatos patronales.

El aumento de los impuestos no sólo rebaja la renta del obrero y disminuye el poder adquisitivo de su salario, sino que amenaza terriblemente el propio progreso industrial, ese progreso que el imperialismo, según se decía, debía favorecer.

Los Estados Unidos hacen la competencia más peligrosa a la industria alemana. Y lo que coloca a nuestra industria en situación inferior es el sistema proteccionista alemán. Sin duda América tiene tarifas protectoras aún más elevadas, pero sobre los productos industriales y no sobre los de la agricultura. Tiene los víveres más baratos y produce casi todas las materias primas. Posee, en fin, la ventaja de no tener por vecina ninguna potencia de consideración. No necesita, pues, arrancar cada año medio millón de hombres a la producción para hacerlos jugar tontamente a los soldados.

A medida que el militarismo se desarrolla en Europa, se acentúa más la superioridad industrial de los Estados Unidos, mientras que en la misma medida se atenúa el progreso económico de Europa. La situación económica de la clase obrera europea empeora igualmente en la misma proporción, tendencia que se acelera desde que se le imponen los más pesados sacrificios.

Los Estados Unidos han entrado, asimismo, en la

ruta del imperialismo y, por consiguiente, del progreso de los armamentos. Después de la guerra con España sus gastos para el ejército y la marina también aumentan. Sin embargo, no en el mismo grado que las grandes potencias europeas, pues no tienen que mantener como éstas un fuerte ejército permanente. En todo Estados Unidos no hay más que 60,000 hombres de tropa. En el dominio de los armamentos, así como en el de la competencia industrial, los Estados Unidos pueden seguir mucho tiempo la corriente sin miedo a perder pie.

He aquí el cuadro de sus gastos y de sus exportaciones:

AÑOS	Población, en millones de hombres	Deuda pública, en millones de dólares	Gastos para el ejército de tierra, en millones de dólares	Gastos para la flota, en millones de dólares	Valor de exportación con relación a la total		
					Artículos alimenticios	Materias primas	Productos fabricados
1880	50	1.919	38	14	56%	29%	15%
1890	63	890	45	22	42 "	36 "	21 "
1900	76	1.101	135	56	40 "	24 "	35 "
1907	86	879	123	97	28 "	32 "	40 "

Se ve, pues, que disminuye la deuda pública. Sin duda, en 1900 aumentó, así como los gastos para el ejército, como consecuencia de la guerra con España. Pero después fue posible reducirla de nuevo, a pesar de que aumentaron los gastos para el ejército y la marina. Los gastos para el ejército terrestre se elevaban en 1908 a 190 millones de dólares, o sea casi tanto como en Alemania; cierto es que la población de Estados Unidos es de 86 millones de hombres.

Por otra parte, el cuadro de las exportaciones muestra con qué rapidez aumenta la exportación de los productos fabricados; y prueba que la América del Norte

tiene cada vez más en el mercado internacional el papel de Estado industrial y no el de Estado agrícola.

Sobre 9,375 millones de francos, cifra total de las exportaciones alemanas en 1907, figuraban 6,250 millones de productos fabricados. Sobre 10.000 millones de francos (1.853 millones de dólares), valor total de las exportaciones americanas, figuraban más de 3,800 millones (740 millones de dólares) de productos fabricados. En 1890 el valor de los productos fabricados exportados por Alemania alcanzaba cerca de 2. 700 millones de francos (2.174 millones de marcos); el de los productos fabricados exportados por América no llegaba en cifras redondas sino a 1.000 millones de francos (179 millones de dólares). La exportación de Alemania ha aumentado, pues, en este período 150 por ciento y, la de América 300 por ciento.

Se advierte, entonces, que los Estados Unidos nos apremian ya en el terreno industrial.

Añadamos a esto que mientras la deuda pública de Estados Unidos disminuía de 1900 a 1907 en 230 millones de dólares (1.200 millones de francos), la de Alemania aumentaba en el mismo intervalo en 1.870 millones de francos. Ahora, en el preciso momento en que escribo estas líneas, Alemania se dispone a acrecentar todavía los gastos en proporciones colosales, y a aumentar en 625 millones la cifra de los impuestos.

Aunque estas cargas castigan sobre todo a la clase obrera, la industria no deja de sufrirlas, pues disminuye su aptitud para sostener la competencia, lo que al fin de cuentas recae sobre el obrero, ya que éste paga los gastos de la lucha entre los competidores. Pero hay límites más allá de los cuales no es posible echar sobre el obrero el peso de esas cargas; el progreso armamentista debe terminar, pues, por paralizar el de la industria.

Al mismo tiempo esa política agrava de más en más los antagonismos nacionales; atiza el peligro de una gue-

rra, en vez de servir, como se pretende, al mantenimiento de la paz. El progreso armamentista, ininterrumpido, precipitado, se torna cada vez más insoportable para todos los gobiernos, pero ninguna de las clasas dirigentes busca la causa en la política imperialista, que es su política. No quieren percibirla en esta política, supremo refugio del capitalismo. Cada una busca el culpable entre sus vecinos: los alemanes en Inglaterra, los ingleses en Alemania. Se vuelven, así, cada vez más nerviosas y desconfiadas, lo que las excita aún para proseguir los armamentos con frenético ardor, hasta que vendrá un momento en que parecerá preferible una catástrofe a este terror sin fin.

Fuera de la revolución, la guerra es el único medio de acabar con este acrecimiento insensato de las cargas públicas, sobrepujado mutuamente por los diferentes países. Hace ya mucho tiempo que esta situación habría llevado a la guerra, si la revolución no se presentase más inminente por la guerra que por la paz armada. La fuerza creciente del proletariado impide, desde hace 30 años, una guerra europea, y hace que todos los gobiernos, aún hoy, retrocedan horrorizados ante esa guerra. Pero las grandes potencias llevan las cosas a un punto en que los fusiles dispararán solos.

Ahora bien, hay un fenómeno paralelo que, más aún que el progreso de los armamentos, está llamado a reducir al absurdo la política imperialista, y, en consecuencia, a cerrar toda salida al modo actual de producción.

La política colonial o imperialista reposa sobre la hipótesis de que los pueblos de civilización europea son los únicos capaces de desarrollarse espontáneamente. Los hombres de las demás razas pasan por niños, idiotas o bestias de carga, según el trato más o menos rudo que se les hace sufrir; en todo caso, por seres inferiores que se pueden dirigir a capricho. Hasta hay socialistas que comparten este modo de ver, puesto que quieren hacer política colonial, bien entendido que de manera ética. Mas la realidad les enseña luego que el principio de igualdad de todos los hombres, proclamado por nuestro Partido, no es una simple frase sino un hecho positivo.

Es verdad que los pueblos extraños a la civilización europea se han mostrado, durante estos últimos siglos, incapaces de resistencia, por así decirlo, incapaces en todo caso de oponer una resistencia durable; pero no hay que buscar la causa en una inferioridad natural, como se lo imagina la presunción orgullosa de la burguesía europea, que encuentra su expresión científica en las concepciones fantásticas de los defensores de la teoría de las razas. Esos pueblos estaban simplemente aplastados por la superioridad del material técnico europeo y también, en verdad, del espíritu europeo; mas esta superioridad descansa, en última instancia, sobre la del material técnico. Fuera de algunos millares de hombres repartidos en un pequeño número de tribus completamente atrasadas, los pueblos extraños a la civilización europea son muy capaces de iniciarse en nuestra vida intelectual. Hasta ahora no ha faltado a esos pueblos más que las condiciones materiales para alcanzar dicho progreso.

Durante mucho tiempo la expansión del capitalismo casi no modificó ese estado de cosas. Los exportadores capitalistas llevaron, desde luego, a las regiones ajenas a la civilización europea (civilización que se extiende hoy, naturalmente, a América y Australia), no la producción capitalista sino productos capitalistas. Y aún sus operaciones comerciales se limitaban a las vías navegables, a las costas del mar y de algunos grandes ríos. A este respecto se produjo un cambio enorme en el período de la última generación y sobre todo en los últimos veinte años. No sólo se inauguró una nueva era de la política conquistadora en los países de ultramar, sino que también se vio a los países industriales exportar a los países bárbaros no únicamente productos sino, además, los medios

de producción y de transporte de la industria moderna.

Ya hemos visto con qué rapidez se desarrolló en nuestra época la red de ferrocarriles, especialmente en Oriente (comprendida Rusia). No hicieron menores progresos, asimismo, las industrias capitalistas, textil, metalúrgica y minera. Esta última ha revolucionado también Africa del Sur.

Esta exportación de medios de producción significó para la industria capitalista, después de 1887, una nueva etapa de prosperidad. Parecía haber alcanzado entonces el término de su carrera y en efecto lo había alcanzado en lo que concernía a la exportación de productos fabricados.

La exportación de los medios de producción, que le valió ese impulso inesperado y brillante, no era posible sino porque introducía el modo de producción capitalista en los países extraños a la civilización europea y destruía en ellos rápidamente el estado de cosas tradicional en el orden económico. También puso fin simultáneamente a las viejas formas del pensamiento oriental. En tanto que se aclimataba el nuevo modo de producción introducido por los europeos, se elevaban súbitamente al nivel del espíritu europeo las facultades intelectuales de esos pueblos hasta entonces bárbaros. Sin embargo, el nuevo espíritu no era favorable a los europeos. Los nuevos países entraban en competencia con los antiguos. Desde luego, los competidores son enemigos. El despertar del espíritu europeo en los países orientales no los hizo amigos de Europa, sino enemigos y enemigos de igual fuerza. Este fenómeno no se reveló en seguida. Hemos visto antes que el sentimiento de fuerza tiene un papel importante en la vida social: una clase, una nación en ascenso, aunque con fuerzas para independizarse, pueden quedar mucho tiempo en situación subalterna si aún no tienen conciencia de su fuerza. Es lo que se vio en estas circunstancias. Los pueblos de Oriente habían sido vencidos

con tanta frecuencia por los europeos, que llegaron a creer que toda resistencia era inútil. Los europeos eran del mismo parecer, y sobre esta opinión se fundaba su política colonial y sus procedimientos respecto de esos pueblos, de los cuales disponían arbitrariamente, canjeándolos, trocándolos como si se tratase de hacienda.

Pero desde que los japoneses rompieron el fuego, todo Oriente se sacudió en seguida. Todo el este de Asia, todo el mundo mahometano aspiró a la autonomía y se levantó contra la dominación extranjera.

El imperialismo no puede ahora dar un paso más adelante. Y, sin embargo, es indispensable proseguir la política imperialista, como lo es para el capitalismo extenderse de más en más para que su explotación no se vuelva completamente intolerable.

Africa ecuatorial es el único país todavía propicio para esa expansión; pero allí el clima es el mejor aliado de sus habitantes; nocivo para los soldados europeos, hay que enrolar indígenas, equiparlos y educarlos en el manejo de las armas, con lo que se preparará el futuro en que esos mercenarios se volverán contra sus propios amos.

En Asia y en Africa se incuba por todas partes el espíritu de rebelión, al mismo tiempo que se extiende el uso de nuestras armas y que aumenta la resistencia contra la explotación europea. Es imposible trasplantar a un país la explotación capitalista, sin sembrar en él el grano de la rebeldía contra esta explotación.

Esto se traduce, desde luego, por las grandes dificultades que encuentra la política colonial y por el acrecentamiento de los gastos que requiere. Los fanáticos de esta política nos consuelan de las cargas que hoy nos imponen las colonias, aludiendo a las ricas cosechas que nos prometen para el futuro. La realidad es que cada vez aumentan más los gastos militares necesarios para conservarlas, y esto por ahora. Hay que esperar lo peor todavía. La mayor parte de los países de Asia y Africa

se encaminan a un estado de cosas en que la revuelta dejará de ser pasajera para convertirse en abierta y permanente, y los llevará por fin a sacudirse el yugo extranjero. Las posesiones inglesas de las Indias orientales son las que están más próximas a ello, y su pérdida equivaldría a la bancarrota del Estado inglés.

Ya vimos que desde la guerra ruso-japonesa, el Asia oriental y el mundo mahometano se pusieron en actitud defensiva contra el capitalismo europeo. Combaten, pues, al mismo enemigo que el proletariado europeo. Sin embargo, no hay que olvidar que, si bien combaten al mismo enemigo, no es enteramente con el mismo objeto. No los lleva a la revuelta el deseo de asegurar al proletariado la victoria sobre el capital, sino el de oponer al capitalismo extranjero un capitalismo nacional. No debemos forjarnos ilusiones a este respecto. Los boers eran los peores verdugos, los amos del Japón son los más encarnizados perseguidores de los socialistas, y los jóvenes turcos han probado ya también la necesidad de castigar con rigor a los huelguistas. Debemos, pues, armarnos de crítica para juzgar a los adversarios del capitalismo europeo en el resto del mundo. Mas esto no impide que los nuevos competidores debiliten el capitalismo europeo y sus gobiernos, y que aporten al mundo un elemento de trastornos políticos.

Según hemos visto, Europa atravesó, de 1789 a 1871, una época de continuos trastornos, hasta que la burguesía industrial conquistó en todos los países las instituciones políticas que le permitirían desarrollarse rápidamente. El año 1905, con la guerra ruso-japonesa, ha inaugurado para Oriente una era análoga de continuos trastornos políticos. Los pueblos del Asia oriental y del Islam, así como los de Rusia, entran ahora en una situación parecida por muchos aspectos a la en que se encontraba la burguesía europea hacia fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Naturalmente, la situación no es

del todo idéntica. El solo hecho de que el mundo haya envejecido un siglo, basta para crear diferencias. El desarrollo político de un país no depende sólo de sus propias condiciones sociales, sino también de las de los países vecinos que influyen sobre él. Quizás la posición recíproca de las distintas clases en Rusia, Japón, India, China, Turquía, Egipto, etc., sea análoga a la existente en Francia antes de la gran revolución. Pero padecen la influencia de las experiencias adquiridas en las luchas de clases por las que atravesaron después Inglaterra, Francia, Alemania. Por otra parte, su lucha no tiende sólo a crear condiciones favorables para una producción capitalista nacional; es al mismo tiempo una lucha contra la dominación del capital extranjero, lucha que los pueblos de Europa occidental no conocieron en el período revolucionario de 1789 a 1871.

Si estas diferencias son lo bastante grandes como para que los actuales acontecimientos en Oriente no reiteren simplemente los que ocurrieron en Occidente hace un siglo, la situación es, sin embargo, lo bastante parecida como para que se pueda prever que Oriente va a atravesar una era análoga de revoluciones, una era de conspiraciones, de golpes de Estado, de insurrecciones, de reacciones seguidas de nuevas insurrecciones, de continuas revueltas, que durarán hasta que esos países obtengan las condiciones necesarias para un desenvolvimiento pacífico, y las garantías de su independencia nacional.

Así, pues, el Oriente —dando a esta palabra el sentido más amplio— se encuentra, gracias al imperialismo, unido de tal modo al Occidente desde el punto de vista político y económico, que los trastornos políticos de Oriente tienen su repercusión en Occidente. El equilibrio político de nuestros Estados, tan difícil de obtener, se encuentra roto desde entonces por cambios inesperados que están fuera de su influencia; problemas que parecía imposible resolver por medios pacíficos y que, por eso mis-

mo, se dejaban para las calendas griegas, verbigracia la cuestión de los Balcanes, surgen repentinamente y exigen una solución. Por doquier inquietud, desconfianza, inseguridad. La nerviosidad acrecentada ya por el progreso armamentista, llega al máximo. Se aproxima de un modo amenazante la guerra universal; y la guerra es la revolución. En 1891, Engels pensaba todavía que una guerra sería para nosotros una desgracia, pues entrañaría una revolución y nos llevaría prematuramente al poder. Creía que el proletariado podía aún durante algún tiempo, sirviéndose de las instituciones políticas existentes, hacer progresos más positivos que corriendo los riesgos de una revolución provocada por la guerra.

Pero la situación ha cambiado después. El proletariado ha hecho suficientes progresos como para poder encarar una guerra con más calma. Y no sería ya el caso de una revolución prematura, pues el proletariado ha sacado de las instituciones políticas actuales toda la fuerza que le podían dar y una transformación de esas instituciones ha llegado a ser condición previa de sus progresos ulteriores.

El proletariado detesta enérgicamente la guerra; y pondrá en juego todos sus medios para impedir las manifestaciones del espíritu guerrero. Pero, si a pesar de todo, estallase, el proletariado es hoy, de todas las clases, la que podría esperar el resultado con más confianza.

No sólo ha crecido considerablemente su fuerza numérica desde 1891, no sólo se han fortificado sus organizaciones, sino que también ha adquirido una enorme superioridad moral. Hace veinte años, el Partido Socialista Alemán tenía que luchar todavía contra el gran prestigio que los jefes del Imperio habían adquirido en las batallas de su fundación. Hoy ese prestigio está desvanecido.

Por otra parte, a medida que se acentúa la quiebra del imperialismo, el Partido Socialista pasa a ser el único

que combate por una gran idea, por un gran propósito, el único que sabe desplegar toda la energía y abnegación que inspira tan gran finalidad.

Al contrario, en las filas de nuestros adversarios dominan la pusilanimidad y la apatía, porque tienen conciencia de la corrupción y de la incapacidad de sus jefes. Ya no creen en su causa ni en sus jefes que, en el presente, en una situación cuyas dificultades aumentan de día en día, se muestran, por la fuerza de los hechos, cada vez más incapaces, y revelan cada día más su completa nulidad. Estos síntomas no se deben al azar, ni a la culpa de los individuos; se explican por la situación del momento.

Sus causas son de naturaleza muy diferente. Desde que una clase o una sociedad han pasado el período revolucionario y entrado en el estadio conservador, desde que no necesitan combatir por su existencia o su lugar bajo el sol, desde que se acomodan a la situación presente y se limitan a corregir algunos detalles menudos, el horizonte intelectual de sus portavoces y de sus jefes se estrecha forzosamente. Pierden todo interés por los grandes problemas, su audacia carece de estimulantes, los pensadores y los luchadores intrépidos resultan molestos y son dados de lado, mientras pasan a primer plano los intrigantes mezquinos y los caracteres débiles.

Otro hecho concurre a producir el mismo resultado: los hombres políticos y los pensadores de las clases y de los Estados que ya no tienen que luchar por un gran fin, en lugar de consagrarse a los intereses de toda la clase, de la comunidad, de la sociedad, no sirven sino su propio interés. Si procuran llegar al poder, ya no es porque les domine un deseo imperioso de hacer obra grande y nueva para la comunidad, sino sólo el deseo de adquirir para sí mismos riqueza y autoridad. Su arribismo sin escrúpulos encuentra el complemento en la tendencia de los dirigentes a rodearse en adelante no de los individuos

más capaces para el servicio de la cosa pública, sino de los que saben adaptarse con la mayor flexibilidad y complacencia a sus necesidades y propensiones.

A estas causas generales de decadencia moral e intelectual de todos los dirigentes, desde que han entrado al estadio conservador, hay que agregar otras especiales que son propias de nuestra época y derivan del carácter particular del capitalismo.

Antes, los dirigentes se reclutaban en la clase de los explotadores; por lo menos, éstos se reservaban las más altas funciones en el aparato político. Al contrario, ahora la clase capitalista está tan absorbida por los negocios, que abandona la política a otras personas, las cuales no son, en el fondo, es verdad, otra cosa que sus dependientes; tales, en los países democráticos, los políticos profesionales, parlamentarios y periodistas; bajo el régimen de absolutismo las gentes de la corte; en países de constitución intermediaria una mezcla confusa de esos dos elementos, en la que predominan ora uno, ora el otro.

Mientras la explotación capitalista es débil, ahorrar es la consigna del capital, y procura inculcarla en los servicios del Estado. La pequeña burguesía, de buen o de mal grado, permanece fiel a esa consigna; en cambio, el gran capital, a medida que la explotación que ejerce gana en intensidad, ostenta un fausto y una disipación que terminan por hacer progresos tan insensatos como los de los armamentos, y revisten formas igualmente extravagantes.

Antiguamente los jefes del Estado humillaban a todos con su riqueza y su magnificencia. Hoy, los políticos y los hombres de Estado, aun los de más elevada jerarquía, son eclipsados por los soberanos de las altas finanzas.

No es cosa fácil aumentar en el presupuesto los sueldos regulares de los gobernantes, sobre todo en los Estados parlamentarios, donde hay que cuidarse de los electores y de los contribuyentes, que exigen a gritos economías.

Más difícil es todavía cuando los armamentos militares absorben casi la totalidad del aumento de las rentas públicas.

Si los políticos y los hombres de Estado quieren imitar el fausto de los grandes explotadores, no les queda más que procurarse, fuera de las entradas legítimas, ingresos ilegítimos, subastando y prostituyendo su crédito político. Sacan, así, partido de su conocimiento de los secretos del Estado y de su influencia sobre la política general para especular en la Bolsa; abusan como parásitos de la hospitalidad de los ricos explotadores; se hacen pagar sus deudas por ellos; cuando menos, aceptan coimas y venden, en cambio, su crédito político.

Este mal cunde en todos los Estados capitalistas, allí donde hay grandes explotadores. Ataca siempre con preferencia los órganos políticos más influyentes; en los Estados democráticos a los parlamentarios y periodistas, en los regímenes del absolutismo a las gentes de la corte. En todas partes engendra profunda corrupción progresiva, más rápida cuando la explotación y la disipación capitalista, y, por consiguiente, las necesidades de los políticos y hombres de Estado, aumentan más y más, y se agrandan la fuerza y las funciones económicas del Estado.

Ciertamente, no hay que creer que todos aquellos que se corrompen tienen siempre conciencia de su estado, ni que los gobernantes y los políticos de las clases dirigentes son siempre corrompidos. Esta opinión sería exagerada. Mas en estos medios las seducciones aumentan sin cesar y es necesaria una fuerza de carácter cada vez más grande para no sucumbir a ellas; pues se sucumbe mucho más fácilmente cuando la atmósfera de corrupciones se extiende y los procedimientos corruptores se hacen más inteligentes e insinuantes. Es así cómo los corrompidos no tienen conciencia de su propia caída.

A medida que los problemas de la política se complican y exigen de los hombres de Estado más saber y

delicadeza de conciencia, miras más elevadas y mayor firmeza, vemos que en las clases dirigentes la seriedad científica cede cada día al verbalismo más insípido, la delicadeza de conciencia a la viveza, la lógica realización de un vasto programa a lo advenedizo y a las intrigas mezquinas, la firmeza serena y resuelta a una perpetua vacilación entre la brutalidad provocativa y el retroceso ignominioso. Al mismo tiempo la codicia y la corrupción se muestran en toda su amplitud; aparecen ora en un escándalo "panamista", ora en un pacto entre gobernantes y estafadores, por todas partes en los fraudes de los proveedores de material de guerra que entregan malas planchas de blindaje o cañones inutilizados, o que cobran a su patria el doble de lo que obtienen en el extranjero. Siempre las provisiones de guerra han sido para muchos capitalistas un medio de hacer fortuna; pero jamás los proveedores han tenido con los gobiernos tan estrechas relaciones como hoy, ni tanta influencia sobre el sector político que decide la guerra y la paz.

Estos mismos proveedores son hoy los más ricos industriales, los más grandes explotadores del proletariado, y están vivamente interesados en una guerra brutal contar el enemigo interior o exterior. Ejercen, en fin, influencia considerable sobre los gobiernos que se componen cada vez más de individuos irresolutos.

Hay que esperar, pues, que en cualquier momento y en cualquier país el Estado esté expuesto a una provocación, a una sorpresa de sus vecinos, y lo mismo la clase obrera por parte de sus gobernantes. Todo esto, por otro lado, puede llevar a la pequeña burguesía a nuevos caminos.

Naturalmente, las esferas en que se produce la decadencia moral de las clases dirigentes son inaccesibles a la gran masa del pueblo. Hace falta una catástrofe, como la guerra ruso-japonesa, por ejemplo, para revelar toda la podredumbre del sistema. En tiempos normales sólo una

torpeza puede de vez en cuando levantar una punta del velo que de ordinario cubre todo púdicamente. Los proletarios conscientes de su situación de clase apenas se impresionan por esas revelaciones. Siempre hostiles a las clases dirigentes, no se forjan ilusión alguna sobre sus cualidades morales.

Otra cosa ocurre con la pequeña burguesía. A medida que reniega de su pasado democrático para agazaparse detrás de los gobiernos de los cuales espera ayuda, deposita más confianza en ellos y en su solidez, y se horroriza más cuando advierte la profundidad de su caída y la dispersión de su prestigio.

Se encuentra, así, cada vez más abrumada simultáneamente por los grandes sindicatos de capitalistas y por las extracciones que el gobierno practica en sus economías. Su confianza en las clases dirigentes no está recompensada.

Pero si la incapacidad, la torpeza, la corrupción de los gobiernos provocasen frívolamente una catástrofe, guerra o golpe de Estado que llevase al país al peor extremo, la pequeña burguesía perdería completamente la cabeza. Se volvería entonces de golpe, en un acceso de ciego furor, contra el gobierno, con tanta mayor rapidez y ferocidad cuanta más confianza habría depositado en él y cuanto más hubiese exagerado su inteligencia y sublimidad.

Los diez últimos años han engendrado, por cierto, en la pequeña burguesía un odio sin cesar creciente contra el proletariado. Este debe prepararse a librar completamente solo las batallas futuras. Pero Marx ya insistió sobre el hecho de que el pequeño burgués, tipo intermedio entre el capitalista y el proletario, oscila del uno al otro, y es hombre de dos partidos. No debemos contar con la pequeña burguesía; jamás será una aliada digna de confianza, por lo menos en conjunto, pues algunos de sus miembros pueden llegar a ser excelentes socialistas. Su

hostilidad contra nosotros puede aún aumentar. Mas eso no impide, quizás, que llegue un día en que, por efectos del peso insoportable de los impuestos y de una súbita caída moral de los dirigentes, acuda hacia nosotros en masa, maniobra que podrá barrer al adversario y decidir nuestra victoria. Y en verdad nada mejor podría hacer, pues el proletariado victorioso ofrecerá a todos —excepto a los explotadores—, a todos los oprimidos y explotados, aun a los que vegetan hoy en la clase de los pequeños burgueses y pequeños campesinos, un enorme mejoramiento de sus condiciones de existencia.

Por grande que sea momentáneamente su hostilidad hacia nosotros, la pequeña burguesía dista de ser un apoyo sólido de la presente sociedad. También ella vacila y cruje, como los otros soportes de la sociedad.

El régimen actual se tambalea de más en más, fenómeno que se manifiesta tanto en la conciencia popular como en la realidad; se siente que hemos entrado en un período de inseguridad general, que las cosas no pueden llevar el mismo ritmo que durante la última generación, que la situación se torna cada día más insoportable y que no sobrevivirá a la generación que comienza.

La tarea más urgente del proletariado en medio de esta inseguridad general está indicada. Ya la hemos expuesto. No puede avanzar un paso más sin transformar las instituciones fundamentales del Estado que son terreno de sus luchas. Proseguir enérgicamente la democratización del Imperio, así como la de los distintos Estados, especialmente de Prusia y Sajonia, es su misión más apremiante para Alemania; desde el punto de vista internacional lo es la lucha contra el imperialismo y el militarismo.

No menos evidentes que esta tarea son los medios de que disponemos para llevarla a cabo. A los empleados anteriormente hay que agregar la huelga general, que adoptamos en principio hacia 1893, y cuya eficacia en

circunstancias favorables ha sido probada después varias veces. Si fue dejada de lado después de las gloriosas jornadas de 1905, no cabe deducir sino una cosa: que no es apropiada para cualquier situación y que sería insensato querer servirse de ella en todas las circunstancias.

Hasta aquí la situación es clara. Pero no sólo el proletariado tendrá papel en las próximas luchas; muchos otros factores completamente imprevistos entrarán también en juego. Lo imprevisto son nuestros hombres de Estado. Sus personas cambian rápidamente y asimismo su ánimo. Ya no se puede esperar de ellos una política ordenada y consciente de su finalidad.

Lo imprevisto es la pequeña burguesía; descansando ora sobre uno, ora sobre otro de los platillos de la balanza, los hace subir o bajar alternativamente.

Lo imprevisto es más aún el caos de la política extranjera; tantos Estados sujetos a bruscos virajes participan en ella que lo imprevisto de la política interior de cada país aparece en mayor escala en la política exterior.

Lo imprevisto reside, en fin, y sobre todo, en las metamorfosis de los Estados de Oriente, donde entran en juego tantos factores completamente nuevos, de los cuales no tenemos experiencia alguna.

Todos estos factores obran y reaccionan hoy unos sobre otros de manera profunda e ininterrumpida. Nos harán ir de sorpresa en sorpresa.

El Partido Socialista se mantendrá tanto mejor en esta inestabilidad general cuanto más estable permanezca, cuanto más inquebrantable en la fidelidad a sus principios. Frente a una política sin espíritu de perseverancia y sin consistencia, hará que las masas obreras tengan cada vez más conciencia de su fuerza, tanto mejor cuanto que su teoría le permite seguir una política consecuente, una política que va derecha a su fin. A medida que el Partido Socialista aparezca como una fuerza in-

quebrantable en medio del caos en que toda autoridad vacila, su propia autoridad aumentará. Cuanto más persista en su oposición irreconciliable contra la corrupción de las clases dirigentes, más ganará, en medio de la podredumbre general, la confianza de las masas populares; en medio de esta podredumbre que ha alcanzado ya a la democracia burguesa, democracia que abjura sus principios para merecer los favores gubernamentales.

Cuanto más inquebrantable, consecuente, intransigente, se mantenga el Partido Socialista, más pronto triunfará de sus adversarios.

Exigir al Partido Socialista su participación en una política de coalición o de bloque en el preciso momento en que la expresión de masa reaccionaria se vuelve una verdad, es aconsejarle su abdicación política. Querer que se alíe con los partidos burgueses cuando éstos acaban de prostituirse y de comprometerse del modo más vil, es exigirle su abdicación moral; es pretender que prosiga de acuerdo con ellos la obra de prostitución.

Amigos bien intencionados temen que el Partido Socialista llegue prematuramente al poder *por* una revolución. Pero no hay para nuestro Partido sino un medio de llegar prematuramente al poder: y es el de obtener una ficción de poder *antes* de la revolución, es decir, antes de que el proletariado haya conquistado verdaderamente el poder político. Por el momento el Partido Socialista no puede participar en el poder sino vendiendo su fuerza política a un gobierno burgués. El proletariado, como clase, nada podría ganar con ello; sólo los parlamentarios que concluyesen la venta podrían ganar alguna cosa.

Cualquiera que vea en el Partido Socialista un arma de emancipación del proletariado debe oponerse con toda energía a que participe en la corrupción de las clases dirigentes. Si hay un medio de hacernos perder la confianza de todos los elementos sinceros de la masa, de

atraernos el desprecio de todas las capas combativas del proletariado, de obstaculizar nuestra marcha hacia adelante, ese medio es la participación del Partido Socialista en un bloque burgués.

Los únicos elementos que sacarían provecho serían esos para quienes nuestro Partido sólo es un trampolín que les permite elevarse, los arribistas y los sinecuristas. Cuánto menos atraigamos a esos elementos, cuanto más los alejamos de nosotros, más éxito tendrán nuestras luchas.

En cuanto a las formas particulares que éstas revestirán, casi no es posible decir algo más preciso que las indicaciones formuladas precedentemente. Nunca ha sido tan difícil como en nuestra época predecir las formas y la marcha de la evolución próxima, pues a excepción del proletariado, todos los factores que entran en el cómputo son, en estos momentos, bastante indeterminados y rebeldes al cálculo.

Sólo hay una cosa cierta: la inseguridad general. Hemos entrado en un período de trastornos universales, de constantes desplazamientos de fuerzas que, cualesquiera sean su forma y su duración, no podrán dar lugar a un período de estabilidad durable mientras el proletariado no encuentre la fuerza para expropiar política y económicamente a la clase capitalista e inaugurar así una nueva era de la historia universal.

Saber si este período revolucionario durará tanto tiempo como el de la burguesía, que se extendió de 1789 a 1881, es cuestión que, naturalmente, no se puede resolver. Sin duda, la evolución se cumple hoy mucho más rápidamente que antes, pero también el campo de batalla se ha ampliado prodigiosamente. Cuando Marx y Engels escribían el *Manifiesto del Partido Comunista*, el teatro de la revolución proletaria se limitaba para ellos a la Europa occidental. Hoy abarca el mundo entero. Hoy no son solamente las orillas del Spree y del Sena las que

verán desarrollarse las luchas emancipadoras del pueblo explotado, sino también las del Hudson y del Mississipí, del Neva y de los Dardanelos, del Ganges y del Hoangho.

Tan vasta como el campo de batalla es la tarea por cumplir: la organización socialista de la producción mundial.

Pero el proletariado saldrá del período revolucionario que comienza, y que durará quizás una generación, muy distinto de como ha entrado.

Si su vanguardia comprende ya los elementos más fuertes, más clarividentes, más desinteresados, más audaces de los pueblos de civilización europea, elementos agrupados en las organizaciones espontáneas más poderosas, absorberá durante la lucha, y gracias a ella, los elementos desinteresados y clarividentes de todas las clases; organizará, educará en su propio seno a sus elementos más atrasados, los colmará de esperanza, formará su criterio; después, colocando esta vanguardia a la cabeza de la civilización, la hará capaz de cumplir la enorme transformación económica que pondrá fin en el globo a toda la miseria resultante de la esclavitud, de la explotación y de la ignorancia.

¡Dichosos los llamados a tomar parte en esta sublime lucha, en esta magnífica victoria!

V. I. LENIN

APENDICE

El programa militar de la revolución proletaria

En septiembre de 1916, V. I. Lenin escribió su trabajo EL PROGRAMA MILITAR DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA. Editado inicialmente en septiembre y octubre de 1917 en los números 9 y 10 de la revista *Jugend Internationale*, por su indudable interés consideramos ofrecerlo al lector, como apéndice, ya que en él se abordan algunas importantes facetas de la conquista del poder por el proletariado, motivo de la obra de Karl Kautsky.

E. G.

En Holanda, Escandinavia y Suiza, entre los socialdemócratas revolucionarios, que luchan contra esa mentira socialchovinista de la "defensa de la patria" en la actual guerra imperialista, suenan voces en favor de la sustitución del antiguo punto del programa mínimo socialdemócrata: "milicia" o "armamento del pueblo", por uno nuevo: "desarme". *Jugend Internationale* ha abierto una discusión sobre este problema, y en su número 3 ha publicado un editorial en favor del desarme. En las últimas tesis de R. Grimm encontramos también, por desgracia, concesiones a la idea del "desarme". Se ha abierto una discusión en las revistas *Neues Leben* y *Vorbote*.

Examinemos la posición de los defensores del desarme.

I

Como argumento fundamental se aduce que la reivindicación del desarme es la expresión más franca, decidi-

da y consecuente de la lucha contra todo militarismo y contra toda guerra.

Pero precisamente en este argumento fundamental reside la equivocación fundamental de los partidarios del desarme. Los socialistas, si no dejan de serlo, no pueden estar contra toda guerra.

En primer lugar, los socialistas nunca han sido ni podrán ser enemigos de las guerras revolucionarias. La burguesía de las "grandes" potencias imperialistas es hoy reaccionaria de pies a cabeza, y nosotros reconocemos que la guerra que ahora hace *esa* burguesía es una guerra reaccionaria, esclavista y criminal. Pero ¿qué podría decirse de una guerra *contra* esa burguesía, de una guerra, por ejemplo, de los pueblos que esa burguesía oprime y que de ella dependen, o de los pueblos coloniales, por su liberación? En el 5º punto de las tesis del grupo *La Internacional* leemos: *En la época de este imperialismo desenfrenado ya no puede haber guerras nacionales de ninguna clase,* afirmación evidentemente errónea.

La historia del siglo XX, el siglo del "imperialismo desenfrenado", está llena de guerras coloniales. Pero lo que nosotros, los europeos, opresores imperialistas de la mayoría de los pueblos del mundo, con el repugnante chovinismo europeo que nos es peculiar, llamamos "guerras coloniales", son a menudo guerras nacionales o insurreccionales nacionales de esos pueblos oprimidos. Una de las propiedades más esenciales del imperialismo consiste, precisamente, en que acelera el desarrollo del capitalismo en los países más atrasados, ampliando y recrudeciendo así la lucha contra la opresión nacional. Esto es un hecho. Y de él se deduce inevitablemente que, en muchos casos, el imperialismo tiene que engendrar guerras nacionales. *Junius,* que en un folleto suyo defiende las "tesis" arriba mencionadas, dice que en la época imperialista toda guerra nacional contra una de las grandes potencias imperialistas conduce a la intervención de otra gran potencia, también imperialista, que compite con la primera, y que, de este modo, toda guerra nacional se

convierte en guerra imperialista. Mas también este argumento es falso. Eso *puede* suceder, pero no siempre sucede así. Muchas guerras coloniales, entre 1900 y 1914, han seguido otro camino. Y sería sencillamente ridículo decir que, por ejemplo, después de la guerra actual, si termina por un agotamiento extremo de los países beligerantes, "no puede" haber "ninguna" guerra nacional, progresiva, revolucionaria, por parte de China, pongamos por caso, en unión de la India, Persia, Siam, etc., contra las grandes potencias.

Negar toda posibilidad de guerras nacionales bajo el imperialismo es teóricamente falso, erróneo a todas luces desde el punto de vista histórico y equivalente en la práctica al chovinismo europeo; ¡nosotros, que pertenecemos a naciones que oprimen a centenares de millones de personas en Europa, en Africa, en Asia, etc. tenemos que decir a los pueblos oprimidos que su guerra contra "nuestras" naciones es "imposible"!

En segundo lugar, las guerras civiles también son guerras. Quien admita la lucha de clases no puede menos de admitir las guerras civiles, que en toda sociedad de clases representan la continuación, el desarrollo y el recrudecimiento —naturales y en determinadas circunstancias inevitables— de la lucha de clases. Todas las grandes revoluciones lo confirman. Negar las guerras civiles y olvidarlas sería caer en un oportunismo extremo y renegar de la revolución socialista.

En tercer lugar, el socialismo triunfante en un país no excluye en modo alguno, de golpe, todas las guerras en general. Al contrario, las presupone. El desarrollo del capitalismo sigue un curso extraordinariamente desigual en los diversos países. De otro modo no puede ser bajo el régimen de producción de mercancías. De aquí la conclusión indiscutible de que el socialismo no puede triunfar simultáneamente *en todos* los países. Empezará triunfando en uno o en varios países, y los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, países burgueses o preburgueses. Esto no sólo habrá de provocar rozamientos,

sino incluso la tendencia directa de la burguesía de los demás países a aplastar al proletariado triunfante del Estado socialista. En tales casos, la guerra sería, de nuestra parte, una guerra legítima y justa. Sería una guerra por el socialismo, por liberar de la burguesía a los otros pueblos. Engels tenía completa razón cuando, en su carta a Kautsky del 12 de septiembre de 1882, reconocía inequívocamente la posibilidad de "guerras defensivas" del socialismo *ya triunfante*. Se refería precisamente a la defensa del proletariado triunfante contra la burguesía de los demás países.

Sólo cuando hayamos derribado, cuando hayamos vencido y expropiado definitivamente a la burguesía en todo el mundo, y no sólo en un país, serán imposibles las guerras. Y desde un punto de vista científico, sería completamente erróneo y antirrevolucionario pasar por alto o velar lo que tiene precisamente más importancia: el aplastamiento de la resistencia de la burguesía, que es lo más difícil, lo que más lucha exige durante el *paso* al socialismo. Los popes "sociales" y los oportunistas están siempre dispuestos a soñar con un futuro socialismo pacífico, pero se distinguen de los socialdemócratas revolucionarios precisamente en que no quieren pensar siquiera en la encarnizada lucha de clases y en las *guerras* de clases para alcanzar ese bello porvenir.

No debemos consentir que se nos engañe con palabras. Por ejemplo: a muchos les es odiosa la idea de la "defensa de la patria", porque los oportunistas francos y los kautskianos encubren y velan con ella las mentiras de la burguesía en la *actual* guerra de rapiñas. Esto es un hecho. Pero de él no se deduce que debamos perder la costumbre de pensar en el sentido de las consignas políticas. Aceptar la "defensa de la patria" en la guerra actual equivaldría a considerarla "justa", adecuada a los intereses del proletariado, y nada más, absolutamente nada más, porque la invasión no está descartada en ninguna guerra. Sería sencillamente una necedad negar la "defensa de la patria" *por parte* de los pueblos oprimidos en su guerra *contra* las grandes potencias imperialistas o por parte del proletariado victorioso en *su* guerra contra cualquier Galliffet de un Estado burgués.

Desde el punto de vista teórico sería totalmente erróneo olvidar que toda guerra no es más que la continuación de la política por otros medios. La actual guerra imperialista es la continuación de la política imperialista de dos grupos de grandes potencias, y esa política es originada y nutrida por el conjunto de las relaciones de la época imperialista. Pero esta misma época ha de originar y nutrir también, inevitablemente, la política de lucha contra la opresión nacional y de lucha del proletariado contra la burguesía, y por ello mismo, la posibilidad y la inevitabilidad, en primer lugar, de las insurrecciones y de las guerras nacionales revolucionarias; en segundo lugar, de las guerras y de las insurrecciones del proletariado contra la burguesía; en tercer lugar, de la fusión de los dos tipos de guerras revolucionarias, etc.

II

A lo dicho hay que añadir la siguiente consideración de carácter general.

Una clase oprimida que no aspirase a aprender el manejo de las armas, a tener armas, esa clase oprimida sólo merecería que se la tratara como a los esclavos. Nosotros, si no queremos convertirnos en pacifistas burgueses o en oportunistas, no podemos olvidar que vivimos en una sociedad de clases, de la que no hay ni puede haber otra salida que la lucha de clases. En toda sociedad de clases —ya se funde en la esclavitud, en la servidumbre, o, como ahora, en el trabajo asalariado—, la clase opresora está armada. No sólo el ejército regular moderno, sino también la milicia actual —incluso en las repúblicas burguesas más democráticas, como, por ejemplo, en Suiza— representan el armamento de la burguesía *contra* el proletariado. Esta es una verdad tan elemental, que apenas si hay necesidad de detenerse especialmente en ella. Bastará recordar el empleo del

ejército contra los huelguistas en todos los países capitalistas.

El armamento de la burguesía contra el proletario es uno de los hechos más considerables, fundamentales e importantes de la actual sociedad capitalista. ¡Y ante semejante hecho se propone a los socialdemócratas revolucionarios que planteen la "reivindicación" del "desarme"! Esto equivale a renunciar por completo al punto de vista de la lucha de clases, a renegar de toda idea de revolución. Nuestra consigna debe ser: armar al proletariado para vencer, expropiar y desarmar a la burguesía. Esta es la única táctica posible para la clase revolucionaria, táctica que se desprende de todo el *desarrollo objetivo* del militarismo capitalista y que es prescrita por este desarrollo. Sólo *después* de haber desarmado a la burguesía podrá el proletariado, sin traicionar su misión histórica universal, convertir en chatarra toda clase de armas en general, y así lo hará indudablemente el proletariado, pero *sólo entonces; de ningún modo antes.*

Si la guerra actual sólo despierta en los reaccionarios socialistas cristianos y en los jeremías pequeñoburgueses susto y horror, repugnancia hacia todo empleo de las armas, hacia la sangre, la muerte, etc., nosotros, en cambio, debemos decir: la sociedad capitalista ha sido y es siempre un *horror sin fin.* Y si ahora la guerra actual, la más reaccionaria de todas las guerras, prepara a esa sociedad *un fin con horror,* no tenemos ningún motivo para entregarnos a la desesperación. Y en una época en que, a la vista de todo el mundo, se está preparando por la misma burguesía la única guerra legítima y revolucionaria, a saber: la guerra civil contra la burguesía imperialista, la "reivindicación" del desarme, o mejor dicho, la ilusión del desarme es única y exclusivamente, por su significado objetivo, una prueba de desesperación.

Al que diga que esto es una teoría al margen de la vida, le recomendaremos dos hechos de alcance histórico universal: el papel de los trusts y del trabajo de las mujeres en las fábricas, por un lado, y la Comuna de 1871 y la insurrección de diciembre de 1905 en Rusia, por otro.

La burguesía desarrolla los trusts, obliga a los niños y a las mujeres a ir a las fábricas, donde los tortura, los pervierte y los condena a la extrema miseria. Nosotros no "exigimos" semejante desarrollo, no lo "apoyamos", luchamos contra él. Pero *¿cómo* luchamos? Sabemos que los trusts y el trabajo de las mujeres en las fábricas son progresivos. No queremos volver atrás, a los oficios artesanos, al capitalismo premonopolista, al trabajo doméstico de la mujer. ¡Adelante, a través de los trusts, etc., y más allá, hacia el socialismo!

Este razonamiento, con las correspondientes modificaciones, es también aplicable a la actual militarización del pueblo. Hoy, la burguesía imperialista no sólo militariza a todo el pueblo, sino también a la juventud. Mañana tal vez empiece a militarizar a las mujeres. Nosotros debemos decir ante esto: ¡tanto mejor! ¡Adelante, rápidamente! Cuanto más rápidamente, tanto más cerca se estará de la insurrección armada contra el capitalismo. ¿Cómo pueden los socialdemócratas dejarse intimidar por la militarización de la juventud, etc., si no olvidan el ejemplo de la Comuna? Eso no es una "teoría al margen de la vida", no es un sueño, sino un hecho. Y sería en verdad gravísimo que los socialdemócratas pese a todos los hechos económicos y políticos, comenzaran a dudar de que la época imperialista y las guerras imperialistas deben conducir inevitablemente a la repetición de tales hechos.

Un observador burgués de la Comuna escribía en mayo de 1871 en un periódico inglés: *¡Si en la nación francesa no hubiera más que mujeres, qué nación más horrible sería!* Mujeres y niños hasta de trece años lucharon en los días de la Comuna al lado de los hombres. Y no podrá suceder de otro modo en las futuras batallas por el derrocamiento de la burguesía. Las mujeres proletarias no contemplarán pasivamente cómo la

burguesía, bien armada, ametralla a los obreros, mal armados o inermes. Tomarán las amas, como en 1871, y de las asustadas naciones de ahora, o mejor dicho, del actual movimiento obrero, desorganizado más por los oportunistas que por los gobiernos, surgirá indudablemente, tarde o temprano, pero de un modo absolutamente indudable, la unión internacional de las "horribles naciones" del proletariado revolucionario.

La militarización penetra ahora toda la vida social. El imperialismo es una lucha encarnizada de las grandes potencias por el reparto y la redistribución del mundo, y por ello tiene que conducir inevitablemente a un reforzamiento de la militarización en todos los países, incluso en los neutrales y pequeños. ¿Qué harán frente a esto las mujeres proletarias? ¿Limitarse a maldecir toda guerra y todo lo militar, limitarse a exigir el desarme? Nunca se conformarán con papel tan vergonzoso las mujeres de una clase oprimida que sea verdaderamente revolucionaria. Les dirán a sus hijos: *Pronto serás grande. Te darán un fusil. Tómalo y aprende bien a manejar las armas. Es una ciencia imprescindible para los proletarios, y no para disparar contra tus hermanos, los obreros de otros países, como sucede en la guerra actual, y como te aconsejan que lo hagas los traidores al socialismo, sino para luchar contra la burguesía de tu propio país, para poner fin a la explotación, a la miseria y a las guerras, no con buenos deseos, sino venciendo a la burguesía y desarmándola.*

De renunciar a esta propaganda, precisamente a esta propaganda, en relación con la guerra actual, mejor es no decir más palabras solemnes sobre la socialdemocracia revolucionaria internacional, sobre la revolución socialista, sobre la guerra contra la guerra.

III

Los partidarios del desarme se pronuncian contra el punto del programa referente al "armamento del pueblo", entre otras razones porque, según dicen, esta reivin-

dicación conduce más fácilmente a las concesiones al oportunismo. Ya hemos examinado más arriba lo más importante: la relación entre el desarme y la lucha de clases y la revolución social. Veamos ahora qué relación guarda la reivindicación del desarme con el oportunismo. Una de las razones más importantes de que esta reivindicación sea inadmisible, consiste precisamente en que ella, y las ilusiones a que da origen, debilitan y enervan inevitablemente nuestra lucha contra el oportunismo.

No cabe duda de que esta lucha es el principal problema inmediato de la Internacional. Una lucha contra el imperialismo que no esté indisolublemente ligada a la lucha contra el oportunismo es una frase vacía o un engaño. Uno de los principales defectos de Zimmerwald y de Kienthal, una de las principales causas del posible fracaso de estos gérmenes de la III Internacional, consiste precisamente en que ni siquiera se ha planteado francamente el problema de la lucha contra el oportunismo, sin hablar ya de una solución de este problema que señale la necesidad de romper con los oportunistas. El oportunismo ha triunfado, temporalmente, en el seno del movimiento obrero europeo. En los países más importantes han aparecido dos matices fundamentales del oportunismo: primero, el social-imperialismo franco, cínico, y por ello menos peligroso, de los Plejanov, los Scheidemann, los Legien, los Albert Thomas y los Sembat, los Vandervelde, los Hyndman, los Henderson, etc.; segundo, el oportunismo encubierto, kautskiano: Kautsky-Haase y el *Grupo Socialdemócrata del Trabajo* en Alemania; Longuet, Pressmane, Mayeras, etc., en Francia; Ramsay McDonald y otros jefes del *Partido Laborista Independiente*, en Inglaterra; Martov, Chjeidse, etc., en Rusia; Treves y otros reformistas llamados de izquierda en Italia.

El oportunismo franco está directa y abiertamente contra la revolución y contra los movimientos y explosiones revolucionarios que se están iniciando, y ha es-

tablecido una alianza directa con los gobiernos, por muy diversas que sean las formas de esta alianza, desde la participación en los ministerios hasta la participación en los comités de la industria de guerra (en Rusia). Los oportunistas encubiertos, los kautskianos, son mucho más nocivos y peligrosos para el movimiento obrero, porque la defensa que hacen de la alianza con los primeros la encubren con palabrejas "marxistas" y consignas pacifistas que suenan plausiblemente. La lucha contra estas dos formas del oportunismo dominante debe ser desarrollada en todos los terrenos de la política proletaria: parlamento, sindicatos, huelgas, en la cuestión militar, etc. La particularidad principal que distingue a estas *dos* formas del oportunismo dominante consiste en que el problema concreto de *la relación entre la guerra actual y la revolución y otros problemas concretos de la revolución* se silencian y se encubren, o se tratan con la mirada presta en las prohibiciones policíacas. Y eso a pesar de que antes de la guerra se había señalado infinidad de veces, tanto en forma no oficial como con carácter oficial en el Manifiesto de Basilea, la relación que guardaba precisamente esa guerra inminente con la revolución proletaria. Mas el defecto principal de la reivindicación del desarme consiste precisamente en que se pasan por alto todos los problemas concretos de la revolución. ¿O es que los partidarios del desarme están a favor de un tipo completamente nuevo de revolución sin armas?

Prosigamos. En modo alguno estamos contra la lucha por las reformas. No queremos desconocer la triste posibilidad de que la humanidad —en el peor de los casos— pase todavía por una segunda guerra imperialista, si la revolución no surge de la guerra actual, a pesar de las numerosas explosiones de efervescencia y descontento de las masas y a pesar de nuestros esfuerzos. Nosotros somos partidarios de un programa de reformas que *también* debe ser dirigido contra los oportunistas. Los oportunistas no harían sino alegrarse en el caso de que

les dejásemos por entero la lucha por las reformas y nos elevásramos a las nubes de un vago "desarme", para huir de una realidad lamentable. El "desarme" es precisamente la huida frente a una realidad detestable, y en modo alguno la lucha contra ella.

En semejante programa nosotros diríamos aproximadamente: *La consigna y el reconocimiento de la defensa de la patria en la guerra imperialista de 1914-1916 no sirven más que para corromper el movimiento obrero con mentiras burguesas.* Esa respuesta concreta a cuestiones concretas sería teóricamente más justa, mucho más útil para el proletariado y más insoportable para los oportunistas, que la reivindicación del desarme y la renuncia a "toda" defensa de la patria. Y podríamos añadir: *La burguesía de todas las grandes potencias imperialistas, de Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Rusia, Italia, el Japón y los Estados Unidos, es hoy hasta tal punto reaccionaria y está tan penetrada de la tendencia a la dominación mundial, que toda guerra por parte de la burguesía de estos países no puede ser más que reaccionaria. El proletariado no sólo debe oponerse a toda guerra de este tipo, sino que debe desear la derrota de 'su' gobierno en tales guerras y utilizar esa derrota para una insurrección revolucionaria, si fracasa la insurrección destinada a impedir la guerra.*

En lo que se refiere a la milicia, deberíamos decir: no somos partidarios de la milicia burguesa, sino únicamente de una milicia proletaria. Por eso, "ni un céntimo ni un hombre", no sólo para el ejército regular, sino tampoco para la milicia burguesa, incluso en países como los Estados Unidos o Suiza, Noruega, etc. Tanto más cuanto que en los países republicanos más libres (por ejemplo, en Suiza) observamos una prusificación cada vez mayor de la milicia, sobre todo en 1907 y 1911, y que se la prostituye, movilizándola contra los huelguistas. Nosotros podemos exigir que los oficiales sean elegidos por el pueblo, que sea abolida toda justicia militar, que los obreros extranjeros tengan los mismos dere-

chos que los obreros nacionales (punto de especial importancia para los Estados imperialistas que, como ocurre en Suiza, explotan cada vez en mayor número y cada vez con mayor descaro a obreros extranjeros, sin otorgarles derechos). Y además, que cada cien habitantes, por ejemplo, de un país tengan derecho a formar asociaciones libres para aprender el manejo de las armas eligiendo libremente instructores retribuidos por el Estado, etc. Sólo en tales condiciones podría el proletariado aprender el manejo de las armas efectivamente para *sí*, y no para sus esclavizadores, y los intereses del proletariado exigen absolutamente ese aprendizaje. La revolución rusa ha demostrado que todo éxito, incluso un éxito parcial, del movimiento revolucionario —por ejemplo, la conquista de una ciudad, un poblado fabril, una parte del ejército— *obligará* inevitablemente al proletariado vencedor a poner en práctica precisamente ese programa.

Por último, contra el oportunismo no se puede luchar, naturalmente, sólo con programas, sino tan sólo vigilando sin descanso para que se pongan en práctica de una manera efectiva. El mayor error, el error fatal de la fracasada II Internacional, consistió en que sus palabras no correspondían a sus hechos, en que se inculcaba la costumbre de recurrir a la hipocresía y a una desvergonzada fraseología revolucionaria (véase la actitud de hoy de Kautsky y Cía. ante el Manifiesto de Basilea). El desarme como idea social —es decir, como idea engendrada por determinado ambiente social, como idea capaz de actuar sobre determinado medio social, y no como simple extravagancia de un individuo— tiene su origen, evidentemente, en las condiciones particulares de vida, "tranquilas" como excepción, de algunos Estados pequeños, que durante un período bastante largo han estado al margen del sangriento camino mundial de las guerras y que confían en que podrán seguir apartados de él. Para convencerse de ello, basta reflexionar, por ejemplo, en los argumentos de los partidarios del desarme en Noruega: *"Somos un país pequeño, nuestro ejército es pequeño, nada podemos hacer contra las grandes potencias"* (y por ello nada pueden hacer tampoco si se les impone por la fuerza una *alianza* imperialista con uno u otro grupo de grandes potencias)... *queremos seguir en paz en nuestro apartado rinconcito y proseguir nuestra política pueblerina, exigir el desarme, tribunales de arbitraje obligatorios, una neutralidad permanente* (¿permanente, como la de Bélgica?), *etc.*

La mezquina aspiración de los pequeños Estados a quedarse al margen, el deseo pequeñoburgués de estar lo más lejos posible de las grandes batallas de la historia mundial, de aprovechar su situación relativamente monopolista para seguir en una pasividad acorchada, tal es la situación social *objetiva* que puede asegurar cierto éxito y cierta difusión a la idea del desarme en algunos pequeños Estados. Claro que semejante aspiración es reaccionaria y descansa toda ella en ilusiones, pues el imperialismo, de uno u otro modo, arrastra a los pequeños Estados a la vorágine de la economía mundial y de la política mundial.

En Suiza, por ejemplo, su situación en medio de Estados imperialistas prescribe objetivamente *dos* líneas del movimiento obrero: los oportunistas, en alianza con la burguesía, aspiran a hacer de Suiza una unión monopolista republicano-democrática, a fin de obtener ganancias con los turistas de la burguesía imperialista y de aprovechar del modo más lucrativo y más tranquilo posible esta "tranquila" situación monopolista.

Los verdaderos socialdemócratas de Suiza aspiran a utilizar la relativa libertad del país y su situación "internacional" para ayudar a la estrecha alianza de los elementos revolucionrios de los partidos obreros europeos a alcanzar la victoria. En Suiza no se habla, gracias a Dios, un "idioma propio", sino tres idiomas universales, los tres, precisamente, que se hablan en los países beligerantes que limitan con ella.

Si los 20,000 miembros del Partido suizo contribuyeran semanalmente con dos centavos como "impuesto

extraordinario de guerra", obtendríamos al año 20,000 francos, cantidad más que suficiente para imprimir periódicamente y difundir en tres idiomas, entre los obreros y soldados de los países beligerantes, a pesar de las prohibiciones de los Estados Mayores, todo cuanto diga la verdad sobre la indignación que comienza a cundir entre los obreros, sobre su fraternización en las trincheras, sobre sus esperanzas de utilizar revolucionariamente las armas contra la burguesía imperialista de sus "propios" países, etc.

Nada de esto es nuevo. Precisamente es lo que hacen los mejores periódicos, como *La Sentinelle, Volkrescht* y *Berner Tagwacht,* pero, por desgracia, en medida insuficiente. Sólo semejante actividad puede hacer de la magnífica resolución del Congreso de Arau algo más que una mera resolución magnífica.

La cuestión que ahora nos interesa se plantea en la forma siguiente: ¿corresponde la reivindicación del desarme a la tendencia revolucionaria entre los socialdemócratas suizos? Es evidente que no. El "desarme" es, objetivamente, el programa más nacional, el más específicamente nacional de los pequeños Estados, pero en manera alguna el programa internacional de la socialdemocracia revolucionaria internacional.

Este libro se terminó de imprimir el día 12 de enero de 1968 en los talleres de **"La Impresora Azteca", S. de R. L.,** Avenida Poniente 140, Nº 681, Colonia Industrial Vallejo. — México, 16, D. F.

Fecha de edición: 22 de enero de 1968.
Se imprimieron: 5.000 ejemplares

el camino del poder

KARL KAUTSKY

KARL Kautsky (1854-1938) fue destacado teórico de la socialdemocracia alemana y de la II Internacional.

De él se expresó V. I. Lenin diciendo que "Kaustky, en su tiempo, había escrito gran número de excelentes obras en las que «supo» ser un historiador marxista, que «tales» obras suyas, a despecho de su ulterior apostasía, quedarán como firme patrimonio del proletariado".

Los años 1906-1909 marcan en el movimiento obrero la aproximación del centrismo con el oportunismo declarado, y de 1910 a 1914, el centrismo va adoptando, sin reservas, las posiciones del reformismo. Es en 1912 cuando Kautsky expone sus teorías oportunistas sobre las tendencias invencibles del capital monopolista a unirse y sobre la desaparición gradual, entre los Estados capitalistas, de la lucha por los mercados, y la teoría del "ultraimperialismo".

EL CAMINO DEL PODER ofrece un indudable interés no sólo por ser una obra del período marxista de Kautsky, sino por su valor histórico en cuanto documento que nos ilustra acerca de la evolución ideológica de tan destacado dirigente del movimiento obrero mundial.

Editada originalmente en 1909, es su último trabajo apreciado por los marxistas.

COLECCION 70